



“TODOS LOS LUTOS DEL MUNDO”

NOVELA

DE

FERNANDO GARCIA IZQUIERDO

*A NICKY*

TODOS LOS LUTOS

F. GARCÍA IZQUIERDO

ISBN 84-96186-10-5

« Los personajes de esta novela, aunque basados en la realidad, no corresponden a ningún individuo concreto que exista o haya existido en Valladolid u otros lugares de España; son por tanto producto de la imaginación del autor. Esto, naturalmente, no es aplicable a aquellas figuras históricas que son citadas por sus propios nombres y apellidos, ostentando cargos que de hecho desempeñaron en la vida real española, y cuyos hechos, dichos, escritos e ideas han pasado ya al dominio público. »

Por las gradas sube Ignacio  
Con toda la muerte auestas.  
Buscaba el amanecer,  
Y el amanecer no era.  
Busca su perfil seguro,  
Y el sueño lo desorienta.  
Buscaba su hermoso cuerpo  
Y encontró su sangre abierta.

¡No me digáis que la vea!  
No quiero sentir el chorro  
Cada vez con menos fuerza;  
Ese chorro que ilumina  
Los tendidos y se vuelca  
Sobre la pana y el cuero  
De muchedumbre sedienta.  
¡Quién me grita que asome!

¡No me digáis que la vea!

***Federico García Lorca***

## PREMISA HISTORICA

Según se acababa la guerra, se fue buscando la manera de justificar el crimen. En España, como en el extranjero, las fuerzas que habían dominado y explotado al pueblo desde tiempo inmemorial llamaron a los defensores de la República ‘asesinos que habían traicionado a Dios y a la Patria’. El mismo arzobispo de Westminster, para no dar más que un ejemplo, describió la contienda como “una furiosa batalla entre la civilización cristiana y el paganismo más cruel que jamás ennegreció el mundo.”

En su “carta colectiva a todos los obispos del mundo”, el episcopado español, explicando cuales eran los motivos y fines de la sublevación militar, decía, entre otras cosas, que, a consecuencia de las elecciones de febrero de 1936, que ganaron las izquierdas, el país había sufrido una conmoción tremenda que sacudía los cimientos de la vida social. “Es tal la condición humana y tal el Orden de la Providencia”, señalaban los doctos eclesiásticos, “sin que hasta ahora haya sido posible de hallarle sustituto, que siendo la guerra uno de los azotes más tremendos de la Humanidad, es, a veces, el remedio heroico único para entrar las cosas en el quicio de la justicia y volverlas al reinado de la paz. Por esto la Iglesia, aun siendo hija del Príncipe de la Paz, bendice los emblemas de la guerra, ha fundado Ordenes Militares y ha organizado Cruzadas contra los enemigos de la Fe”. Y pasaban a continuación los obispos a dar las razones teológicas que justificaban el pronunciamiento y las matanzas: el Gobierno y la Legislatura de la República se habían empeñado en torcer bruscamente la ruta de **nuestra** historia en el sentido contrario a la naturaleza del espíritu nacional, aprobando leyes que anulaban los Derechos de Dios, leyes inicuas que habían faltado, según ellos, a la justicia más fundamental **que es la que se debe a Dios**.

La pretensión de que las leyes de un Estado puedan dirigirse contra los derechos de un hipotético Ser Supremo es tan sumamente absurda que ni siquiera necesita ser refutada, y el que tal pretensión pueda justificar la masacre de un pueblo es igualmente inconcebible, salvo entre los integristas más fanáticos. Lo de que las leyes de la República española hubieran podido torcer bruscamente la ruta de **nuestra** historia merece, por el contrario, completa atención. Todo depende de la interpretación del adjetivo “nuestro” (**¡mío, mío!**) La división de la sociedad en facciones, de una parte “los nuestros” y de otra “ellos”: las clases elegantes, de un lado, y las clases bajas, más numerosas, del otro, como especificaban facciosos y monarquizantes en los años 1930 a 1936: - como había dicho en las Cortes aquel julio de 1936 el conspirador Calvo Sotelo -; era para él la España “un pugilato entre la avalancha brutal del número”, las masas, y

“el impulso selecto de la personificación jerárquica”, los favoritos de la Diosa Fortuna.

Era en efecto la Guerra de España una **lucha de clases**: el pueblo, que quería ir adelante en la transformación de una sociedad injusta en una comunidad de intereses (el bien común) y las clases privilegiadas de siempre, que querían continuar explotando a la inmensa mayoría de los españoles, y que para ello desencadenaron la contrarrevolución, para que una mínima parte de esa sociedad siguiera dominando *per secula seculorum*.

Concluían los Jerarcas de la Iglesia diciendo que todo ello, el ir contra el Derecho divino, “había causado la profunda división de **las dos Españas**, las cuales no tenían más remedio que batirse en los campos de batalla hasta la exterminación total de una de ellas.”

¿Dos Españas? El mismo Generalísimo de las huestes rebeldes daba un mentís claro a este mito de las dos Españas; primero, reconociendo implícitamente que no podía el Ejército ganar la guerra sin la intervención de las dos potencias más criminales de la época, la Italia fascista y la Alemania nazi; y segundo, solicitando, en comunicaciones con sus generales y otros oficiales que, según avanzaban sus tropas, llevarsen a cabo « la ingente labor de purificar la indómita **raza española** del virus marxista ».

Cuando un periodista inglés preguntó a ese mismo Generalísimo Franco, ya avanzada la contienda : « Si tuviera Su Excelencia que matar a media España, ¿lo haría? » (*If you had to kill one half of the Spanish people, would your Excellency do it ?*) el ínclito Caudillo le respondió : « Venceré cueste lo que cueste ». (*I shall win whatever be the price.*)

Ese mismo Generalísimo que, en adelante, declararía en sus grandes discursos y disposiciones, « Yo, Francisco Franco Bahamonde, Cuadillo de España, consciente de mis responsabilidades ante Dios y ante la Historia, ordeno y mando. »

Aquel mismo año de 1938 fue promulgado, por Decreto de la Jefatura del Estado, nada menos que un llamado “fuero”, es decir, una ley fundamental del Estado, la cual empezaba así:

« Renovando la tradición católica de justicia social y alto sentido humano que informó nuestra legislación de Imperio, el Estado Nacional, en cuanto es instrumento totalitario al servicio de la integridad patria, y sindicalista en cuanto representa una reacción contra el capitalismo liberal y el materialismo marxista, emprende la tarea de realizar – con aire militar, constructivo y gravemente religioso – le Revolución que España tiene pendiente y que ha de devolver a a los españoles, de una vez para siempre, la Patria, el Pan y la Justicia. »

Empezaba la dictadura más feroz que España ha conocido jamás,  
cuarenta años de Hambre, Esclavitud e Injusticia.

## CAPITULO 1

El cocido seguía hirviendo encima del fogón, cuyo fuego había comenzado ya a extinguirse. Los mellizos se pegaron a la barra, extendiendo sus heladas manitas sobre la placa hasta tocar, acariciándolo, el viejo puchero descascarillado de porcelana.

Feli estaba resfriada, y unas velas amarillas, que sorbía sonoramente de cuando en cuando, le colgaban de las ventanas de la nariz.

-No empujes – dijo Lucito, pataleando para entrar en calor.

-Siempre coges tú el mejor sitio, egoísta – replicó su hermana, llorando -. Déjame un poco, que tengo frío.

Riñeron por algunos minutos, repartiéndose sopapos y empujones, hasta que cedió al fin el chico, dejándole a la hermana que disfrutara a sus anchas del poco calor que irradiaba todavía el negro fogón. Volvió pues la tranquilidad según se apagaba la lumbre por falta de combustible. Al cabo, Lucito, desplazando de nuevo a su hermana, elevó el puchero, metió el gancho por el agujero, y viendo que aquello se acababa, se apresuró a abrir la carbonera; de rodillas en el suelo, agarró unos papeles, escarbó con las manos el polvillo de los rincones, cogió las dos o tres astillas microscópicas que quedaban, y lo lanzó todo en la lumbre, cerrando a continuación el agujero con el culo del puchero. Habiéndose limpiado un poco las manos en el pantalón, agarró un pedazo de cartón, que hacía las veces de fuelle, y lo sacudió violentamente, a manera de abanico; salió una pequeña llamarada, se reanimó todo unos segundos, y desaparecieron las llamas de nuevo; se vio un poco de humo negro alrededor del puchero, y en seguida, irremediablemente, se acabó el fuego.

Feli empezó a toser. Lucito hizo un último esfuerzo inútil con el rectángulo de cartón; y al menos él logró entrar en calor con el ejercicio.

-¿Tardará mucho mamá? – preguntó la niña sin mirar a su hermano. Al final del invierno anterior había tenido una complicación con el sarampión, y le había quedado un ligero estrabismo: de ahí que evitase mirar a la gente cara a cara -. Di, ¿tardará mucho mamá?

-¡Qué sé yo! – es todo lo que contestó el chico.

-¡Di! – ella volvió a preguntar.

-¡Que no sé! – chilló el muchacho, que tenía una voz demasiado fuerte para tener sólo nueve años, recién cumplidos.

-Pos dijo que vendría en seguida – insistió la niña -. ¿Tú crees que vendrá pronto?

-Bueno pos sí, pa que te calles.

-Y ¿traerá pan, tú crees? Dijo que a lo mejor iba a la cola de la tahona.

-Si le pagaba hoy su señorita. Eso es lo que dijo.

La niña se limpió los mocos con un trapo, que dejó colgando de la barra del fogón, pasó la palma de una mano por debajo de las narices, y volvió a la carga: - Dí, ¿qué vamos hacer, si no la suelta pronto su señorita? Tengo mucho hambre.

-¡Déjame ya!

Pero la niña no lo dejaba. -Los garbanzos ya están hechos, y tengo hambre – repitió -. ¿Comemos unos pocos?

-No, que nos pegará mamá.

-¿Pero si no viene?

-Sí que vendrá.

-Pos comemos una cucharada. Sólo una cucharada, Lucito – insistió Feli, con voz de súplica -. Así no senterará cuando venga, ¡vamos, anda!

-Bueno **una** –concedió el niño -, sólo una ¿eh?

Feli, que ya tenía la cuchara preparada, la metió en la olla, sacó media docena de garbanzos, y empezó a comerlos, cogiéndolos con los dedos y metiéndoselos en la boca uno a uno, saboreándolos con gusto.

-Date prisa – le gritó el hermano de mal humor.

-Espera, impaciente – le contestó ella, reviejeta.

-Venga. Vas despacio porque sabes que me toca a mí. Luego llega mamá y me quedo yo a dos velas.

-Toma, ansioso.

Lucito levantó la tapadera, hincó hasta el fondo la cuchara de madera, que al instante metió bien repleta en su boca.

-Eso no vale. Tás comió lo menos diez.

-Mentira.

-¡Sí! Es verdá. Eso no vale. Ahora a mí otra vez, que si no, tú sales ganando.

-¡No! Es mentira. Y dijiste que sólo una cucharada. Si no, mamá lo va notar.

-Ansioso, ansioso, ansioso – canturreó la niña, empujándole en el hombro.

El fuego estaba ya completamente apagado, pero los niños continuaban junto al fogón, tocando con las manos la negra placa o abrazando el culo del puchero. Los dos iban pobre y menguadamente vestidos. Feli llevaba un vestido de percal que aunque holgado, debido en parte a su natural delgadez, le llegaba escasamente a las rodillas, un flojo jersey deshilado a los codos, y en los pies remendados calcetines y alpargatas de suela de esparto. Lucito también llevaba un jersey viejo y alpargatas, y unos pantalocitos cortos, llenos de parches, que dejaban ver la carne de gallina en lo alto de los muslos.

Así pasaron la mañana, y hasta bien entrado el mediodía, los mellizos Felicitación y Lucio Muñeiro Platero. Feli estaba muy triste. Sentía en sus carnes el frío de aquella primera helada de finales de enero, y en su espíritu un despecho hacia todo y hacia todos, que no parecía sino que fuera ya una persona mayor, escarmentada de la vida. Estaba pensando, acongojada, que sus padres, en realidad, como si no los tuviera; y su hermano, con quien compartía una gran parte del día, apenas si la amaba un poquitín, segura estaba de ello. O, si había una pizca de amor por ella en su Lucito, no era ni mucho menos tanto como lo que ella sentía por él.

Su madre, en efecto, les dejaba solos todas las mañanas, mientras ella se iba corriendo a una de las dos casas en que hacía la colada para ganarse la vida y la de su pequeña familia. Y el peso de la casa, pensaba la niña, y no sin razón, se lo cargaba ella en sus hombros. O casi, pues Lucito religiosamente encendía a media mañana la lumbre, y lo hacía con mucho esmero, considerando que sólo disponía para ello de unos cuantos papeles viejos de periódico, cuatro astillas, algunos trapos y un poco de carbón de cok. Arrebujaba los papeles, ponía las astillas encima, y lo prendía fuego en el interior del fogón, teniendo mucho cuidado de no gastar nada más que una cerilla, que nunca estaba la caja muy llena. Y en seguida añadía una palada de carbón, y abanicaba con fuerza; mientras que su hermana pelaba las patatas, preparaba los garbanzos, sacaba agua del cántaro y añadía una chispita de sal al cocido o lo que fuera. No había agua corriente en el piso.

En efecto, esforzándose Feli en mostrar al hermano su cariño, que era intenso y verdadero; pero él no correspondía como se debía a sus muestras de afecto: estaba pensando siempre en largarse a la calle, a la primera oportunidad que se le ofreciera, para ponerse a jugar con los chicos de barrio; eso es lo que más le gustaba. Y ella se quedaba sola en

casa. ¡Pobre criaturita abandonada! Nadie la quería, nadie tenía necesidad de ella, siempre todos la llamaban bizca y otros nombres, o no la hacían ni caso. Y sin poder compartir con su mamá ni con nadie sus más tristes pensamientos, sus deseos, preocupaciones, miedos. Al menos, así lo pensaba ella: ése era el gusanillo que roía en su interior, un alma por lo demás generalmente apacible y llena de buenas intenciones. Era en parte todo ese dolor pura exageración, eso ya se sabe: a fuerza de pensar y sentirse insatisfecha, se creaba la pobreta sus propios fantasmas.

El frío se intensificaba, los niños se encogían y daban golpes con las suelas de las alpargatas contra las baldosas del suelo, para no perecer helados. Feli pasó una mano por el hombro de Lucito, atrayéndole hacia sí, pero él la rechazó de mal humor. No le gustaban esas zalamerías. Y ¡a ella que le hubiera encantado que los dos se metieran en la cama juntitos, aunque nada más fuera bajo la manta del diván en el rincón de la sala. Así entrarían en calor. Pero no, el chico se apartó de ella, dejándola sola, pegadita al fogón. Había junto a éste, a la derecha, una pila de piedra en la que se veía un cántaro y una palangana, y a la izquierda de la niña, unas estanterías con tres o cuatro utensilios. Y eso era toda la cocina, que era más bien alargada. Junto al balcón estaba el retrete, una puerta de tablas carcomidas y, en su interior, un gran agujero con dos bases de cemento para los pies, más un cubo de hojalata, lleno de agua, hacia un lado. A espaldas de los mellizos había un ligero tabique de madera, que dividía el piso en dos, a un lado la alargada cocina, al otro la sala comedor, que hacía un cuadrado perfecto. El piso, en su totalidad, era tan exiguo, que el tabique cortaba a un extremo la puerta del balcón en dos; es decir, un batiente daba a la cocina y el otro correspondía al comedor: en un rincón de éste había una cama turca pequeñita, especie de diván; y enfrente del medio balcón del comedor había una alcoba diminuta, ocupada casi enteramente por una cama alta de hierro. Entre el hueco de esta alcoba y la cocina se hallaba la puerta de entrada al piso, de manera que el llano de la escalera tenía una pared común con la exigua alcoba.

## CAPITULO 2

Tal era el cuarto que había alquilado Dorotea a su vuelta de Tordehumos de Campos, en el otoño de 1938. Estaba situado en el segundo piso del edificio número nueve de la Calle de las Angustias, no lejos de aquél en que había tenido la familia la ebanistería y que ahora era un estanco que se había concedido a la viuda de un militar, mártir de la Cruzada, sin que en todo ello se hubiera pensado en darle, en el traspaso, una compensación a Dorotea, que se había quedado en ello, como se dice, a dos velas.

Era el edificio más estrecho de una serie de casuchas destartadas, viejísimas, como apoyándose unas contra otras, en la parte más baja de la calle, allí donde en las diferentes riadas del Esgueva (las famosas de los años veinticuatro y treintaseis, por ejemplo) se había quedado estancada el agua por más tiempo. Medía escasamente la fachada cinco metros de ancho y treinta de alto, incluyéndose en el cálculo el tejado de terracota con su retranqueada microscópica ventana. Había tres pisos, un solo balcón en cada piso, la barandilla de hierro oxidada: tenían la característica estos balcones de pertenecer cada batiente a una diferente pieza, el comedor a un lado y la cocina, con sus retrete, el otro. Abajo, en el exiguo portal, que conducía a una estrecha y empinada escalera de madera carcomida, se hallaba, a un lado, una tienda pequeñita, que beneficiaba asimismo de una apertura a la calle, una especie de escaparate en la fachada descascarillada que había sido blanca, quizás, unas décadas atrás.

A espaldas de esta hilera de casuchas, es decir, en la acera de enfrente, había otros tantos edificios, aunque más modernos y en mejor estado de conservación; y más arriba, hacia la Cuesta de la Libertad, recientemente bautizada Calle de Queipo de Llano, la sagrada Iglesia Penitencial de Nuestra Señora de las Angustias, con su torre en las alturas, albergue en el buen tiempo de dos hermosas cigüeñas.

En el piso de Dorotea, que era el segundo de la mencionada casucha estrechísima, en el medio del comedor, ocupando casi toda la pieza, se hallaba el único objeto que había logrado la pobre recuperar de su antiguo mobiliario: la hermosa mesa de nogal con patas de dragón que había sido el orgullo profesional de Lucio, hecha junto con otros muebles días antes de la boda, en 1926.

La manera como esta mesa había sido rescatada por Dorotea ya había entrado a formar parte de la vida y leyendas de la Calle de las Angustias. A los pocos días de su regreso del pueblo, fue la mujer a hacer una visita a su conocida y vecina, la vieja Amparo, muy animada y olvidando generosa antiguas rencillas y rencores. Subió precipitadamente la calle, entró en la casa de la amiga, y no encontrando a nadie en la tienducha del portal, se fue derecha al sótano donde la anciana tenía su

apuesto. Bajó dando grandes voces y otras muestras de amistad y buena disposición.

-¡Señora Amparo! – chilló, lanzándose a abrazar a la vecina tan pronto como ésta abrió la puerta.

La anciana se alarmó no poco ante tamaña embestida; pero, en seguida, reconociéndola a su vez, se puso ella misma a gritar: - ¡Dios y la Virgen Santísima! Pero ¡mira quién está aquí! Yo me decía. Bueno, bueno, ¡dichosos los ojos que te ven, Doro, preciosa! ¡Ay, te encuentro muy bien, mira tú, pero que muy bien! Déjame que te bese. – Y después de un nuevo abrazo muy íntimo, continuó la vieja pipera disparando interjecciones: - ¡Ven, entra! ¡Siéntate! ¡Ay, cuéntame, cuéntame! ¡Quién lo diría! Y ¿cómo te ha ido todo?

-Pues así así, ¿no sabe? Ya le contaré – respondió Dorotea, tomando asiento - ¡ay, señora Amparo, si parece que han pasado siglos, sabe! Ya ve lo que es la vida, cómo corre el tiempo. ¡Ay, qué duro resulta! Dice que le diga; pues ya ve, mal: sufrimientos es todo lo que trae la vida. - Y empezó a lamentarse, a la vez triste y desenvuelta - ¡Ay, Virgen Santísima de las Angustias! Y yo todavía sin mi Lucio, y sin saber a ciencia cierta dónde se halla. Que me han dicho que si en Valladolid, que antes estaba en Miranda, no sabe. ¡Vaya usted a saber! ¿será verdad lo que me dicen? Que yo no le he visto, ni he oído del todavía. Hablan de un induto, pero la verdad es que no sale, y que no sale. ¡Ay, señora Amparo, si me lo van asesinar, me lo van a asesinar!

-No, hija, no digas eso, que Dios aprieta y no ahoga – profirió la anciana, sentándose a su vez -. Pos claro que la vida es sufrimiento, dices. Si no somos nada, ya lo hemos visto, si estamos aquí un día y al otro ya nos hemos ido con los gusanos. Razón tienes, hay que ver cómo se pasa el tiempo. Mira, na más que te digo que mi Ricardo el pobre, pos que de hoy en dos meses, ya ves, irán para ocho años que me se lo llevó el Señor. ¡Se dice pronto, ocho años! ¡Ay, qué triste, qué triste es la vida, Dios mío! - Se puso a lloriquear, secándose los ojos con la punta del mandil.

-¡¿Ya ocho años?! – exclamó Dorotea con exageración -. Pues será verdad, ya ve. Sí, tiene usted razón. ¡Ay, madre, si parece mentira!

-A ver, echa tú la cuenta, hija. El diez de enero. Pos eso. ¡Si no me voy acordar! Si a los tres meses, mujer, proclamaron... - Iba a decir "la República", pero cambió de rumbo asustada: había palabras que ya no se podían ni pronunciar -. ¡Ay, con lo que el pobre estaba por ella – prosiguió, misteriosa –, qué de calamidades nos ha traído! Y mira a dónde ha ido todo a parar. ¡Bendito sea Dios, que nos ha dado a nuestro santo Caudillo, que nos sabrá librar de males! Pero tú, Doro, cuéntame como te han ido las cosas por el pueblo, ¿eh? Espero que haigas traído mucho de comer, porque aquí, hija, estamos a dos velas. Di, ¿no te sobrará una media docena de huevos o una libra de tocino, por casualidad?

Se dio cuenta en seguida Dorotea que la conversación estaba tomando un mal cariz para ella; pues, en efecto, había traído unos capones y unos kilos de tocino del pueblo, amén de una talega de garbanzos, harina y otras cosas; y, como había visto que había mucha escasez de todo en la ciudad y presentía que no le iba a durar mucho la despensa, había estado haciendo la vista gorda a cuantos le preguntaban o, más concretamente, le pedían ayuda; y ella no iba a dar ahora su brazo a torcer. Así que cortó la conversación de cuajo: - ¡Uy!, en el pueblo como en toas partes, señora Amparo, no me hable del pueblo, porque estoy de él hasta la coronilla. - Y habiéndose dado la vuelta mientras así hablaba, se extrañó de ver que la estancia había disminuído de tamaño -. Digo, paece más pequeño su cuarto.

-Pos es el mismo, hija. Ya lo ves.

Pero era más reducido en efecto el piso, y la causa de esta reducción era una especie de mueble plano y alto que estaba adosado contra la pared, y que Dorotea no veía por estar cubierto de una tela de arpillera.

-Debe ser ese mueble – señaló Dorotea.

-Pos eso será, mira tú – respondió la anciana, chupándose las encías.

Ocurrió entonces algo que la señora Amparo no olvidaría en sesenta y cinco años, si otros sesenta y cinco años hubiere vivido. Era muy aficionada a los gatos, de los cuales siempre había dos o tres en el aposento. Aconteció que uno de éstos se puso a jugar con la tela de arpillera, que le cayó encima; y descubrió por lo mismo el mueble, que no era otro que la mesa de nogal de Lucio, las cuatro patas contra la pared.

Tan pronto como la joven reconoció su mueble, se levantó de su asiento, se aproximó para cerciorarse, y dándose la vuelta al instante, se lanzó sobre la vieja dispuesta a sacarle los ojos.

-¡Ah, ladrona, ladrona! – gritaba -. Ahora veo yo dónde han ido a parar mis muebles. Me las va a pagar usted todas juntas, choricera, choricera indecente. - Y agarrándola del moño, no la dejaba ir.

-¡Socorro! ¡Socorro! – chilló la anciana.

A los gritos acudió una vecina que, creyendo estar en presencia de un asesinato, salió otra vez corriendo a la calle, gritando: - ¡Están matando a la señora Amparo!

Acudieron otros a las voces, y entraron en la bodega media docena de alborotados ciudadanos que inmediatamente se pusieron a separar a las dos contrincantes. Entre estas buenas almas se hallaban doña Pura, el carbonero Fermín, la lechera y la estanquera viuda de un militar.

-Me ha robao los muebles, la ladrona – decía Dorotea, temblando de emoción -. Resulta qués ella la que me los ha robao.

-Mentira y gorda – se defendía la anciana -. Embustera, más que embustera.

-Dejarme, dejarme – gritaba la otra, tratando de librarse de las que la sujetaban -. Dejarme que la arranco el moño piojoso ése que tiene. ¡Que la mato!

-¿Tú? ¿A mí? – respondía la señora Amparo, toda acalorada -. ¿Cómo tatreves? Roja, más que roja. Que eso es lo que eres. – Y mirando a los concurrentes: - Quen todavía tiene el marido en chirona; pa que lo sepan.

-Víbora, más que víbora. ¿A qué saca esas colaciones? Si ya sabe tol mundo donde tengo el marido. Que no escondo nada. Si es ustez la que esconde, ladrona.

-Mentira. Si yo nunca mé pringao en nada, y menos en mesas de mierda. ¡Que tengo las manos bien limpias! Es ella la qués una ladrona y una criminal. Que ha intentao asesinar-me, pa que lo sepan. Mirar, mirar como me ha puesto de arañazos. ¡Si no me pasa algo! – y volviéndose a Dorotea : -¡Sinvergüenza, sinvergonzona! ¿A una anciana? ¡Vergüenza la debería de dar!

-¿Sinvergüenza yo? ¿Decir que digo mentiras? ¡Habrás visto cosa igual? ¿A ver, a ver si no es verdá que me ha robao la mesa? Y aún tiene la caradura de negarlo. A ver si no es la mesa que me hizo mi marido de regalo de boda. Mirar. Lo juro por el alma de mi madre que está en la Gloria. Que me caiga aquí muerta.

-Bueno, bueno – puso el señor Fermín, el de la carbonería -. El Segundo no jurar, ¿no lo sabe?

Eleonora, la lechera, que a la sazón era enemiga mortal de la señora Amparo, y estaba deseando intervenir en la discusión (aunque no le importaba nada Dorotea), confirmó: - Es verdá lo que dice Dorotea – envió una velada sonrisa a la más joven de las contendientes -, que yo misma la ví en su casa varias veces, que tenían la ebanistería ahí onde tiene esta señora el estanco. ¡Pues no estoy yo cansada de admirar esa mesa, que es una maravilla! - Y hablando ya directamente a Dorotea : - y ¿cómo te ha ido, guapina, en el pueblo?, ¿has traído algunos garbanzos?

-Así es. Que la mesa es de Dorotea – dijo la huevera, que aunque no tenía nada contra la señora Amparo, había cogido últimamente la costumbre de dar siempre la razón a la lechera -. Macuerdo como si lo estuviera viendo ahora que un día...

-No importa de lo que se acuerda o no se acuerda usted – la atajó el carbonero, que era hombre gordo y flemático -. Si nos ponemos a contar cuentos no terminaremos nunca. Dejar que se expliquen las dos solas. A ver, señora Amparo, ¿qué tiene usted que decir?

La anciana, a quien no faltaba artimaña, viendo que no soplaba el viento en su favor, decidió cambiar de táctica. Dijo, deshaciéndose del abrazo de las otras: - Pos yo ¿qué voy a decir, señor Fermín, majo? Si yo no he negao nunca que la mesa es de Lucio, pongo a Dios por testigo y a San Antonio bendito, abogado de los pobres; porque eso es lo que yo soy, hijas, una pobre vieja sola, que por eso me pasan estas cosas. Aunque eso sí, pobre pero con honra. Que otra cosa no tendré, pero a honrada y a trabajadora, a eso no me gana naide; quen ese sentido, como yo hay pocas; lo digo con toda sinceridaz. Ya veis, que se le caía la baba a mi Ricardo mirándome. ‘Amparo,’ me decía el pobre, quen paz descanse, me decía, ‘como tú hay pocas.’ Y ya ven, que luego venga una cualquiera a decirle a una así ladrona...

-¡La cualquiera es usted! – chilló Dorotea.

-Porque eso es una cualquiera – insistió la anciana con desprecio-. ¡Que lo que podría yo decir della, no saben! Y además eso, que como ya he dicho, qué roja. Y su marido castigao por rojo. Aunque no es él el malo, saben, que es ella la que tiene la culpa. Y ¡que diga que yo le he robao nada!, ¡que le llamen a una ladrona así! Que la tiene una las cosas, y ya ven como me pega - terminó, llevándose el mandil a los ojos.

-Bueno. Vamos. Ya está bien – iba diciendo el señor Fermín, cada vez que hacía la anciana una pausa; y mientras, gritaba Dorotea : - ¿Yo, roja? ¡Tía vieja! ¡Bruja! – o cosas parecidas; y otras voces que decían entre tanto: - ‘Cállense’, ‘Dejadla hablar’, ‘La pobre’.

-Lo ven ustedes – dijo Dorotea, todavía forcejeando -. Ella misma lo admite que la mesa es mía. Pues, ¿por qué se la queda, eh? Porque yo no se la he dao, sepan ustedes. Y encima me insulta, llamándome roja y una cualquiera. – Y, chillando -: ¡Dejarme, dejarme que la saco los ojos!

-Vamos, vamos – volvió a decir el flemático carbonero.

-Entonces, la mesa es de Dorotea – intervino la lechera, voluntariosa - y se la pué llevar, ¿no?

-¡Ya está bien! – repitió el carbonero; y alzando su voz ronca de persona asmática, que asustó a todas: - ¡Silencio, coño! Usted, señora Amparo, ¿tiene algo que añadir?

La señora Amparo, cual liebre acorralada, otra vez cambió de táctica. Sonriendo, dijo : - Y ¿qué voy a tener que añadir, hijo? Si ya veo que están toas contra mí. Y tú ya me conoces, rico. Si yo no necesito nada de naide. Dime, ¿para qué iba yo a querer esa mesa? Si no me hace falta. Ya veis

donde la tengo. Que no es que invente nada; ni una vez la he usao. ¿Pa qué se quiere una mesa tan grande, si lo importante es lo que va encima, no saben?, que yo con esa mesa que veis ahí pequeñita me conformo, y ansí me he conformao toda la vida, que a mí nunca me ha dao envidia de muebles ajenos.

-Pues con todo, bien que lo guardaba, embustera – lanzó Dorotea.

-Eso. Que yo sólo la cogí pa guardársela, ya veis. Y mirar el pago que me da: insultos y arañazos, que otra cosa no he ganao. ¡Y no sé ni cómo me contengo! Mirarla, mirarla la cara de salvaje que tiene. Si yo no quiero verla ni en pintura, ni a ella ni a la mesa. Pensar que se la he guardao como el oro en paño, y ya veis cómo devuelven los favores algunas. ¡Ay, qué pago me da! Con tal de que no me se infezten las heridas.

-Es verdá, ¡qué pago la da! – dijo una doncella, compadeciéndose de la anciana -. También, digan ustedes, que no hay derecho de portarse así.

Y otra añadió : - Hay algunas que son más lobas que mujeres.

La del estanco, entonces, tomando una oportunidad que estaba esperando, dijo que sí, que eran lobas, tanto la una como la otra, y que, como ella decía, que dos no riñen si uno no quiere, y miren que ella era viuda de militar, ¡si no era ella para saberlo!

Y así, dando cada cual su opinión, y llamándose unas a otras lobas y otros nombres, se enzarzaron todas en calurosa contienda verbal, que amenazaba tornarse a cada instante en verdadero colectivo combate pugilístico.

-Así es – corroboró doña Pura, que era esposa de un importante funcionario público – que la paz es lo que más vale, como dice mi Pedro; y estas dos, ¡peores que las alimañas!

-¡Bueno! ¡Bueno! – volvió a decir el carbonero -. Se acabó. Que sois todas más cotorras y más alborotadoras que las gallinas. Señora Amparo ¿le da usté la mesa o no le da usté la mesa? - Y como la anciana se preparara a soltar otra de sus retahilas, el carbonero la atajó, diciendo : - **¿sí o no?**

-Pos claro que se la doy – balbuceó la anciana -. Si yo, figúrense...

-Pues eso – gritó el señor Fermín, acercándose al disputado mueble, sin importarle en lo más mínimo el que la señora Amparo siguiera hablando como si le hubieran dado cuerda:

-¿A mí qué más me da una mesa, mujer? Si es ella, que tiene ganas de pelear. Vamos, ¿que se la quíe llevar?, pos que se la lleve, no faltaba más. Si gracias a Dios yo ya tengo una que me hace mucho avío. Que no

se crean que a mí me da envidia de ver que otras tienen mesas grandes, que como ya he dicho, por mucho que quieran presumir de mesa, lo importante es lo que va encima...

El carbonero entre tanto se liaba un pitillo -¡Bueno, bueno! – decía -, ya está bien. Que tenemos otras cosas que hacer.

-Además, si es una mesa que no vale nada, ya veis lo estropeada y lo vieja que está... - iba diciendo la anciana.

-¡La vieja es usted! - chilló Dorotea.

-Y que me quede aquí muerta, ¡Dios Todopoderoso!, si no la guardaba pa ella, que no lo merece...

-Vamos, vamos – cortó el carbonero, que encendía el cigarro con su chisquero -. No jure, señora Amparo, qué pecaos mortales.

-Pos que no me llame así ladrona y no juraré – respondió la anciana lloriqueando -, que a mí naide me ha llamao ladrona, y menos tratándose de una roja indecente, que eso es lo que es; y gracias a Dios yo siempre de derechas he sido...

-Eso es verdaz – interpuso alguien -, que bien de derechas ha sido siempre la señora Amparo, mientras que otras...

-Si no sé ni cómo se atreve – metió la estantería, clavando a Dorotea con los ojos.

-Está bien, vamos a dejarlo ahí. Menos rajar. Vayan despejando. Que aquí ya no pintan nada – iba gritando el carbonero.

Todavía se oyó la voz desconsolada de la anciana; menuda perra que le había entrado. Que si ella había cogido la mesa cuando vino la guardia civil y el abogadillo ése, Gonzalo, ¡ya ven, su mismo primo carnal!, que a arrestar al marido venían y que incautaron todo...

Pero al fin, el señor Fermín Llorente, ayudado por tres o cuatro mujeres, que se morían de curiosidad por ver dónde vivía la Doro, logró que saliera la mesa del sótano y entre todos la subieron por la angosta escalera de la miserable casucha donde había fijado Dorotea su morada.

### CAPITULO 3

Cuando Dorotea llegó al piso aquella mañana del mes de enero de 1939, encontró a los mellizos pegaditos al fogón, muertos de hambre y tiritando de frío.

-¿Por qué habéis dejado apagar la lumbre? – fue lo primero que se le ocurrió decirles. Luego, viendo que la carbonera estaba vacía, corrió arrepentida a abrazarlos -. Hijos ¡si estáis heladitos, hijos míos, heladitos!

-Mamá, tengo hambre – dijeron los dos a coro.

-Bueno. Vamos a ver si están los garbanzos todavía calientes.

-¿Dónde has estao tanto tiempo? -inquirió la niña.

-¿Dónde? Pues veréis – contestó la madre, empezando a vaciar el cesto de la compra, que no estaba muy lleno -. Terminé en casa de la señorita doña María Cristina y tuve que ir a la cola del pan, que era... ¡oh, no os podéis figurar lo larga que era!

-Déjame ver el pan cas compra, mamita – dijo Feli.

-¡No, que te conozco! Luego empiezas a pellizcarlo y en seguida se queda en nada.

-Pos déjame que lo huela un poco.

-¡No! He dicho que no, y basta. Ya empezáis a ponerme de los nervios.

-Pos tengo hambre.

-Yo también. Bueno. ¿Qué hacéis aquí como unos pasmaos, sin hacer nada? El puchero está aún templado. Y, en vez de dar guerra, pues ayudar a poner la mesa, ¿no?

-Está bien, mamá – dijo Lucito, dirigiéndose al aparador con las manos en los bolsillos. Mientras tanto se escondía la niña.

-Sácate las manos de los bolsillos – gritó la madre, sacudiéndole al pequeño -. Pues sí que vas a ayudar tú mucho así. Y tú, Feli, salte del retrete. Que tú siempre lo mismo, cuando hay que trabajar, a escurrir el bulto, ¿eh?

-Voy, mamá – se oyó la voz de la niña.

Unos minutos más tarde se hallaban los tres sentados a la mesa.

-¡Pero, hijos! – gritó desmayada Dorotea, levantando la tapadera del puchero -. Si os habéis comido media olla.

-No, mamá.

-Es que se secao el agua.

-Te voy a dar yo a ti, el agua. – dijo Dorotea, levantando el cazo -. ¡No mintáis!

-Sólo hemos comío un poquito – confesó la niña.

-Pues si ahora os quedáis con hambre, no protesteis. Porque de pan, ya veis lo poquito que me han dado, y tiene que durar tol día.

-Teníamos mucho hambre.

-Pues os aguantais. Hambre o no hambre, os he dicho mil veces que me aguardeis a que vuelva del trabajo. Ya sabéis que siempre estoy de vuelta a la hora de comer. Además, os va a dar dolor de tripa el comer a deshora. ¡Que estáis muy mal acostumbrados! No debí haberos llevao a Tordehumos. Ya hubierais visto lo que es pasar hambre.

-Mamá, no lo haremos más.

-No lo volveré hacer, mamaíta.

-Bueno, ahora a callar y comer. ¿A ver?

-A mí – dijo Lucito, levantando el plato.

-No. A mí la primera – hizo su hermana otro tanto.

-¡Ay, qué críos! – exclamó Dorotea, desesperada -. Qué razón tenía mi abuela, la pobre... ¡cría cuervos!

-Yo lo dije primero.

-No. Fui yo.

-Hasta que no os calléis, no sirvo a ninguno. ¡A ver tú, Feli!

Mientras extendía la niña el plato, diciendo, “Sí, mamaíta”, el niño se puso a lloriquear : - Lo dije yo primero.

-¿Pero qué más da? – decía Dorotea -. ¿Qué más da uno que otro, si a todos nos va a llegar?

-Pos ahora a mí – chilló el niño, una vez que la madre había servido a Feli-. ¡Date prisa!

-Acerca más el plato, pasmao. Y Feli, no empieces todavía. Espera a que haya servido a todos.

-Pero mamita...

-¡Cállate!

-Pero, tengo...

-No contestes.

-¡Lás dao más a él! ¡Lás dao más a él!

-No grites. He dao a los dos iguales. ¡Ay, qué plomo de niña!

-Es mentira. El tiene más garbanzos que yo.

-¿Los has contao, por si acaso?

-Sí.

-Nos verdaz, mamá. Feli ha empezao antes a comer los suyos.

-Ya lo sé, hijo. Ya lo sé. Ahora come y calla.

Y mientras el chico comía, su hermana metió a escondidas la cuchara en el plato ajeno, y le birló media decena de garbanzos que inmediatamente se metió en la boca.

-¡Mírala! – gritó el muchacho, volviéndose a darle una carada.

-Estaros quietos. No riñáis. ¡Ay, qué hijos!

-Me ha robao los garbanzos.

-Y él me ha dao una torta, mamita.

-¡Hale! – dijo Dorotea, deslizando unos garbanzos en el plato de Lucito.

La niña protestó : - Y encima le das más a él.

-Claro que le doy más. No se los quites tú. Te está bien empleado.

-Siempre le das más a él. Por eso está tan gordo.

-No es verdaz que esté tan gordo el pobrecico. Y si tú estás delgada es de lo mala y reviejeta que eres. Que eso es lo que trae la envidia, que no deja engordar y hace a la gente muy consumidica.

-¡Nos verdá, nos verdá! – dijo la Feli, dejando caer en el plato unos lagrimones como gotas de rocío.

Su hermano la miró y le hizo una mueca. Entonces ella, olvidándose de las lágrimas y de los garbanzos, pasó una mano por debajo de la mesa y le pellizcó en el muslo. El chico dio un gruñido de dolor, al tiempo que le propinaba a la hermana una sonora bofetada.

-¡Lucito! – chilló la madre, sacudiéndole un coscorrón.

-Es ella, mamá, que mestá pellizcando.

-¡Niños! – gritó Dorotea - ¡Ay, qué castigo!

Al cabo se callaron los niños, justo el momento de poner fin al puchero, unos garbanzos cocidos en agua, con dos hojas de laurel, un ajo y una cebolla, amén de un poquito de sal y pimentón y una o dos gotas de aceite.

-Mamita, un poco más –imploró Feli-. Ya no me queda.

-Ya no le queda a nadie, hija – corrigió Dorotea -. ¿No ves que no hay más? Como no queráis que lo pinte.

-Pos dame un cacho pan.

-No me da la gana. Que ya os he dicho que tiene que durar tol día.

-¡Mamita, mamitina!

-He dicho que no, y ya está.

-Yo tamién tengo hambre.

-Pues os aguantáis. Bebéis agua. Que eso no cuesta. Y si no, os apretáis la barriga.

Así pasó la hora de la comida. Terminada la cual, se fue corriendo Dorotea, mientras los hijos recogían la mesa y fregaban los platos. Y momentos más tarde estaba entrando en la casa de su segunda señorita, doña Basilisa Rodríguez de Lobón.

## CAPITULO 4

Cuando Dorotea decidió volver de Tordehumos, llevaba ya varios meses su marido en un penitencial de la capital, y ello fue una de las razones, aunque no la única, para que cogiera sus trastos y se saliera del pueblo. Una de las cosas que hizo al llegar fue localizar a su Lucio: luego, tratar de ponerse en contacto con él. Escribió una carta. Como si nada. De nuevo hizo indagaciones, sin resultado. Fue a la cárcel, donde hizo cola con la esperanza de que la dejaran entrar; pero nada. Le dijeron que le faltaba un permiso. Pidió que se lo dieran, diciendo que se llamaba así y asau, y que era la mujer del detenido Lucio Muñeiro Castro, que había sido encerrado al principio de la guerra, cuando lo del Alzamiento. Le contestaron que esa no era manera de proceder, y que tenía que enviar adecuada instancia a una oficina que llamaban de Penados y Rebeldes, según lo que entendió. Pidió ayuda a una vecina, y salió la instancia para la correspondiente oficina del gobierno; y esperó semanas enteras, luego meses; sin la menor respuesta. Volvió a escribir, esta vez una carta dirigida a su marido, con un paquete de comida, a ver si obtenía mejor resultado. Se fue de nuevo a la puerta de la prisión, y de nuevo hizo cola. Perdió así varias mañanas, o varias tardes, según le tocara, para no perder la jornada, llevando siempre en la mano una misiva para Lucio. Entrególa un día a un soldado o guardia menos reacio que otros, pidiéndole encarecidamente que la hiciera llegar a su esposo. Imploró que la dejaran pasar adelante, lloró lagrimones como perlas, y hasta llegó una vez a gritar y patalear para que le hicieran caso. Nada, no lograría nunca nada, según parecía.

Hasta que un día, de repente, cuando ya casi había perdido la esperanza, que es lo último que se pierde, tuvo noticias directas de Lucio, una carta. Era el día de San José Carpintero. Dorotea acababa de hacer los Siete Domingos, pues era muy devota de ese santo, y desde el final de enero, con los fríos y las nieves, había estado oyendo misa y comulgando todos los domingos, pidiéndole al Padre Putativo de Jesús que intercediera cerca de su Hijo, para que le concediera una gracia especial.

¡Y mira por cuánto! Aquel sábado, diecinueve de marzo, se había levantado muy temprano para ir a la misa de seis, llamada “de las marmotas”: así que con las criadas del barrio entró en la iglesia y, de hinojos delante de la Virgen de los Cuchillos, pidió esa gracia. ¡Y ocurrió el milagro!

Nada más llegar de vuelta a casa, encendió la lumbre. Estaba amaneciendo un día hermoso. Cuando se despertaron los mellizos (la niña tosiendo a causa del humo del fogón), les obligó a que se lavaran y arreglaran antes de darles el desayuno.

-¡Hala, meteros delante de la pila! – les ordenó con voz áspera -. Y ponerlos bien para ir a misa.

Virtió agua de un cántaro, hasta llenar la palangana, y obligó primero al niño a que se restregara bien detrás de las orejas, que estaban llenas de mugre. Y mientras, la hermana protestaba:

-Lo ves, mamita, ya no queda agua para mí. Está salpicándola toda y yo me quedo a dos velas. Siempre es lo mismo.

-Pues échate un poco más – dijo la madre -. O si no, bajáis al patio a llenar el cántaro, ¡coña! Que yo estoy cansada de hacerlo. – Se acercó a la pila, cogió a la niña por el cuello, por protestona, y le lavó ella misma las orejas, diciendo: - Así hay que hacerlo, que estás llena de tiña, guarrona.

-¡No! Déjame a mí sola – chillaba Feli, retorciéndose -. Que lo sé hacer yo sola.

A continuación preparó la madre un café de achicoria, con un poco de leche aguada, dejó caer en cada tazón unas migas de pan amarillento, y momentos más tarde se quedó sola en el piso con las tareas de la casa.

A media mañana oyó el silbido del cartero en la escalera. Sin levantarse de la silla, donde había caído rendida, entreabrió la puerta de entrada del piso, y escuchó atentamente.

-¡Juanita García! – oyó la voz del cartero.

Hubo una gran conmoción en la escalera. Un segundo silbido estridente, y de nuevo la voz del funcionario:

-¡Dorotea Platero!

-¡Ay, madre! – gritó la mujer, arreglándose el cabello instintivamente. Se levantó al instante, y desembarazándose del mandil según salía, se precipitó escaleras abajo, diciendo: - ¡Voy, voy!

Pasó delante de Juanita sin hacerla caso, agarró la carta que le extendía el cartero, y volvió escaleras arriba, sin oír la maldición que profería el hombre, que había esperado una propina.

Entró en el cuarto sin aliento. Y sin aliento abrió temblando el sobre. Sacó la misiva, y leyó, junto al balcón, «Querida esposa: esta es pa decirte que me encuentro bien de salud así como espero que Vosotros también. Por aquí no me tratan mal, si vas enviar algún paquetito como dices la comida nunca sobra, tu ya mentirías. Así como una muda y un cachíño javon si puedes, recibí tus cartas que eran tres que me alegró que fuistes a Tordehumos por los niños sobretodo que veo que habeis comido mucho garbanzo y chorizo, que ricos y la sopa de ajo. Como van los parientes bien supongo les habras dado muchos recuerdos. También necesito

algunos cuartos. Beo questais bien los tres segun medices lo cual me da mucha alegria. ya casi no les reconocere. Les das muchos besos que dices que estan muy majos. Un Abrazo muy fuerte de tu Esposo Lucio. No te olvides de lo del dinero y otras cosañas. Una cajetilla tabaco».

Acabó de leer la carta Dorotea, y al instante se le llenaron los ojos de lágrimas. ¡La había perdonado! Le enviaba un abrazo y no mencionaba **aquello**. ¡Oh, cuánto había esperado ella ese momento! Apoyó la cabeza ligeramente en el cristal y lloró en silencio. Y mientras, escenas enteras de su vida con Lucio pasaban por su mente.

Era un balcón estrecho, y a través de las barras oxidadas de hierro, veía la calle, las casas, los comercios, la iglesia, la gente elegante saliendo de misa de once. Reconoció a la de Argamesilla, su propia señorita, la más rica y la más buena de las dos que la empleaban. Luego vio a la otra, la de Lobón, que salía igualmente del templo bien abrigadita; le acompañaban el marido y un montón de criaturas; eran naturales, como ella, de la Tierra de Campos. Vio también a la del estanco, doña Margarita, con su hija Josefina, muy orgullosas las dos: la hija, camarada de la Sección Femenina, vestida toda ella de negro y azul marino. Y otros muchos caballeros y damas de postín, unos caminando hacia la Calle Queipo de Llano, otros hacia la Plaza San Pablo, o torciéndose algunos hacia Esgueva y la Solanilla. A todos les conocía muy bien, era gente del barrio, gente de misa cantada mayor, muy endomingados todos; como también conocía a los pordioseros que se apiñaban en la acera, y se afanaban pidiendo una limosnica por el amor de Dios. Sí, ahí estaban todos: el Tuerto, el Manco, el Cabo, la Rusa, la Garbancito, el vasco Bigarreta y unos pocos más. Y la churrera, que no era una mendiga, se hallaba también por allí: se oía su voz chillacona de vieja:

-¡Churros, porras ! ¡Churros, churritos calientes! ¡Churros! ¡Los tengo calientes! ¿Quién los quiere?

Cuántas veces no había oído Dorotea esa voz, esa anciana pronunciando exactamente esas palabras, siempre las mismas, en el mismo orden, como una letanía.

Sintió un escalofrío pensando que la pobre vieja se pasaba horas enteras, ¡a su edad!, allí de pie delante de su caja de aluminio, pasando interminablemente unos juncos a través de porras doradas, o por el hueco de los churros, haciendo un nudo con el verde junco, y recibiendo unas perras a cambio. ¡Qué hastío! ¿Le tocaría a ella trabajar tanto?

Movió la cabeza tristemente. “Qué tonterías digo – musitó -. Ya estaré yo en el hoyo mucho antes. Si tiene la pobre más años que Matusalén, ¿cómo puedo llegar yo a esa edad?”

Recordó que se había cansado mucho haciendo la colada el otro día en casa de los Argamesilla. Tan fatigada de hecho se encontró de repente, que tuvo que dejar el trabajo y sentarse un momento en una silla.

Y la pilló su señorita, doña María Cristina, que le hizo beber un vaso de agua con dos aspirinas (que era la primera vez que las probaba) para que se pusiera mejor. Tuvo que explicarle que había tenido palpitaciones todo el día y que, al agacharse y meter las manos en el agua fría de la colada se le había ido la cabeza.

-No, si está visto – se dijo, tocándose el costado por la parte del corazón -, si ya no soy nada joven.

La idea de que había empezado a envejecer venía a avasallarla ahora cotidianamente, como una obsesión: cada vez que le dolía algo, o se fatigaba demasiado, o se miraba al espejo y veía una nueva cana. ¡Y no había cumplido aún los treinta y siete años! Y mira que todavía la veían los hombres hermosota y fuerte; pues se volvían todos, cuando se cruzaba así con ellos en la calle, a contemplarle con descaro las pantorrillas.

-¡Pero no como **antes!**– se dijo -. Lo fuerte y lo guapa que estaba yo en Tordehumos. - Y le vinieron los recuerdos en cadena, hasta que acabó pensando en el hombre que siempre había amado, Justino. “Ya para dos años – musitó -, y ni una señal de vida.” Y sonrió recordando que le había prometido que se escaparía ella también y se encontrarían en **la otra zona.**

Había pensado bajar a la fuente a por agua: un manantial que había junto al mercado de la Plaza del Val, y que tenía fama de ser buena para cocer los garbanzos; mucho mejor, en todo caso, que la que subía del caño del patio. Pero se le fue el santo al cielo contemplando la calle, y ahora ya era tarde para ir tan lejos. Se arregló de todas formas delante del espejo de la pila: “Tal vez no debí de hacerme el moño otra vez – pensó -. ¡Bah, qué caragorda me hace! Con el pelo suelto iba, antes, mejor.”

Tropezó con la carta del marido en el bolsillo del delantal; la sacó, desarrugóla cuidadosamente, y la volvió a leer. “Cuando salga él de la cárcel, volveré a arreglarme un poco más; pero ahora no; sería indecente.” Dejó el mandil colgado de una punta en la puerta de la cocina, y se dispuso a salir, cuando otra vez llegaron los mellizos, que estaban todo el día entrando y saliendo, bajando y subiendo escaleras.

-¡Ya voy! ¡Ya voy! – gritó, yendo a abrir la puerta -. ¡Qué impacientes! ¿Ya habéis oído misa?

Entraron los niños en el piso como una tromba. Y, en seguida las disputas.

-¡Hijos!- chilló Dorotea, enfadada.

-Mamá... - empezó el chico.

-¡Silencio!

-Má empujao, mamita – lloriqueó la niña.

-Os he preguntado, ¿habéis oído misa?

Los dos asintieron con la cabeza.

-¡Pues, hale! Ahora a quedarse aquí mientras yo bajo a por el agua.

-Voy contigo, mamita.

-¡No ! Sentaros y no os mováis, que subo en seguida. Bendito sea Dios. Que luego decís que si tenéis hambre. Si estáis tol día corriendo, ¿cómo no se os va abrir el apetito?

Dorotea cogió las llaves, pensando dejarles encerrados en el piso mientras se ausentaba. Según salía oyó chillar al niño:

-Mestá pellizcando, mamá

-¡Feli!

-Má llamao bizca, mamita – protestó la niña.

La madre se acercó al niño y le dio una carada.

-No la llames bizca – gritó -, que sabes que no le gusta.

-¡Ay! – chilló el niño, no muy convincentemente -. Ella me pellizcó primero.

-¡Nós verdá, ah, nós verdá! – exclamó Feli, pellizcando a su hermano bajo el brazo.

-¡Vaya! – exclamó la madre, sacudiéndole a la niña una sonora bofetada.

Esta dio un alarido, y un hilillo de sangre empezó a salirle por el oído, donde se veían claramente las marcas de los dedos de Dorotea. La cual, aterrada, se lanzó a abrazar a la pequeña, derramando lágrimas, completamente histérica.

-¡Hijita! ¡Hijita mía! – decía, besándola -. ¿Te ha hecho pupa la mamá, pobrica? ¡Ay, mi niña! ¡Mi niña!

## CAPITULO 5

Por la tarde recibió Dorotea la segunda sorpresa del día. Se acababan de arreglar los tres para ir a hacer una visita a sus parientes de la Fuente Dorada, cuando alguien sonó a la puerta. Creyendo que sería Juanita, la vecina de encima, que a menudo venía a enviar a los niños a un recado, Dorotea abrió la puerta maquinalmente y, extrañada de no ver pasar a nadie, miró distraídamente hacia la escalera, que estaba siempre a oscuras, pues allí no había habido una bombilla desde antes de la guerra. Había un hombre con muletas, más bien bajo de estatura, con uniforme y estrellas de capitán del ejército. Debía tener una pierna amputada, pues sólo le salía una por debajo del capote.

-¡Vaya por Dios! – exclamó el desconocido -. ¿Es que no me reconoces, prima hermana?

-¡Ahí va! ¡Gonzalo! – gritó Dorotea, llevándose la mano a la boca -. ¡Ay, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué sorpresa! Si no te había reconocido. Entra, chico. No te quedes ahí. – Y no cesaba de repetir: - ¡Vaya una sorpresa, chico!

Beltrán entró en el piso con dificultad, como si aún no estuviera acostumbrado a las muletas. Dorotea se echó a un lado exageradamente, como para facilitarle la tarea. Estaba inmensamente embarazada sin que ella misma pudiera decirse exactamente por qué. Trataba de apartar la mirada del lugar, debajo del capote, donde faltaba una pierna; pero no lo lograba. Por otra parte, le daba mucha vergüenza enseñar su piso a Gonzalo, el que entrase en su humilde morada una persona rica, como lo eran los Beltranes. Suerte que se había arreglado un poco porque estaba pensando salir para ir de visita.

-Vaya, vaya. Gonzalo aquí. Qué alegría me das. De veras – decía con voz entrecortada en un tono que casi desmentía las palabras; y luego: - Chico, eres la última persona que me hubiera figurao que vendría a verme en esta casa. Francamente.

Y en verdad que no se explicaba en absoluto cuál pudiera ser la razón que le había traído al primo allí, pues no había habido entre ellos ningún contacto en los últimos cuatro años; y amistad grande no la había habido de hecho desde la muerte de don Manuel Platero y la entrada de ella al servicio de don Niceto. Y ahora... ¡pensar que un Beltrán se había rebajado a venir a aquella casa de miseria!

Y sin embargo, ¡con cuánta naturalidad entró él a pesar de su invalidez, y la besó en el carrillo, diciendo que la encontraba muy bien y muy guapa!

-¡Oy, qué va! – dijo ella, entre incrédula y complacida -. Y tú, vaya un bigotazo que te has echao, chico. Si antes siempre lo llevabas tan recortadito. ¡Y con lentes y todo!

El no se dio por enterado. Buscó dónde dejar las muletas, las depositó finalmente al pie de la cama, donde también dejó el gorro y el capote, y apoyándose en el borde de la mesa, se dejó caer en una silla al tiempo que su prima le decía:

-Siéntate, chico.

Besó Gonzalo a los mellizos, que habían venido a verle de cerca. Sacó, como quien no hace nada, unas monedas del bolsillo de la guerrera, y las depositó en dos manitas expectantes.

-Bien, bien – dijo -. ¿Y qué se cuenta mi prima hermana?

Había un tono de tristeza en su voz, fina y educada. Dorotea pensó que sería a causa de la pierna amputada, de la cual no podía ahora apartar sus ojos. Era la derecha, por encima de la rodilla. El pantalón caqui, muy bien planchado, estaba cuidadosamente doblado en dos o tres pliegues, y el extremo iba sujeto por debajo del bolsillo con un inmenso imperdible.

Los niños entre tanto habían abierto sigilosamente la puerta del piso, y corrían escaleras abajo en dirección del puesto de la señora Amparo, antes de que la madre tuviera tiempo de advertirles con los ojos que tuvieran cuidado de no gastarse los cuartos.

-Pues ya ves – dijo la mujer, pronunciando lentamente y mordiéndose un poco el labio, entre corrida y nerviosa -, ya ves la miseria en que vivimos. Tanto es así que no sé ni qué ofrecerte, chico. No tengo ni unas aceitunas o un poco de vino en casa. Si quieres voy de una carrera...

-No te preocupes – la cortó él, haciendo un movimiento con la mano -, además no bebo - hizo una pausa -, ni como apenas. Lo que si hago mucho es fumar. ¿Te molesta?

-¡Quiá! ¡Qué me va a molestar! – dijo Dorotea, sacando del aparador una tapadera de caja de betún, y poniéndola en la mesa -. Ya ves, ni un maldito cenicero tenemos.

Beltrán no la miraba. Había sacado una pipa y otros menesteres del bolsillo de la guerrera, y por unos segundos se ocupó enteramente en llenar la pipa. Aunque él no se fijaba en nada, su prima le dijo, señalando el pecho de la guerrera :

-Te veo bien laureado, chico.

El dobló aún más la cabeza, y dio una carcajada sarcástica que asustó a la mujer. Luego, la miró de reojo, encendiendo la pipa.

-Sí, eso es, bien laureado – dijo al fin, tocándose el muñon con la mano derecha.

Dorotea suspiró. Vio el rostro del primo envuelto en humo, la mano izquierda sujetando en el aire la pipa, una cara todavía bella, pero de una belleza como agotada ya, marchita, tan diferente de aquel niño tan bonito que había visto por primera vez en Tordehumos, ¡oh, cuántos años hacía!

-¿Encuentras que he cambiado? – le oyó decir.

Ella no respondió. Le encontraba muy cambiado, sí. Le veía aviejado. Eso era, había envejecido mucho. Su pelo castaño había empezado a desaparecer, lo que le daba la apariencia de tener una frente muy amplia. Y sus ojos, esos ojos que ella recordaba de un azul cielo intenso tan atractivo, ya no existían: es decir, eran de un tono apagado, gris turbio, como de lluvia. Y en su cara comenzaban a verse claramente las arrugas.

“¡Lo que es la guerra! - pensó, volviéndose a morder el labio, el inferior -. Seguro que piensa lo mismo de mí, que estoy muy aviejada.” Y le volvieron las imágenes de la infancia, el pueblo, la llegada cada verano de los Beltranes de Valladolid: el tío Máximo y la tía Crisóstoma, los dos tan gordos y apuestos, y los tres niños, guapísimos, siempre tan arregladitos, sobre todo el mayor, Gonzalo. « ¡Y mírale ahora, un inválido! »

Gonzalo fumaba su pipa tranquilamente, rompiendo el silencio para preguntar de cuando en cuando que qué hacía ella ahora, que se había enterado que había estado en el pueblo, y que cómo lo había encontrado todo. Una o dos veces repitió, y parecía que con franqueza, que la encontraba muy guapa, que no, que no había cambiado mucho; un poco más llena, eso era todo.

-Pues ya ves, con lo que he sufrido, no sabes – replicó ella, contenta de oírle hablar así.

Esto le recordó a Gonzalo algo, y preguntó a su prima por el marido, y que si sabía de él. Ella dijo que no mucho, y entonces él vagamente prometió hacer algo. Y a Dorotea le volvieron las imágenes: su prima Teodosia contándole cómo el día del alzamiento se había visto a su Lucio, llevado por unos falangistas, entre los que se encontraba Gonzalo.

-Prima – le oyó decir -, no me guardes rencor. Hice cuanto pude..., y el resultado es que no le fusilaron, como hicieron con tantos otros aquellos primeros días.

Relató entonces Beltrán cómo habían encontrado a Lucio enteramente borracho; y por qué había ido él personalmente a la ebanistería, buscando más bien a otros. Ella le escuchaba con la mente

ausente, respondiendo de cuando en cuando con un 'Sí', o 'Ya ves', o 'Tienes razón', o simplemente no decía nada, y se metía una uña en la boca, nerviosa y confusa.

Su primo volvió a chupar la pipa, alternando sus frases con pausas más o menos largas. Como cansado, arrepentido o triste. Parecía mentira que aquel ser agotado hubiera sido uno de aquellos que con tanta saña y tanto tesón habían durante tantos años preparado el Alzamiento. En su mente vio Dorotea las imágenes de entonces, las peleas de los jonsistas en las calles de Valladolid: armas, dinero, ese entusiasmo falso, que era un odio ancestral hacia lo que ellos llamaban 'las clases bajas'; y las reuniones secretas, entrenamientos, los paseos por las principales vías en Balilla, pistolón a la cintura; y vio a otros muchos, caídos en plena juventud, defendiendo otros ideales: el novio de su prima hermana Zita, Agapito, y aquel mozo generoso, Ferrer, sindicalista, que ella había conocido de adolescente, y muchos otros. Aquel hombre que ahora estaba contemplando, que la miraba a través del humo de tabaco, aquel ser tan cansado, triste, melancólico y hasta mal parecido, había pertenecido, y todavía pertenecía, al bando de los que habían hecho la guerra, de los que estaban ya a punto de conseguir la victoria: su primo hermano Gonzalo, viejo antes de tiempo, impotente, sumamente triste. ¡Qué cosas!

-¿Hace mucho que has vuelto a Valladolid? – preguntó.

-Sí y no – respondió él -, en un principio me llevaron a un hospital de Zaragoza; allí vi a Felicitación y su familia, a propósito. Están bien. –Hizo una pausa -. Luego me trajeron a Valladolid. Es decir, al hospital militar del Paseo Zorrilla. – Se paró para morder la pipa -. Ha durado todo una eternidad. Los días parecen siglos. - De súbito, inesperadamente, se puso a temblar, presa de una gran agitación -. Oye prima – le oyó ésta decir -, dame un vaso de agua, ¿quieres?

Dorotea se levantó precipitadamente. – Pues claro – dijo, ya en la cocina -. ¿Por qué no me lo pediste antes? Si un vaso de agua lo tiene cualquiera. – Sacó un poco de agua de un cántaro, y volvió con el vaso en la mano -. Y, de verdad, si quieres bajo en un momento a la taberna.

-No, no te molestes. Esto es todo lo que quiero – contestó él. Sacó una especie de tubo de un bolsillo, puso en la palma de la mano algo que inmediatamente llevó a la boca, y bebió un trago de agua. La mano le temblaba horrorosamente -. Soy un manojo de nervios – dijo, a manera de explicación -. Ya te acordarás que incluso de pequeño era muy nervioso. – Y añadió, en otro tono: - ¡Qué felicidad aquella, en Tordehumos!

Una sonrisa velada hizo su aparición en el rostro de Dorotea, y en la penumbra de la habitación, su primo volvió a ver por unos segundos aquella hermosa cara llena de color y de salud, los ojos grandes pardos, los labios abultados que en su adolescencia había secretamente añorado tanto besar.

-¡Tiempos felices de la infancia que no volverán! – suspiró -. Estaba mirándote y pensaba... Bueno, qué más da. – Y cambiando de conversación, continuó: - Yo no sé qué tiene esto de la guerra. Con decirte que no duermo apenas... - Se paró de nuevo, y añadió: - Ya ves, mi querida prima hermana, los nervios.

No recordaba ella haberle oído usar la palabra 'querida' antes, ni de niños. No sabiendo qué decir, señaló torpemente: - Te están saliendo algunas canas, chico.

-¿Algunas? Estoy lleno – contestó él pasándose una mano por el cabello, no sin un algo de coquetería -. Pero hablemos de Tordehumos.

-¿Qué quieres que te diga?

-Lo que quieras. ¿Cómo va nuestro anciano tío, por ejemplo?

-Cada día más rico. A ése no le ha venido mal la guerra. Y de salud, ¡no veas! Berenguela le cuida, bobo; no sé qué persigue ésa; casarse con él, tal vez.

Una carcajada sonora interrumpió el discurso de la prima; pero no era una risa franca, alegre; era una risa extraña, que asustaba.

-¿De qué te ríes? – preguntó ella, algo corrida.

-Perdona. De nada en realidad – contestó él; luego: - ¿Qué persigue?, dices. Y ¿qué persigue todo el mundo? Su amo, por ejemplo, el viejo avaro ése que los dos tenemos por tío, ¿para qué amasar tanta fortuna?

-Pues pa comprar tierras, ¡qué preguntas!

-Tierras que no puede llevarse consigo al infierno. Si con dos metros cúbicos le sobra, ¿para qué quiere más?

Dorotea suspiró, y dijo: - Tienes más razón que un santo.

-Si al menos..., vamos que si yo fuera él, al menos me haría un viajecillo a París o a alguna parte. Viajaría, me gastaría el dinero, vería mundo... - algo le hizo que se tocara de nuevo distraídamente el muñón, y un suspiro aún más profundo salió de su pecho. Se le había apagado la pipa. Volvió a encenderla luego de haber apretado el tabaco con un dedo. Finalmente, la dejó apagada en la mesa.

-Es verdá – dijo la prima pensativa (y Gonzalo volvió a suspirar) -. Pero, mira tú – continuó, tratando de animar la conversación -, si lo guarda pa los sobrinos, pues mejor, ¿no? Al menos yo no voy a protestar. Ni creo que tú debas decir nada, chico, con lo que he oído, que dicen que eres su predilecto y que si te vas a quedar con la casa y todo.

Gonzalo volvió a soltar una carcajada. - ¡Jodido viejo roñoso! – le oyó ella murmurar -. No, ése nos entierra a todos, ya verás.

Hubo un momento de silencio, al cabo del cual Dorotea preguntó:

-¿He oído decir que te has casao ?

Instintivamente él se llevó otra vez la mano al muñón. – Sí. Me casé en el treinta y seis – contestó -, en el medio de aquella confusión horrible. Ni siquiera me molesté en comunicárselo a nadie, ya ves.

-Y ¿cómo es ella, tu mujer, quiero decir?

-¿Anamari? Pues bien. Tendrás que venir a vernos un día. Vivimos en Miguel Iscar.

Hubo un nuevo silencio. Gonzalo cogió la pipa con la mano izquierda, el encendedor en la derecha; por un instante la llamarada iluminó su cara triste y contraída mientras apretaba los labios y todo a su alrededor se llenaba otra vez de humo.

-¿Así que fuiste herido en el frente? – preguntó Dorotea nerviosa; se le había contagiado el temblor del primo.

-En el Ebro – contestó él parcamente.

-Ya. Sí. Ya lo sé. Quiero decir que he oído decir que hubo una batalla muy mala, vamos, que cayeron muchos en el Ebro ése.

-Muy mala – confirmó el -, o si quieres – titubeó – una batalla excelente...algo estupendo... - había un cierto sarcasmo en su voz, y la prima no pudo menos de pensar que había algo en él que no cuajaba, como si se hubiera vuelto loco o chiflado de repente -, la gloriosa infantería española. Una batalla que duró varios meses. Bueno, no para mí. Con decirte que creí que había llegado el momento de volar hacia el Señor... Bueno, volar. Al revés, que me hundía muy profundo en el barro. Ya ves. Creí que era eso, que se me había hundido una pierna en la ciénaga. Debí perder mucha sangre. No me acuerdo de más. Y aún así tuve suerte. ¡Murieron tantos!

-Es lo que he oído decir.

A un momento dado, Gonzalo, dejando otra vez la pipa en la mesa, se llevó las manos a las sienes y exclamó, incoherentemente: - ¡Tanta, tantísima sangre! A veces veo sangre en todas partes... ¡to...torrentes de sangre que inundan pueblos y ciudades, campos, montañas y ríos!

En la oscuridad ahora casi total del cuarto, miraba ella aterrada a su primo; pero no se atrevió a decir palabra.

-Algunas noches, dormido – prosiguió él al cabo, con más calma -, siento un dolor en la pierna.... Me despierto sobresaltado, aullando, y ¡no alcanzo... no llego a encontrarla ! ¿Cuándo llegaré a acostumbrarme?

Dorotea se levantó a dar la luz, y sin mirarle señaló: - He entendido decir... para mí que eso lleva tiempo; pero luego ya no. – Volvió a sentarse -. Vamos, que sí..., que terminarás por hacerte a ello.

Gonzalo estaba acariciando la pipa. En la luz amarillenta de la bombilla, su cara adquirió un tono extraño, malsano -. Echarás de ver que he cambiado mucho – murmuró, exhalando una bocanada de humo.

-¡Ay, qué gracia! Ya te lo he dicho. Todos hemos cambiado. El tiempo no perdona a nadie, ¿qué te crees?

-No, no me refiero ahora a eso. De ideas, quiero decir.

-¡Jesús, José y María! ¡Pero, chico, cuando el que más y el que menos sólo piensa en ir cambiando la chaqueta, hacerse falangista, tú que siempre has sido de derechas, ahora vienes con ésas! ¿Piensas hacerte rojo, o qué?

-No es eso – dijo él con naturalidad -. Sabes, prima hermana, cuando empezó todo esto (ya me entiendes), queríamos hacer algo grande, una nueva patria; aún antes, en el treinta y dos, cuando..., bueno, en la universidad, agitábamos.... No nos gustaba España, tal como la veíamos. La Revolución que España tiene pendiente, decíamos, la íbamos a hacer nosotros. Sí, Doro, no te rías.

De hecho Dorotea no estaba riéndose. Al contrario, se mordía los labios, a punto de romper en llanto.

-Queríamos hacer, sí, la Revolución. Y mira lo que pasa ahora. Tú misma lo has dicho, ya no estamos los verdaderos jonsistas y falangistas. Todos llevan la camisa azul hoy día..

Dorotea se había puesto a pensar en Justino, aquel día tan lejano en que le había visto con su primo Domi Platero predicando en el pueblo la revolución, la reforma agraria que España tenía pendiente (según lo que entendió) desde hacía siglos. Y aunque no recordaba las palabras que entonces había oído, le llegaba el sentimiento: **ellos** sí que habían querido cambiar las cosas. Y porque les tenían miedo, porque tenían miedo del pueblo, los otros, los del bando de su primo hermano Gonzalo, les habían liquidado. Y, sin embargo, al contestar ahora a Gonzalo, sacando a relucir su verdadera naturaleza, meramente apuntó, entre dos suspiros:

-Pues, chico, si tú eres de los que han ganao la guerra.

Gonzalo dio una chupada a la pipa, y su prima continuó:

-¿A santo de qué, pues, hablas así, como si te hubieras vuelto de izquierdas? ¿No estás en tu sano juicio, o qué? Tú aprovecha, Gonzalo, no seas bobo.

-Veo que no has comprendido – dijo él con increíble calma -. Esta guerra ha impulsado la vida de España hacia adelante, en el camino de la superación del socialismo. Eso había que hacerlo. Y el mundo nos agradecerá un día el haber sido el primer pueblo en la historia de la humanidad a haber derrotado al marxismo internacional.

-Entonces, ¿de qué hablas?, ¿por qué estás descontento?

-¡Hay tanto aún por hacer!... y ¡con este pueblo! Somos moros, Doro, unos salvajes todavía. Sabes, la patria es una entidad que tiene que ser amada. Y yo la amo, ¡por descontado! Pero, al mismo tiempo hay algo. Me duele España en lo más profundo de mi ser, **todavía** me duele, me duele porque aún o me gusta. Por ello hay que trascender..., trascenderse..., nosotros, los falangistas, los antiguos jonsistas. Hay que hacer que la patria trascienda, hay que hacer de ella una Nueva España. ¿No lo estás viendo? Y no creo que **este hombre**... sea.... Bueno... que él sea el Hombre que necesitábamos.

Dorotea no entendió nada de lo que el otro iba diciendo. Y él continuó su argumentación.

-Hay que transformar nuestra patria, hay que trabajar a los españoles como a una masa de pan, ¿me entiendes?, pacientemente, hasta hacer de ellos..., pues eso, alemanes, un país donde triunfa la técnica, el progreso.

-Y ¿cómo está mi tío Máximo? – preguntó Dorotea, aprovechando una pausa.

-Exiliado. Tuvo que salir pitando para París.

-Pero ¿cómo? Si era de derechas.

-De derechas o no, era republicano.

-¿Y mi tía Crisóstoma?

-Mamá mal. Desde lo de Alfonsín, figúrate. Ya con lo de mi padre. Y luego, esto mío. – Se tocó el imperdible en el lado derecho del pantalón.

-Sí, ya me enteré que Alfonsín murió en Guadalajara, con los italianos; te acompañó en el sentimiento.

-Gracias.

-¿Y Florentino?

-Ese bien. Está aquí cerca. De profesor en el Salvador. Ya puedes visitarle un día, si quieres.

-¡Ay, pues sí que voy a ir a verle un día! – exclamó -. Que los curas tienen mucha recomendación, y a ver si me encuentra una escuela de caridad pa mi Lucito. ¡Que estoy cansada de tenerles todo el día aquí, subiendo y bajando escaleras, que me dan una lata!

-Pues claro, y a ver si te da vales para que coman en el Auxilio Social. No es por nada; pero ya sabes que existe esa ayuda y, como has dicho, para todo se requiere recomendación.

La bombilla grasienta y cagada de moscas, que colgaba de un cable negruzco y como arrugado, caía justo en el centro y a poca altura de la mesa, como un metro en la vertical del vaso que había traído Dorotea al primo. Este lo agarró con mano temblona, y volvió a beber.

-Lo dicho – comentó, sin aparente ton ni son -, no me queda mucho de lo que fui. A veces pienso si no hubiera sido mejor haber caído... como Alfonsín... o como mi compañero Onésimo....

-¿Onésimo Redondo?

-El mismo – respondió Gonzalo -. Cayó en seguida. Ni siquiera llegó a participar en la contienda. El que solía arengarnos con la frase, “¡Amemos la guerra y adelante!” Pues él no conoció otra guerra que las luchas callejeras. Ibamos bien armados, en cuatro camiones y dos autos, hacia el Guadarrama, donde estaba la vanguardia enemiga, y en un pueblecito de Segovia, Labajos, hubo una disputa, y alguien le dio un pistoletazo en el pecho. Fue nuestro primer Caído. Después no he cesado de ver muertos en combate, de uno y otro bando. ¡Casi tres años de carnicería! Por cierto que uno de los que vi caer del otro bando, ¿sabes? – se paró de repente, clavó sus ojos en los de la prima -, fue ese labriego de nuestro pueblo, Justino Alvarez. ¿Te acuerdas de él, no?

Cuando Dorotea oyó que su primo mencionaba el nombre de aquél que tanto había significado para ella en su juventud, creyó comprender de repente el motivo de aquella extraña visita: venía a anunciarle la muerte de aquel antiguo novio, a vengarse; quería mortificarla, tal vez porque se acordaba de escenas pasadas en el pueblo entre los tres, hacía muchos años, cuando él había tenido tantos celos del otro.

-¿Por qué me mientas a Justino? – preguntó.

-Precisamente he venido a hablarte de él – respondió el primo con calma.

“¡A hablarme de él!” pensó Dorotea. Contempló a su primo unos instantes: cómo volvía a coger la pipa, cómo la llenaba de tabaco,

mirándola de soslayo mientras la encendía, mirada enigmática, como diciendo: “Sí, de Justino, prima hermana, no finjas. Si he sabido todo el tiempo lo enamorada que has estado siempre de él.’

-Le vi morir; fue una batalla espantosa – murmuró, después de haber dado una chupada -. No, no en el Ebro..., mucho antes. ¿Has oído hablar de la batalla de Brunete?

-No.

En esto llamaron a la puerta. Se levantó Dorotea a abrir. Y entraron los mellizos, que se quedaron con los brazos en la mesa, mirando las medallas y condecoraciones de su tío.

-Y ¿qué te dijo?

-Lo llevaban entre dos prisioneros milicianos..., ya moribundo él.

Dorotea le miró, inmóvil. No dijo nada.

-Si yo fuera supersticioso – continuó él – habría creído que era el mismo diablo que me lo enviaba. Frente por frente a un mozo de mi mismo pueblo..., un antiguo rival. De nuevo enemigos. Mi prisionero, por así decirlo. - Hizo una pausa -. ¡Las dos Españas! – exclamó, y prosiguió, sacando unos cuadernos manoseados que depositó en la mesa: – Bien, al grano. Aquí lo tienes. Es un diario. Está dedicado. Por eso te lo he traído.

Se había hecho de noche. La luz amarillenta de la bombilla proyectaba ahora unas sombras opacas en las paredes, que parecían más sucias de lo que en realidad estaban.

Dorotea no se movió ni hizo ademán de coger los cuadernos. No obstante preguntó: - Y yo, ¿que puedo hacer con esto? Si ni siquiera sé si lo podría hacer. No he leído ni un renglón desde hace un siglo.

Para entonces, los niños se habían quedado dormidos, juntitos, en la cama turca junto al balcón. Gonzalo se quedó mirándoles, al tiempo que respondía:

-Pues déjame que te lo lea. – Se quitó las gafas, sacó una gamuza amarilla de un estuche de concha, frotó con ella las lentes y las miró al trasluz de la bombilla -. Y si tengo que volver mañana domingo a terminarlo, lo haré, si no te molesta.

Dorotea hizo un gesto con la mano, como diciendo que, por ella, hiciese lo que quisiese.

Entonces el primo se caló las gafas de nuevo, bebió el resto del agua y comenzó la lectura.

## CAPITULO 6

*“Para Dorotea”*

**19 de Abril de 1937**

« Acabamos de entrar en un pueblo que han dejado los rebeldes en llamas. Están destruyéndolo todo, sembrando las raíces de futuros odios. Por todas partes se ve el humo de incendios. Son grupos fascistas, que en algunos sitios nos hacen frente y en otros salen huyendo; y entonces vemos la humarada de una aldea en llamas. Son estos facciosos, a veces, labriegos naturales de otros pueblos de la provincia, a quienes sus amos han convertido en asesinos a sueldo.

« De la escuela he podido rescatar unos libros y estas cuartillas en que ahora escribo, pensando en ti. ¿Nos volveremos a ver?

« Me viene al pensamiento ese momento, allá, en nuestra Tierra de Campos, aquel día, la tristeza reflejada en tu rostro, inmóvil en la neblina de la mañana, alejándome de ti, Rioseco una incógnita todavía.

« Así es como te veo y te veré tanto como me dure la vida. ¿Cuánto? ¡He visto morir tantos a mi alrededor!

« ¿No ha de servir para nada el haber vencido en las urnas, haber con tanto ahinco trabajado para construir un mundo mejor? ¿Va a ser completamente estéril la sangre de nuestros mártires?

« ‘¿Qué me ha pasado, dónde se halla en mí ese espíritu combativo que me llevó al comunismo todavía adolescente?’ no hago más que pensar. Es decir, dudo. ‘¿Va a resultar que la reacción gane esta guerra?’ No, no ganarán. Lo sé ahora. He de luchar. ¡No pasarán! Socialismo o muerte. No hay otra alternativa.

« Tenemos que salir de aquí de prisa. El capitán dio la orden. Sólo dos horas de descanso. ¡Después de haber andado por estos andurriales sin parar durante casi treinta horas! »

### **Medianoche**

« Hemos llegado a una parte elevada de la sierra, donde hemos encontrado una cabaña solitaria que debieron utilizar en su tiempo pastores de estos valles. El sueño no acude. ¡Todo lo que ha ocurrido últimamente me ha producido tal tensión! Así que me he metido en un rincón con la linterna, y he cogido otra vez un cabo de lápiz, y las cuartillas

que encontré esta mañana en la aldea abandonada, con la intención de rememorar: a ver si escribiendo se me cambian las ideas y... aún más necesario... se me calman los nervios.

« Te veo otra vez en la distancia..., te estoy viendo según escribo..., ¡aquel último adiós! Y en seguida ya a esconderme de nuevo, esperando el momento propicio para entrar en Medina de Rioseco, es decir, en la estación del ferrocarril. Compré el billete, y me aparté cuanto pude de las gentes, las casas, las vías públicas llenas de mujeres y algunos hombres que iban a las iglesias; y salí a esconderme de nuevo en el campo. Cuando con muchísimo cuidado volví a la estación, al anochecer, el adén estaba repleto de mozos, que luego supe habían sido movilizados en los pueblos para enviarlos a la guerra contra la república. Mientras esperaban a que se formase el convoy, los mozos charlaban, hacían apuestas, fumaban, y aun alguno entonaba una copla, más bien melancólica. Una vez formado el tren, me subí de prisa y corriendo a ocupar uno de los bancos de madera, tratando de hacerme pequeño y desaparecer. Desde la ventanilla obsevé a los reclutas. Vi que uno de los mozos, un chiquillo de unos diecisiete años, estaba haciéndose con asaz mala maña un cigarrillo, la petaca en una mano, y en la otra el tabaco de picadura, con el papelito entre los dedos. Precisamente en el momento en que el muchacho estaba metiéndose la petaca en el bolsillo trasero del pantalón, mandó el jefe de la escuadra que los encuadraba que diera el corneta el toque reglamentario, y él mismo gritó ‘¡venga, el saludo!’ Los jóvenes campesinos elevaron el brazo derecho al cielo, la mano extendida, todos a una. Todos menos uno: el joven muchacho que no había terminado de liarse el cigarro. El cual, al objeto de que no se le cayera la picadura al suelo (con la mano derecha aún en el bolsillo de atrás del pantalón), apretó bien cuatro dedos contra la palma de la mano, y alzó el brazo en el aire, que era el izquierdo. Lo cual fue interpretado, por un falangista que lo vio, como el desafío de un marxista. Ya habían empezado los mozos a embarcarse, acompañados por soldados armados de máusers; en seguida el convoy se puso en marcha, con todos los mozos en él. Intercambiaron los falangistas impresiones en el andén, y debieron decidir de incautar un taxi que siguió al ‘tren burra’, sin que tardarán en alcanzarnos. Ordenó su jefe que se parase la máquina. Montaron éste y el delator en el vagón. Este último señaló al jovencillo del puño en alto: “Este es.” “- ¡Venga, tú! – gritó el oficial -. ¡Vente!” Aconteció que iba con el joven recluta un hermano mayor, también movilizado por los rebeldes, el cual se acercó al muchacho. “¿Dónde váis?- preguntó a los falangistas. “- A ti no se te ha perdido nada en este asunto; tú te puedes quedarte.” – le respondió el jefe. Pero el muchachón replicó firmemente, aunque evitando un tono de desafío: “Donde vaya mi hermano, yo voy.” A lo que respondió el jefe faccioso: “Pues vente.” Agarraron a los dos labriegos, obligándoles a descender del tren, al tiempo que ordenaban al maquinista que emprendiera de nuevo la marcha. Y yo que iba en el último vagón, donde todo esto ocurrió, pude ver que no metían a los dos hermanos en el auto, sino que apartándose de ellos un poco, apuntáronles con sus pistolas. Se oyeron dos descargas, y vi caer en la cuneta dos cadáveres.

« El resto del viaje fue de un espanto y un silencio insoportables. Tan grande era el silencio, que me alarmé muchísimo cuando oí a mi lado: “- ¡A ver, su documentación!” Un hombre uniformado, sin duda el interventor. Le pasé el salvoconducto: ‘Alonso Carrión Cienfuegos, natural de Toledo, 51 años.’ Se quedó mirándome con extrañeza, o quizá con miedo. Se había impresionado, como todo el mundo, con los acontecimientos de unas horas antes. El caso es que casi no miró el documento, y tal vez eso me salvó. (Recordarás que no las tenía todas conmigo; que había pintado yo mismo, en el ángulo de mi fotografía, un segmento imitando el resto del matasellos.) Me devolvió el hombre el documento, y se fue hacia otros, a continuar la inspección. Noté que le temblaba la mano. »

### **En la madrugada**

« Imposible de reconciliar el sueño. Te contaré cómo llegué a Valladolid, cómo me fui a grandes pasos a la Fuente Dorada, como tú me aconsejaste. Pasé unos días en el piso del Callejón. Fue gracias a la generosidad de Teodosia, que me escondió y me ayudó luego a tomar el tren para Salamanca, que a continuación me fue todo muy bien. Había patrullas por todas partes, y era peligroso para un hombre andar solo: en seguida a agarrarle a uno: ¿espía o desertor! Nos despedimos en la Estación del Norte, como dos novios.

« Cambié de tren en Medina del Campo. Dejé este segundo tren por la noche, en campo abierto ; pues nos habíamos parado para dar paso a otro convoy que se dirigía con tropas hacia el frente. Y al frente me encaminé yo, alistándome en cuanto pude como voluntario en el primer pueblo importante en que entré, el cual estaba ocupado por un regimiento de caballería de los rebeldes, el “Farnesio”, del cuartel Conde Ansúrez de Valladolid; el décimo escuadrón, me tocó. Allí, ni siquiera me pidieron el salvoconducto.

« No tardé en pasarme a la zona republicana: en el Alto del León, que habían ocupado los falangistas por algún tiempo. Vallisoletanos todos estos, y de los cuales mataron los republicanos un centenar por lo menos.

« Se pasaron conmigo al ejército gubernamental dos moros. Cuando nos dieron el alto los centinelas, uno de mis moros se puso a vociferar: ‘¡Paisa! ¡Paisa! ¡No matar! ¡Yo ser amigo! ¡No disparar! ¡Yo ser rojo!’ Nos tuvo la patrulla miliciana en detención veinticuatro horas, hasta que se convencieron de nuestras buenas intenciones. Saqué nueva documentación provisional. Espero obtener un nuevo carnet en cuanto lleguemos a una ciudad o cabeza de partido. »

### **23 de Abril**

« Sierra de Guadarrama. Formo parte de una milicia de gente mayormente de Segovia. Visten traje de pana de corte militar. La disciplina es grande. Frente al terrorismo fascista, que sólo busca el someter al pueblo, he aquí un ejército popular, soldados milicianos que

buscan, dando la vida, si necesario fuere, el liberar a la humanidad del yugo de la explotación del hombre por el hombre. He aquí nuestro juramento: 'Hijo del Pueblo, ciudadano de la República, entro libremente al servicio de la Milicia. Prometo al pueblo español y al gobierno de la República, elegido como resultado de la victoria del Frente Popular, que defenderé con mi vida la libertad, la democracia y la causa del pueblo y del progreso, y que llevaré con honor el título de miliciano. Prometo estudiar la ciencia militar y cuidar escrupulosamente para que no se deteriore o sufra daño el material de guerra, propiedad de la Nación, que sea puesto a mi disposición. Prometo mantener la disciplina y procurar que otros la mantengan, llevando enteramente a cabo las órdenes de mis comandantes. Prometo abstenerme de todo acto deshonorables, e impedir que otros los cometan, y hacer todo lo posible para conducirme siempre correctamente, siempre teniendo en cuenta los altos ideales de la República democrática. Prometo venir en ayuda de la República democrática española a la primera llamada del gobierno, poniendo todo esfuerzo y la vida al servicio del régimen republicano y del pueblo. Si no cumpliera esta promesa, que hago libre y solemnemente, que el desprecio de mis camaradas caiga sobre mí y que la mano implacable de la Ley me castigue'. »

### **29 de Abril, al amanecer**

« No he podido pegar ojo en toda la noche. Felizmente estás tú, mi consuelo. Veo tu imagen tal como te vi aquel día, alejándome de ti..., a la hora del alba. He sentido las lágrimas subiéndome a los ojos. ¡Oh, qué flaqueza la mía! ¡Qué falta de ánimo por momentos! ¿Qué ha podido sucederme? El valor que es necesario para llevar a cabo este combate, ¿dónde ha ido? Adiós aquella alegría, las esperanzas que nacieron un día de febrero de 1936. »

### **2 de Mayo, mediodía**

« Llevamos cuatro días combatiendo. A mi lado hombres que hacen la guerra seria y serenamente: saben que defienden al pueblo. Mineros asturianos que escaparon al asalto falangista contra el convoy que llegó a la meseta aquel 19 de julio. Han estado haciendo la guerra a los facciosos en pequeños grupos de guerrilleros desde entonces. Y ahora forman parte de la Milicia. Son duros en el combate, y sumamente alegres y delicados fuera de él. »

### **3 de Mayo**

« Han llegado hasta nosotros algunos campesinos. Corren rumores en todos los pueblos de la Sierra de la existencia de un entero cuerpo de ejército italiano que avanza con los rebeldes, y van destruyendo todo a su paso.

« Saqué al fin un nuevo carnet del partido. Me han hecho instructor político. Estoy enseñando el manejo del fusil a los jóvenes voluntarios en

la misma línea de fuego. El otro día oí el grito de un muchacho enfadado: '¡Sargento, venga a enseñarme a manejar esto!' El sargento se acercó y le dijo que no había munición, ni siquiera armas suficientes para hacer la instrucción. Y al joven se le saltaron las lágrimas. Cada día se oye la misma pregunta: '¿Vienen los fusiles?'. »

#### **4 de Mayo**

« Conmigo somos dieciocho en el pelotón: el sargento, cuatro asturianos, seis campesinos de Castilla, un aprendiz carpintero de Guadalajara a quien mataron el padre los fascistas, dos oficinistas de Madrid que estaban pasando las vacaciones veraniegas en la Sierra cuando estalló la guerra, un representante comercial que creo viene de Santander, y dos andaluces. »

#### **Medianoche**

« Voy a tratar de conciliar el sueño. He estado leyendo unas poesías ; son de un poeta joven, Miguel Hernández. Lo dejo con tristeza, pero debo dormir al menos un par de horas. »

#### **Sin fecha**

« En esta provincia, todo a lo largo de estas montañas, se halla la línea que divide el frente (si se puede llamar línea a esta serie de valles y cañadas, escabrosos salientes, peñascos y hendiduras, rincones recónditos donde impera casi todo el tiempo la niebla.) Al sur de nosotros, defendiendo Madrid, el ejército republicano; y el norte ocupado todo por los rebeldes. »

#### **Sin fecha**

« Hemos estado subiendo en zigzag todo el día, sentándonos sólo de cuando en cuando para recobrar el aliento. Desde la cumbre veo, en las profundidades, la carretera nacional y la vía del tren. Nuestros soldados controlan todos los puertos, pero allá abajo los rebeldes se han apoderado del túnel del ferrocarril; y hay rumores de que están trayendo unos batallones de Burgos para antrincherarse en él.

« En Buitrago nos regalaron mantas y provisiones que hemos tenido que llevar a cuestas el día entero, subiendo hacia esta cima. A punto estuve de arrojar mi manta, pensando que era un estorbo; pero ahora, por la noche, se agradece. Nos hemos refugiado entre unos muros de granito, una antigua ermita o guarida de pastores. Hemos llenado el espacio entre los muros de bierzo y algunos arbustos ligeros, que nos hacen oficio de colchón. Todos los de mi pelotón se han tumbado a dormir. Yo leo a la luz de una hoguera entre unas piedras. Y siento que entra en mi alma el espíritu del poeta, una emoción, un sentimiento, algo fuerte que sube de mis más profundas raíces. Y veo, allá arriba, los relucientes astros del cosmos. Me ayudan a sobrellevar esta angustia:

'Nadie me salvará de este naufragio  
'si no es tu amor, la tabla que procuro,  
'si no es tu voz, el norte que pretendo. »

### **10 de Mayo**

« El oficial que nos manda, el capitán Galván, es miembro del partido comunista y hermano menor del héroe republicano de Jaca, que fue ejecutado por la monarquía en 1930. Hombre forjado en el combate, que participó en el asalto del Cuartel de la Montaña. Dio la orden de marcha esta mañana al alba, y al instante la columna se puso en movimiento. Comenzamos la marcha en un abrupto declive: luego el declive perdió inclinación y acabó en una vaguada. Sostuvimos un combate encarnizado durante más de dos horas; una columna rebelde intentaba avanzar hacia el sur precisamente por la vaguada; pero nuestro fuego les impidió el paso, y no pudimos siquiera contar sus muertos. ¡Tal fue el número de bajas que les causamos!

« A mediodía entramos en una aldea que habían controlado los facciosos desde la sublevación militar. Veníamos por los campos, agachándonos entre las viñas. Nos sorprendió el que no nos salieran al encuentro. Veíamos la masa de las casas y la alta torre de piedra en el medio. ¡Y nadie! Reinaba un silencio absoluto. Las calles estaban vacías y las puertas y ventanas herméticamente cerradas. De repente, unos disparos desde el campanario. Silbaban las balas a nuestro lado. Nos dispersamos y, parapetándonos bien, comenzamos a rodear la iglesia. No había duda que se habían encerrado en ella los rebeldes para hacer resistencia.

« Cuando íbamos a disparar contra la torre, nos salió al encuentro una viejecita, diciendo: '¡No tiren! ¡No tiren!' Nos contó que todos, mujeres, ancianos y niños, se habían metido en la iglesia, obligados por el alcalde y la guardia civil. »

### **11 de Mayo**

« Han disparado desde el campanario, hiriendo a dos de nuestros camaradas. Nosotros respondimos: rebotando a veces sonoramente nuestras balas en el bronce de las campanas. Nos sería fácil derrotar a los fascistas asesinos, pero con niños y mujeres en el templo, no podemos utilizar nuestro cañon, ni siquiera los morteros, que hubieran acabado con los de la torre en unos minutos. En cambio los facciosos hacen blanco a la menor oportunidad. »

### **12 de Mayo**

« El camarada capitán ha decidido que se desmonte el cañon y se abandonen los parapetos. Ordenó que diecisiete de los nuestros se

quedaran rodeando el pueblo. El resto de las fuerzas sigue adelante. Tienen que alcanzar la línea del ferrocarril para evitar que lleguen los refuerzos al enemigo atrincherado en el túnel. Así lo explicó el capitán, que dice he sido propuesto para el cargo de cabo de primera. Puesto en que fui votado por la tropa. »

### **13 de Mayo, medianoche**

« Fue nuestro pelotón el que se quedó hasta que se rindió el alcalde. Nos costó perder dos de los nuestros (uno de ellos el sargento), pero no se derramó ni una gota de sangre de mujeres y niños. Murieron cinco facciosos. Llevamos prisionero al alcalde. Proseguimos la marcha.

« Me han pedido los soldados que tome yo el mando del pelotón. »

### **14 de Mayo**

« En la carretera se oía ruido de motores; descubrimos que se trataba de una columna de falangistas, y no nos atrevimos a salir del bosque, por miedo a caer en un cerco. Luego se oyó un huracanado fuego de artillería. Se están librando combates encarnizados, y hemos decidido seguir adelante, agazapados a veces entre los árboles, en espera de podernos integrar a nuestra unidad. Anduvimos cosa de un kilómetro al lado de un barranco, y encontramos unos árboles frutales a una vereda del camino. Estuvimos comiendo unas ciruelas que, aunque no muy maduras, nos hicieron mucho bien. Nos tumamos por tierra al anochecer. Dormí como un muerto por una par de horas.»

### **15 de Mayo**

«De nuevo en marcha. Durante la primera parte del camino estuvimos envueltos en la niebla, oyendo todo el tiempo, unas veces enfrente y otras a nuestra espalda, fuego de artillería. Ni rastro del capitán Galván y los suyos; como si se los hubiese tragado la tierra. »

### **Medianoche**

« Al atardecer llegamos a Garganta de los Montes, pueblecito en manos de la República. Allí hemos dejado al prisionero y un herido de los nuestros. Nos dieron provisiones de pan y queso; pero de municiones, que nos hacen tanta falta, nada. »

### **16 de Mayo**

« Cuando salía con mi pelotón de un bosque de pinos altísimos, nos dimos de manos a boca con una avanzadilla fascista. Se oyó el estampido de un disparo, que puso fin a la vida de uno de los nuestros. Les vimos avanzando entre los árboles. Abrimos fuego, respondiendo a sus disparos, y les causamos muchas bajas, acabando de paso con toda nuestra munición. Tuvimos suerte, pues al ruido de los disparos acudió una unidad

del ejército republicano que controlaba aquellos parajes. Ocho de nuestro pelotón decidieron incorporarse a esta unidad. Los otros cinco, después de haber hecho indagaciones con el camarada comandante, que ordenó que se nos diese munición, decidimos seguir adelante, esperando dar con nuestra propia unidad. »

### **Sin fecha**

« Hemos acampado entre unos tupidos matorrales, en espera de que llegue la noche para continuar la marcha. Esta mañana, al alba, llegamos a un pueblo medio abandonado. El cementerio estaba en una altura, y el resto del pueblo, más abajo, en la ladera. Por encima se veían los picos de las montañas. Sí, un bello paisaje; pero a lo lejos tronaba la artillería; y de vez en cuando una ráfaga de ametralladora. »

« En el cuartelillo de la guardia civil encontramos dos flamantes nuevos máusers y munición suficiente para hacer una nueva ronda de disparos. Esperando todavía topar con el capitán Galván. »

### **Sin fecha**

« Se ha oído todo el día el fuego de artillería, y en el valle vimos, aquí y allá, penachos de humo, flotando sobre las aldeas. »

« Ahora sé que me equivoqué al insistir de continuar la búsqueda. Por ello, ahora, andamos buscando una unidad de nuestro bando, cualquiera que sea. Pensando en lo loco que he sido en insistir, me entró un nerviosismo, una desgana indigna de un combatiente republicano, lo sé. No puedo remediarlo. A veces me invade el pesimismo más acerbo. Ayer vi morir a uno de los nuestros, un asturiano. Se ofreció voluntario para hacer una salida de reconocimiento, amparándose en la niebla. En seguida oímos el sonido de una trompeta y el galopar de caballos. Se nos echaron encima, usando metralletas. Fue solamente gracias al valor y el sacrificio del asturiano, que distrajo la atención del enemigo utilizando sus granadas, que pudimos los demás salir huyendo entre los pinos. Mientras escapábamos, se oía el silbido de las balas a los lados y de vez en cuando el ¡zap! ¡zap! de las descargas en los troncos de los árboles. Desde la altura de estas rocas hemos podido ver el cadáver del asturiano y los cuerpos hechos trizas de dos caballos y sus jinetes. A medianoche bajaremos todos al valle para dar sepultura al cuerpo de nuestro camarada. »

### **20 de Mayo**

« Hemos tenido que retroceder, subiendo todo el tiempo hasta llegar a esta cima. Mientras vadeábamos un riachuelo casi helado nos dio alto una patrulla enemiga que había surgido súbitamente de entre unos matorrales. Respondimos al instante. Los dos que venían delante fueron víctimas de nuestros disparos. Los demás salieron corriendo a esconderse entre los árboles. Pensaron, sin duda, ante nuestra rápida y decisiva

respuesta, que éramos una avanzadilla de un cuerpo de ejército, o qué sé yo. Nosotros aprovechamos para batirnos en retirada, entrando en seguida en un bosque. Ahora vamos a tener una cena de bellotas y agua helada. »

### **Medianoche**

« He decidido seguir escribiendo. Fue al atardecer que llegamos a este paraje, enteramente desierto, de rocas de granito y algunas encinas enanas. Nos pusimos en seguida a buscar por el suelo algo con qué alimentarnos, y encontramos unas bellotas húmedas que probablemente han estado bajo estas encinas desde el otoño. Luego, extenuados de cansancio, nos sentamos o tumbamos entre las rocas. He podido ver una unidad rebelde avanzando en el valle, y luego entrando en un pueblo, muy a lo lejos, junto a una especie de lago que, desde aquí, parece un minúsculo espejo. Más arriba, en la ladera de una montaña bañada de la luz roja del sol poniente, se ven los bosques, de un verde oscuro. Las sombras se van haciendo cada vez más intensas. He visto los fogonazos, y luego oído sucesivas descargas de ametralladoras. Se sabe que los facciosos disparan contra puertas y ventanas cuando entran así en un lugar que da la impresión de estar desierto »

« Estuvimos sentados, un camarada y yo, contemplando el paisaje, emocionante por su belleza, y a la vez horrible por el significado de la lucha. El camarada es de Asturias (la tierra que también a mí me vio nacer), por eso todo esto nos emociona. Fumamos juntos unos pitillos. Juancho ha estado contándome una historia que ya conocía yo, de otras fuentes: la trágica llegada a Castilla del convoy de mineros asturianos el 19 de julio del '36. Pocos de ellos se salvaron.

### **21 de Mayo**

« Cada día alcanzamos una nueva cumbre. Las avanzadillas de los rebeldes son cada vez más numerosas, y tenemos miedo de caer en un cerco. Nuestra actitud ahora es simplemente protegernos y buscar de qué comer; el aire se hace cada vez más frío. »

### **22 de Mayo**

« Hemos abandonado todo intento de unirnos a lo que fue nuestra unidad. ¡Cómo me equivoqué! Se halla entre nosotros y el grueso del ejército republicano un profundo barranco, de manera que habrá que ir bordeando peñas y salientes: el camino va haciendo todo el tiempo semicírculos; no obstante, hemos de llegar a nuestras líneas como sea. Ni siquiera podríamos, los cuatro solos, constituirnos en un grupo de guerrilleros: nos falta de todo. Y ¿cómo les probaré yo ahora, a los republicanos, cuando lleguemos a sus líneas que hemos andado buscándoles todos estos días, que no somos desertores? ¿Dónde estará mi capitán Galván? »

## **Anochecido**

« Cada vez que se oye el ruido de aviones nos refugiamos en uno de los bosquecillos de encinas. Son tan raquíticos estos árboles que resulta difícil esconderse entre ellos. Casi puede decirse que tratamos de hacer que nos trague la tierra, buscando agujeros y matorrales. Hemos visto siete Junkers alemanes bombardeando las líneas republicanas. Al mismo tiempo, los cazas que siempre los acompañan husmeaban sobre los bosques. Luego hemos visto los pueblos ardiendo y el valle entero envuelto en humo. »

## **23 de Mayo**

« Los bombarderos se fueron adelante, hacia Madrid, y a los pocos minutos, cuando ya se habían perdido de vista, se oyeron las explosiones. De nuevo hemos pasado el día escondidos entre los arbustos y las rocas. Y de nuevo se oyo el roncar de los motores encima de nuestras cabezas. La aviación fascista continúa bombardeando el frente de Madrid. Más cerca, se observan batallas campales entre el ejército miliciano y un entero cuerpo de ejército de los rebeldes. En el monte se oye como azotan los árboles las ráfagas de ametralladora. Luego el fragor del cañoneo allá abajo. En seguida, aquí y allá, una compacta columna de humo. Nos desesperamos viendo como combaten los nuestros; y ¡no poder salir del cerco para luchar! En efecto, estamos rodeados de columnas enemigas. »

## **Sin fecha**

« Vuelan muy alto, en dirección a Madrid, tres escuadrillas de bombarderos, de nueve aparatos cada una, escortados por una docena de cazas Messerschmidt. »

## **Sin fecha**

« Hemos estado comiendo, como de costumbre, bellotas, y bebiendo el agua cristalina de un arroyo. Por la noche juntamos ramos de tomillo, y nos tumbamos los cuatro juntos para darnos calor. Así y todo, no hemos podido reconciliar el sueño; hemos estado oyendo fuego de mortero toda la noche. Cuando a la mañana cesó el cañoneo, empezó una lluvia suave que en seguida nos caló hasta los huesos. Uno de los nuestros va enfermo con fiebre. »

## **Sin fecha**

« A media mañana oímos un silbido como de pastor que guarda ganado. Luego vimos aparecer una cabra en un pico de la montaña y tras ella divisamos un hombre que nos hacía señas. Era un anciano. Le llamamos a voces que bajase a donde estábamos. Al cabo de media hora se unió a nosotros. Está solo, nos dice: los facciosos han destruído su pueblo y matado a la gente. El pudo escapar con esta cabra por haberse hallado a las orillas del pueblo cuando ocurrió el ataque. Hemos pedido al

viejo que se una a nosotros y nos ayude a encontrar cobijo en alguna parte. Dos de los nuestros ya no pueden más. Y tenemos que sentarnos al abrigo de las rocas de cuando en cuando. Se oyen todavía los silbidos de los obuses sobre nuestras cabezas. Pero no nos preocupa: ¡ya han pasado! Sabemos que sólo los obuses que no silban son peligrosos. Si no los oyes venir es que están encima: la muerte sin remedio. Una explosión. Y adiós a la vida. No se puede escapar a los destrozos inmensos.

« Se conoce nuestro hombre la sierra como la palma de su mano. Va a conducirnos - dice - a un lugar abandonado del planeta, lejos de la locura humana que ha engolfado a España y hecho de ella un puro infierno.

« Ha estado lloviznando todo el día. Al anochecer llegamos a esta aldea recóndita, sin duda el lugar más solitario y primitivo de todas estas montañas. ¡Como si hubiéramos vuelto a la edad de piedra! Y yo que siempre había pensado que Tordehumos era un pueblo atrasado y pobre.

« De piedra son, en efecto, las casas, bloques de granito, pizarra en los tejados, pedruscos en las callejuelas, losas que forman irregulares escalinatas inclinadas o en pronunciado declive, que parece que se va a caer uno al valle, puertas de troncos de encina, chiquititas, ventanas como simples agujeros, sin luz, salvo un candil en cada casa, y en todas partes yerbajos y yedra.

« El cabrero nos ha presentado a todos los habitantes de la aldea, es decir, trece ancianos y veinte mujeres, la mayor parte también de edad. El que no haya hombres jóvenes es bien normal; pero ¿quién se ha llevado a los niños? »

## CAPITULO 7

*En un nuevo cuaderno*

### **27 de Mayo**

« Miguel y yo estamos viviendo en casa de un matrimonio (dos ancianos), con cuatro hijos, todos ellos y sus mujeres, milicianos en el frente. "¡Dispuestos a morir por la República!" nos han dicho los viejos con orgullo. Se trata, como en el resto de la aldea, de una casa de granito con ventanas pequeñas y tejado de pizarra que rezuma la humedad. Miguel es extremeño. Le había tomado yo por andaluz, a causa del acento; pero no, campesino de la provincia de Badajoz es lo que es. »

### **28 de Mayo**

« Nuestros enfermos van mejor, aunque Gabriel está todavía muy nervioso, preocupado por la familia. Estaba veraneando con su mujer y los hijos en Riaza cuando estalló la guerra; y no dudó un instante en acudir a la llamada de la patria. Espera que los suyos logran regresar a Madrid. Funcionario, trabajaba en un ministerio. Nunca pensó, dice, que todo esto iba a durar tanto. »

### **29 de Mayo**

« ¡Tanto tiempo aquí sin hacer nada! » Debido a lo escabroso del terreno, y la falta de caminos asfaltados, es difícil llegar a esta aldea o salir de ella. Nuestro viejo cabrero me ha explicado que su mujer aquí nació; su mujer que fue asesinada por los facciosos con otros habitantes de su propia aldea en la montaña, a cinco kilómetros de aquí.

« Ha estado nevando durante un par de horas; aunque la nieve no llegó a cuajar. Cada vez más difícil todo; moralmente, al menos. Pues aquí se vive bien, vida sencilla y pobre. Posee cada familia una o dos cabras y algunas aves de corral, amén de un poquito de tierra bien cultivada. Viviendo aquí se ve lo que es la sencillez de la vida pastoral, sin ansias ni complicaciones, tan diferente de la vida de las grandes aglomeraciones. Y, sin embargo, hemos de seguir luchando, intentar salir del cerco. Sabemos por el cabrero que los fascistas han tomado todos los pueblos del valle. ¡Y hacia el norte, todo les pertenece! ¡Pero sí, tenemos que escapar, hemos de intentarlo! Nuestra intención es hacerlo poco a poco: salir como sea, rodear el valle por los bosques, y unirnos a cualquier grupo de la guerrilla popular con que topemos, o tal vez al propio ejército regular republicano. Esperemos que sea pronto, es decir, que no tardemos mucho en llegar a los nuestros una vez en camino! Sin embargo, del dicho al hecho hay un gran trecho. ¿Salir?, ¡fácil decirlo! ¿Pero cómo?, ¿qué camino seguir? Y ¿cuándo? »

### **30 de Mayo**

« Estoy leyendo mucho. Siempre lo mismo. Los poemas de Miguel Hernández. Luego escribo. Hace unos días, viéndome escribir, Miguel me pidió que le ‘enseñara las letras’. No ha ido nunca a la escuela. Sus amos no querían que aprendiera. Por casualidad hemos encontrado unos cuadernos y una vieja cartilla (fecha de impresión, 1921). Ya hemos empezado las lecciones. Dice que quiere escribir una carta de su propio puño y letra a su esposa. Sólo tiene veintiún años, y se ríe como un sinvergüenza cuando explica que le hizo un bebé a la novia entre las niaras y las matas: fue a a contraer matrimonio la niña (no tenía diecisiete años) con su barriguita abultada. Su hijo tenía sólo unos días cuando le movilizaron los rebeldes. Se pasó al ejército republicano en Somosierra. »

### **Medianoche**

« Juancho, antiguo minero asturiano, hizo una salida de reconocimiento hacia el valle. Y aún no ha regresado. Si se confirma la ausencia, espero que no cayó en manos de una patrulla enemiga y que, de alguna manera, logró salir del cerco y se quedó por allá con los nuestros, o incluso llegó a Madrid. »

### **31 de Mayo, medianoche**

« No ha vuelto Juancho. Ha estado lloviendo todo el día. Nuestro cabrero estuvo deleitándonos con su música, una flauta que ha fabricado él mismo de una vara del campo. El madrileño se ha decidido a salir también; quedaremos sólo Miguel y yo. De nuevo cojo el lapicero, pensando en la amargura de la derrota, tratando de compensar con el alivio de que un día... »

### **Sin fecha**

« Salimos esta noche. El cabrero nos ha asegurado que va a haber niebla al amanecer. Se han oído lejanas explosiones, probablemente aviación o artillería. »

« No sé de dónde habrán sacado nuestros dos ancianos estas bicicletas oxidadas y llenas de telarañas. Dicen que si bajamos por un declive que nos han mostrado desde una ventana, en seguida encontraremos la carretera, y en una hora habremos llegado a la parte de los bosques. Hablan de ‘prestárnoslas’ (de sobra saben ellos que no volverán a ver sus bicicletas). Han insistido en darnos, además, algún dinero. Dicen que ellos no lo necesitan. ¡Pobres gentes generosas! ¿Cuánto tiempo se habrán llevado ahorrando estas pesetas republicanas que ahora nos ofrecen de todo corazón? Tratamos de rechazar el dinero. Contestan que ya se lo devolveremos todo un día; y si no, dicen que ésa es su contribución a la guerra. No dudan ni un instante que hemos de ganar. »

### **Sin fecha**

« Seis de la mañana por mi reloj. Mucha niebla en efecto. Nos hemos pasado la noche alternativamente pedaleando y arrastrando las bicicletas a nuestros lados. Al principio el camino era un barrizal; pero en la comarcal ya se podía pedalea sin miedo, siempre evitando los baches, llenos de barro. Reinaba todo el tiempo la oscuridad; avanzamos muy de prisa. Hemos encontrado, entre los árboles, estas peñas donde nos hemos metido a descansar. Miguel me ha hablado de su Lupe y el niño, que debe tener, dice, el año cumplido. A unos metros de donde estamos hay un arroyo. El paisaje de robles es salvaje y misterioso. Todavía hay un poco de niebla. Hemos decidido separarnos, dejando las bicicletas entre estos árboles. Miguel ha salido primero.

« Y yo me he puesto a escribir a ver si se me va el nerviosismo, o al menos me olvido un momento de toda la tragedia que rodea a esta inmensa soledad en que me hallo. Voy a ir campo a través, hasta que se levante la niebla ; luego ¡que la suerte me ayude! »

### **Sin fecha**

« Las carreteras están muy vigiladas por las patrullas rebeldes. Imposible acercarme a Madrid durante el día, incluso a través de los montes. Voy a esperar entre estos matorrales hasta la noche. Se oye el retumbar de cañones. De cuando en cuando pasan silbando los obuses, destrozando las copas de los árboles. Paradójicamente no hay peligro para mí aquí donde estoy. Es improbable que una patrulla enemiga se aproxime por el momento a estos bosques, que consideran completamente suyos. El frente está a dos pasos. »

« He visto pasar varios bombarderos hacia Madrid, y a los pocos minutos, cuando ya se había perdido de vista, de nuevo las explosiones. »

### **Sin fecha**

« A lo lejos, salen de las líneas republicanas destellos de balas ininterrumpidamente. Resisten bien, a pesar de que algunos cazas alemanes han estado regando las trincheras, todo a lo largo, con el fuego de sus ametralladoras. Otras ametralladoras respondían de cuando en cuando desde el suelo. Cortas ráfagas, en general. A la caída de la tarde vi, medio envuelto en humo, un avión de caza alemán. »

### **Sin fecha**

« De nuevo esperando entre los arbustos de un montículo muy cerca del Manzanares. Veo a los nuestros a la otra orilla. El fragor del combate no ha cesado en todo el día. Bebí con las manos agua de una ciénaga, y me puse en marcha hasta llegar a este escondite. Un puente destrozado del ferrocarril a dos pasos.

« Voy a tratar de cruzar el frente esta noche. Si es posible trataré de vadear el río o cruzarlo a nado. No hay ni una nube, y si la luna se alza pronto en el cielo será peligrosísimo. Abundan las patrullas de soldados facciosos. Menos mal que me deshice ya hace tiempo del carnet del partido, es decir, el duplicado que me dieron hace meses en Buitrago. »

### **Sin fecha**

« Al alba oí a una cierta distancia una ráfaga corta de ametralladora, y luego una larga. He estado corriendo una parte de la noche. Pero tuve miedo, o precaución o ¡qué sé yo! Continúa la batida del enemigo. Me moví medio a rastras el resto del tiempo, echándome a las cunetas cuando oía el ruido de aviones, midiendo los caminos con pasos pausados. Pero al fin llegué al río, donde me escondí, dejándome caer en el agua de la orilla, que estaba llena de juncos, y sosteniendo con una mano en el aire la mochila, para que no se moje, entre otras cosas, el reloj. Debí soltar estos cuadernos, dejar que se los llevase el río; pero no pude hacerlo: va aquí todo lo que me queda de ti, Dorotea. En cambio, hice añicos el carnet del partido, por si caigo en poder del enemigo.

« Están tronando los cañones antiaereos. Nuestros artilleros defienden Madrid. Pero el enemigo no duerme. Oigo ahora, muy cerca, los estallidos de sus proyectiles. Los fascistas bombardean la capital también con su artillería desde esta parte del río. »

### **Sin fecha**

« Para evitar el fuego cruzado de fascistas y republicanos, me he metido otra vez en el Manzanares, sólo hasta la cintura. He estado arrastrándome al abrigo de los juncos, siguiendo la corriente del río, alejándome de ese puente destruído de ladrillo, en donde todavía se ven las líneas del ferrocarril : allí el fragor del combate es más intenso. »

## CAPITULO 8

*En un nuevo cuaderno*

### **3 de Junio**

« En el Puente de Toledo, a donde me condujo no sé qué instinto o acertado razonamiento, había centinelas vestidos de traje de milicianos. Uno de ellos me dio el alto.

« - ¿Qué documentación traes? – me gritó -. Soy comunista, camarada – le respondí. – A ver, muestra tu carnet – ordenó él.

« De nada sirvió el que le relatara mis trabajos y aventuras; el que había estado un día entero tratando de cruzar la línea enemiga, dos días y dos noches intentando pasar el cerco, llegar a Madrid. Fue este miliciano quien me dio el nombre del lugar, este antiguo puente de piedra donde los republicanos están bien parapetados. Me cachearon detenidamente y luego me encerraron en este calabozo. Menos mal que no me han quitado la mochila. Desde la ventana enrejada veo ya parte de la ciudad ('Madrid Frontera del Mundo', según he sabido que llaman en todas partes a la capital de España.) ¿Cuánto tiempo me tendrán aquí? ¿Cómo podrán comprobar que mi testimonio es verdadero? Espero que haya logrado convencer a mis camaradas que no soy un desertor, mucho menos un espía faccioso. Aunque me registraron antes de meterme aquí, no repararon en el hecho de que llevo unos papeles en el pecho; o si los vieron, quizás pensaron que eran una protección simplemente, contra el frío de la mañana »

« Comienza a amanecer, y las débiles luces azules de las farolas, que continúan por un rato luciendo, desaparecen poco a poco según va asomando en el cielo un hermoso sol de verano. Las han cubierto de papeles azules, que mitigan al parecer el resplandor, a fin de que no sean vistas desde el aire. »

### **5 de Junio**

« Algunas partes de la ciudad están enteramente en ruinas, la aviación fascista no respeta nada. Los escaparates de los comercios del centro están sellados con tablas y planchas de contrachapado. Los milicianos han amurallado con sacos terreros los más importantes monumentos para protegerlos de la metralla. Pero los rebeldes bombardean todo. Han destruído un hospicio modelo de hijos de obreros: una docena de huérfanos han perecido a causa de las bombas o abrasados en las llamas. Es una vergüenza: hospitales, escuelas, monumentos, museos, iglesias (las iglesias de que se proclaman campeones) son objeto de sus ataques desde el aire; ni siquiera respetan los palacios y sus antiguas mansiones que vanamente esperan volver a habitar algún día. »

## **6 de Junio**

« Los cristales de los escaparates de este barrio extremo de Argüelles están todos rajados o completamente destrozados, debido a la onda explosiva de bombas y granadas de mortero; algunas ventanas de las casas aún en pie tienen pegadas unas tiras de papel entrecruzadas; pero ni siquiera ellas resisten la fuerza destructora de la onda explosiva. Las aceras están levantadas, las calzadas desempedradas; hay escombros y montones de adoquines por doquier. Es difícil determinar si esto se debe a los bombardeos o si han estado levantando barricadas los obreros, por si acaso entran los rebeldes.

« Un árbol arrancado de cuajo, un farol que se inclina, apoyándose sobre un muro, un inmenso agujero que nos enseña las entrañas del metro, edificios acribillados por balas, agujeros de obuses, fachadas picadas de viruela, o casas sin fachada, como cortadas en dos por una enorme cuchilla: a un lado los escombros, el vacío de los muros destrozados; y el otro lado mostrando el interior de hogares madrileños, vacíos, silenciosos, ennegrecidos por la guerra. Y por tierra, los cuerpos destrozados de los que han caído durante el último bombardeo. Es horrible ver un craneo machacado, el cerebro hecho pulpa, como una pasta pegajosa.

« ¡Tan diferente del Madrid castizo del cuplé, que conocí en el 28, de paso para la guerra colonial de Marruecos!

## **A la madrugada**

« Sí, logré convencerles de que soy comunista, un genuino voluntario en lucha contra el fascismo. Me soltaron y vine a esta unidad del barrio de la Moncloa »

## **7 de Junio**

« Estoy en la Ciudad Universitaria: edificios ruinosos de rojo ladrillo de construcción moderna, facultades, hospitales, colegios mayores, escuelas especiales, ¡todo tan buen trabajo del gobierno republicano! El Paraninfo está enteramente destrozado, dos o tres estatuas destruidas, los árboles de las hermosas avenidas aplastados o arrancados de cuajo por las bombas.

« Por la vertiente se desciende hacia el Parque del Oeste, y luego el río, hasta la primera línea del enemigo; y, por el otro lado, sube el paisaje ligeramente hasta la misma puerta de Madrid, es decir, la Plaza de la Moncloa. A nuestra derecha las montañas azules del Guadarrama. Muy cerca, en una baja pero bien visible loma está el Hospital Clínico, medio destrozado, como lo está también la Facultad de Medicina.

« Fui llamado al puesto de mando, donde el camarada inspector político de la unidad confirmó que mi petición ha sido aprobada. Voy a ser reintegrado en el partido y propuesto para el cargo de sargento. »

### **8 de Junio**

« Mando un pelotón de gente de Extremadura. Me pregunto que qué habrá sido de Miguel. ¿Cómo les habrá ido también a los otros camaradas, Juancho y Gabriel, que dijeron tratarían de llegar también a esta parte de la zona republicana? »

### **9 de Junio**

« Echándonos cuerpo a tierra, hemos avanzado a rastras entre troncos de árboles destrozados y otra maleza, y logramos llegar a unos cien metros de un grupo de falangistas. Les sorprendimos saliendo de la trinchera: les rociamos con nuestro fuego de fusil y bombas de mano. Aprovechando la confusión, nos volvimos, y subimos la loma en zigzag, corriendo entre los pinos, agazapándonos cuando oíamos silbar las balas, y hasta que entramos en nuestra propia trinchera sin perder un solo hombre. Les debimos de causar unas seis bajas.

« Pero la artillería enemiga no descansa; de un disparo mataron el otro día a cinco hombres; se oía al mismo tiempo nutrido fuego de ametralladoras; aquí y allá, columnas de humo que en seguida empiezan a disiparse. »

### **10 de Junio**

« Hoy he presenciado un combate aéreo. Fue hacia la madrugada. Las bombas estuvieron cayendo sobre la ciudad toda la noche, en sucesivas oleadas (nueve bombarderos cada vez.) Nos desesperábamos. ¿Qué harían los nuestros? Nuestra trinchera está situada en una loma, cerca del edificio del Clínico, cuyas ventanas en los pisos bajos están parapetadas con sacos de arena, por donde asoman los rifles y las ametralladoras, algunas de éstas apuntando al cielo. Dispararon a los bombarderos alemanes aparentemente sin hacerles mella.

« Aparecieron al rayar el alba dos grupos de aviones de caza de nuestra base de Getafe, persiguiendo a los bombarderos fascistas: vino la caza enemiga, y se entabló el combate. Nuestros aparatos, de fabricación rusa, respondieron magníficamente. El combate duró como un cuarto de hora: los pequeños Migs iban de un lado para otro veloces, como unas moscas (que eso es lo que les llaman los madrileños, "los moscas"), unas veces ascendiendo, otras descendiendo en picado, hasta que uno de ellos se puso paralelo a uno de los bombarderos alemanes: a un cierto momento pareció que iban a chocar los dos aparatos: se oyeron ráfagas de ametralladora, y una llamita de pronto apareció en la cola del Fokker germano, que empezó a tambalearse, perdiendo altura, y cayó como un

plomo entre unos árboles, dejando tras de sí una estela de humo. Alguien me dijo que el piloto del Mig era un héroe de la Unión Soviética.

« Por la tarde vi caer a otro bombardero envuelto en llamas y un caza Messerschmidt ; el piloto de éste, que se lanzó en paracaídas, fue al instante hecho prisionero por nuestra unidad y llevado al puesto de mando. El comandante pidió que se buscara a un alemán de las Brigadas Internacionales, que están atrincheradas junto al río, para que hiciera de intérprete. Conocí a este alemán más tarde en el combate: luchador formidable y camarada del partido.

### **11 de Junio**

« Me ha traído un camarada del partido al aerodromo de Getafe. Iba con nosotros, en el coche, un capitán que tenía que enlazar con los de aviación. Me presentaron al Coronel Kózyrev, héroe de la revolución rusa, y ahora de la guerra de España: ha descendido ya una docena de aviones alemanes. Es un hombre bajo y corpulento, con guerrera y casco de vuelo (éste calzado hasta los ojos) y tiene el pecho lleno de condecoraciones; acababa de entrar de una misión. »

### **15 de Junio**

« He venido con permiso a la ciudad. Pasé la noche en una pensión en la Gran Vía. Me dio la impresión de estar durmiendo en una cama de gelatina, soñando todo el tiempo que caía en un agujero de caucho. ¡Lo que es el haber dormido noche tras noche en el suelo, durante casi un año!

« Me despertó una explosión y una sacudida que hizo temblar el edificio entero, al tiempo que sonaban las sirenas. Apenas me había quedado dormido de nuevo cuando empezaron a oírse los estampidos de la artillería antiaérea. »

### **16 de Junio**

« Alarma aérea otra vez. Han vuelto los aviones. Sueltan sus bombas en el mismo centro de la ciudad para causar terror entre los civiles. No es de extrañar que estén las calles desiertas. Los pocos transeuntes que se ven, corren hacia los refugios. Una cola de mujeres que se había formado delante de una lechería, que todavía no había abierto, se esfumó en un instante. Un cochecito de niño, vacío, abandonado en el medio de una plazuela desierta. Sólo quedan algunos perros callejeros, flacos, moviéndose despacio, el rabo entre las piernas. Corrí hacia Noviciado, la estación de metro más próxima, donde ahora me hallo escribiendo estas notas. »

### **17 de Junio, por la noche en la trinchera**

« Llovieron bombas pesadas sobre Madrid, alternando con peines de pequeñas bombas que caían a granel; aquí, en la universitaria, igualmente cantidad de bombas; bajan en picado los aviones y dejan caer su carga donde sea.

« Una parte de los dos días que me dieron de permiso lo pasé en un refugio – estación del metro, Montera; el aire era caliente y olía a humedad y falta de oxígeno; los andenes, e incluso una parte del tunel, a ambos lados, estaban empaquetados de toda clase de gente; caras angustiadas en la penumbra; un absoluto silencio, salvo los sollozos y suspiros de los más débiles, y de cuando en cuando el llanto de un niño; muchas mujeres habían llegado aún antes del toque de las sirenas, con sus hijos y algunas provisiones, acomodándose allí como si estuvieran en su propia casa, con colchones, jergones, mantas, almohadas, biberones para los bebés, y otras cosas más; afortunadamente alguien había traído también candiles de mecha de aceite o carburo, lo que daba un olor ácido a la atmósfera. Los madrileños, habituados ya a todo aquello, dormían como si tal cosa (al menos una buena proporción de ellos lo hacía.) De vez en cuando las explosiones hacían estremecer los muros y el techo del andén, y entonces se oía el susurro de una oración, generalmente de mujeres. Un anciano explicaba, calculando: ésta ha caído en San Bernardo, la Puerta del Sol, ésta aquí, ésta allá, y acullá, lejos, cerca, muy cerca. Luego alguien gritó que lo peor había pasado ya; volvieron a oírse otra vez las sirenas. Y un suspiro general de alivio. ¡Hasta que se oiga de nuevo la alarma! ¿Qué pasará en la próxima? ¿Nos machacarán a todos? »

### **21 de Junio**

« La luna vierte sobre estos campos y arrabales, en esta noche de verano, una encantadora luz de plata, que hace resaltar los contrastes: arbustos, parapetos, maquinaria de guerra abandonada, pedruscos, rocas. Uno de los batallones que defienden Madrid, en el que sirven camaradas que han venido a ayudarnos, de todas las partes del mundo, está participando en un combate nocturno hacia la Casa de Campo. Oigo los disparos de mortero y ametralladora; pero, ni aún así, desaparece la belleza de estas sombras, estas luces, las siluetas de lomas y de árboles numerosísimos. ¡Si no hubiera la guerra! En cambio... el desencanto: ¡el cielo es cruzado ininterrumpidamente por los brazos de los proyectores! Pronto oíremos de nuevo las sirenas.

« Tengo en mis manos una escudilla de judías blancas con morcilla y abundante pimentón: es mi cena, que saboreo poco a poco. »

### **22 de Junio**

«Un combatiente de las Brigadas Internacionales lava su ropa con una bella madrileña en traje de miliciana, ambos hincados de rodillas en el barro del exiguo Manzanares. ¿De qué estarán hablando? »

### **23 de Junio**

« Hemos abierto una nueva trinchera cerca del río. Estoy en una compañía formada de manchegos y extremeños, que aprendieron de la guerra luchando contra el Tercio de Yagüe; asimismo algunos estudiantes madrileños de la FUE; y al lado, un batallón de voluntarios extranjeros brigadistas: entre ellos el alemán Dieter (que hizo de intérprete cuando cayó el piloto de un avión enemigo), un irlandés llamado Paddy Murphy y otros camaradas cuyos nombres no llegué a captar. Todos estos brigadistas han venido a España de todos los países de Europa y de otras partes, a veces en contra de las disposiciones de sus respectivos gobiernos; pero siempre con el aplauso de todos los trabajadores del mundo. Ayudan en la defensa de la capital como si verdaderamente fuera su lugar natal que defienden, y así lo entienden (y se lo agradecen) todos los madrileños. »

### **Sin fecha**

« No cesa el cañoneo de una y otra parte; las descargas tableteantes de ametralladoras se suceden sin interrupción; el fuego cruzado de los fusiles desde las trincheras. De pronto un grito: ¡al avance!; y nos echamos todos a correr hacia el enemigo, las balas silban a nuestros lados, pero a menudo ni se las oye llegar. Con las descargas de artillería ocurre lo contrario: si se oyen llegar los obuses, ya ha pasado el peligro. Como estamos en un antiguo parque, se oye muy claro el tap tap de las balas en los troncos de los árboles: replicamos; no hay que darles tregua ni cuartel.

« Las pérdidas han sido muy elevadas; pero a nuestro lado yacen también, muertos o heridos, un montón de facciosos. ¿Cuándo llegará la victoria final? No puede ser que miles de camaradas se hayan sacrificado para nada, que vayamos a perder con las armas en la mano lo que tan honradamente se ganó en las urnas. »

### **Sin fecha**

« Llevo tres días sin salir de la trinchera. Limpiamos nuestras armas, preparándonos para el combate. Luego me entretengo a la lectura. Y a escribir (un nuevo cuaderno) para no perder el coraje, no dejar ni un grano de desesperanza embargarme un segundo. Ha vuelto a darme aliento la visión genuína, casi tangible, mi amada, de aquellos días en Tordehumos, el recuerdo de tus besos, los abrazos, tu valentía cuando lo arriesgaste todo para ayudarme a escapar, ¡gracias, infinitas gracias! Volveremos a vernos no tardando, mi adorada. Espero que si has llegado a Madrid, habrás ido, como acordado, al comité central: ellos sabrán dirigirte. No quiero creer que todo haya terminado entre nosotros

« Hemos rechazado otra vez el ataque de la infantería enemiga. Se cumple la consigna, ¡NO PASARÁN! »

### **Sin fecha**

« Llevamos cuarenta y ocho horas sin revitallamiento. Imposible entrar o salir a causa de los obuses, que llegan de todas partes. Han caído cinco de los nuestros. »

### **Sin fecha**

« Otra vez nos despertó el alarmante fragor del cañoneo, que empezó esta mañana más temprano que de costumbre. Pasó un obús aullando por encima de nuestras cabezas. Siguió una explosión; luego otra, y otra. Y el cañoneo terminó tan súbitamente como había empezado. Pudimos al fin sacar nuestras narices del agujero. Desde nuestra trinchera vimos que los aviadores fascistas habían tratado de nuevo destruir el Clínico. Pero el edificio resiste, sobre todo los pisos bajos y el profundo sótano. Hay una trinchera de comunicaciones que va desde la primera línea al puesto de mando, que se halla en dicho sótano. Parte de este enlace se hace por un subterráneo que han hecho los hombres topes del batallón de ingenieros. »

### **Sin fecha**

«Esta mañana, al alba, vimos en la bruma que cubría toda la vaguada unas doce siluetas, avanzando agachadas. Abrimos fuego, obligando al enemigo a lanzarse a tierra; uno de los fascistas, un loco debía ser, continuó avanzando, dispuesto a cosernos a tiros con su metralleta. Conforme avanzaba su camisa azul se hacía visible, y la expresión de su rostro se iba haciendo más y más dura. Un disparo certero de uno de mis camaradas puso fin a su avance y a su vida. Obligamos a los otros falangistas a replegarse. Cada día tienen que pagar más caro su fanático empeño en llegar a los altos de la Ciudad Universitaria. La geografía está en nuestro favor en esta parte del frente. »

### **Sin fecha**

« Hoy hemos podido llenar de nuevo nuestras escudillas de aluminio: un buen guisado de patatas, arroz y bacalao. Y de postre, vino. Asimismo ha llegado a nuestra trinchera algo esencial: tabaco, tres cajetillas de picadura para cada combatiente de lo que es todavía mi pelotón. »

### **Sin fecha**

« El estallido de una bomba estremeció nuestra trinchera. Está la aviación enemiga causándonos destrozos enormes. Pero en cuanto pasa el bombardeo salimos de nuestras posiciones rápidamente y ¡al combate!. Dos unidades de infantería fascistas fueron arroyadas; en unos sitios huyeron, y en otros lucharon encarnizadamente, haciéndonos frente. Están retrocediendo poco a poco de unas posiciones a otras. Han llegado refuerzos de las Brigadas Internacionales para relevarnos. »

### **3 de Julio, en el puesto de mando**

« Nuevamente esa visión. ¡Aquella mañana cuando nos prometimos mutuamente no darnos por vencidos, y que nos encontraríamos en Madrid! ¡Qué lejano en el tiempo parece ya todo! Está claro ahora que no has podido llegar o pasado siquiera de la otra zona. Hay una estafeta de campaña en cada regimiento y, en llegando al comité central, como acordado, te hubiera sido posible hacerme llegar una carta. No pierdo la esperanza. ¿Tendré pronto noticias tuyas? ¡Tengo tantas ganas de verte, estar contigo y construir un futuro juntos!

« Salgo con el Quinto Regimiento de Milicias Populares. Destino, Brunete. »

## CAPITULO 9

El primero de abril de 1939, la voz afeminada del Caudillo, Generalísimo de todos los ejércitos, Jefe de Estado y nueva encarnación del Verbo divino, se alzó en todas las radios españolas para anunciar :

-« Hoy, después de haber capturado y desarmado al ejército rojo, las tropas nacionales han alcanzado sus últimos objetivos militares, la guerra ha terminado. »

Con estas palabras, el líder visible de la reacción española, ostentando en el pecho el emblema de la Santa Tradición, anunciaba un Nuevo Amanecer. Una vez más España sería Imperial.

Aquellos que habían creído en la democracia, que por algún tiempo habían esperado y trabajado por un mundo mejor, habían sido aplastados. El país entero pasaría de nuevo a ser del dominio de unos pocos. La población sería esclavizada sin piedad: el terror aparecería reflejado para siempre en los rostros de al menos una generación de españoles. La Patria, como habían querido los facciosos, contrajo matrimonio con la Muerte; solemne sacramento que, como todos los sacramentos, recibía la bendición de Nuestra Santa Madre la Iglesia.

De nuevo los balcones de la ciudad fueron engalonados con banderas y colgaduras. Se veían los colores Nacionales, rojo y gualda; el rojo y negro de la Falange, con el yugo y las flechas, la insignia del Requete, con sus aspas encarnadas en fondo blanco; y luego había colchas de seda, organdí, edredones, sábanas con estampitas, emblemas y bordados: el Corazón de Jesús, Santiago Matamoros, la Inmaculada Concepcion de azul purísimo, la Virgen de las Angustias con sus siete espadas de plata.

En el aire hermoso de primavera, el redoblar de campanas se mezclaba alegremente con el sonido de las marchas militares procedente de altavoces colocados en las vías publicas, o de radios privadas en el interior de las viviendas, cuyas ventanas, miradores y balcones estaban abiertos de par en par.

Bien fuera a causa de la Victoria, ese fervor patriótico en los corazones, la conclusion de la guerra al fin; o a causa más bien de ese hermoso sol de primavera, la influencia quizá de algún astro, el aire azul de un cielo purísimo, doña María Cristina Martínez-Larios y Brendt, esposa de Argamesilla, se sentía aquella mañana un poquito menos mal que de costumbre, menos deprimida, menos torpe en sus movimientos, más dispuesta a sonreír, a quejarse menos de achaques y dolores. Estaba sentada en el balcón, y con ella se hallaban sus cuatro hijos. De vez en cuando movía nerviosamente una mano, la derecha, en la que sostenía un

abanico negro de seda. Aunque no hacía calor, ella movía el artefacto en el aire, brazo y antebrazo más bien rígidos. Una, dos, tres, cuatro, el puño como una bola, haciendo un semicírculo rápido cada vez, como una máquina, incansable. Venga a mover el abanico de seda, la cara bien estirada, la nariz grande aguileña, y saliéndole un poco la barbilla como un pájaro de presa. Luego, de repente, dejaba caer el brazo en un movimiento giratorio hacia el muslo, al tiempo que cerraba el abanico con un chasquido. Se daba un descanso de unos cinco minutos, chupándose los dientes con la lengua, la mente ausente, como un orangután en sus jaula.

-¡José Antonio! – chilló de súbito al más pequeño de sus descendientes, que acababa de subirse a una silla - ¡Bájate de ahí!

-Mamá.

-¡Bájate, he dicho! ¡Paquita! – llamó a la criada.

-Sí, señorita – apareció ésta, corriendo.

-Llévate a este niño de aquí. Pa que aprenda a obedecer y no subirse a las sillas.

El niño salió llorando, medio arrastrado por la doncella. La madre, después de haberse abanicado por unos minutos, volvió a meterse con los hijos, el tercero esta vez.

-¡Onésimo! Siéntate, tú también.

Había un tic nervioso en la cara de la noble dama, prematuramente envejecida a causa de los sufrimientos. Su rostro, en verdad, era una continua mueca, de desgrado o de dolor: unos labios perpetuamente contraídos, ojos vidriosos distantes, que seguían en estos momentos sin percatarse los movimientos de la calle, lo poco que podía ver desde su asiento.

-¡Quinito! – volvió a las voces - ¿Tú también? ¡Estáte quieto! No te muevas, que no me dejas ver. – Y aunque el niño se había quedado, al oírla, más inmóvil que una estatua -: Parece mentira, un hombre ya casi, que no se pueda estar quieto en su silla.

Quinito, que nunca contravenía una orden, no dijo nada. Fue el segundo, Alfonsito, quien habló.

-Mamá – imploró -, déjame que me ponga de pie para ver mejor. ¡Que van a pasar los Moros!

-Moros o no Moros, os he dicho a todos que os sentéis y no os mováis. Los niños modosos ven los desfiles en las sillas, sobre todo

cuando hay tanta gente en los balcones, ¡ay que ver!, ¿qué dirán? Vamos, que ya sois mayorcitos.

La verdad era que sentados poco podían ver los niños, ya que una gran colgadura almidonada cubría la parte central del balcón. Pero doña María Cristina continuó impertérrita.

-¡A sentarse todo el mundo! Tú también Onésimo – (que era su favorito) -, que no te creas que por ser pequeño te vas a librar, ¡muévete, y te mando a la cocina con tu hermanito, tú veras! -. Salía su voz como el ruido de una ametralladora vieja que descarga una corta ráfaga, luego se calla, para en seguida volver a descargar un instante, y vuelta a callar. A cada pausa, contraía un poco más sus labios, que abría de nuevo en una explosión, todo ello acompañado del incesante, innecesario girar del abanico.

En suma, la noble señora de Argamesilla, aunque rica y distinguida, era muy desgraciada. Estaba en la raza, en la sangre de los de su clase, eso que hace que todo en la vida tenga un precio, contrapartida de fortunas y robos con lágrimas y lloros. De un lado, nunca había logrado la ilustre dama sobreponerse a la pérdida de su primogénito Feneón, asesinado a la tierna edad de once años allí mismo, delante de ella, frente al Gran Teatro Calderón, seis años atrás. De otro lado (más doloroso por ser más reciente), sabía que Joaquín, su marido, le era infiel, la engañaba con otra; estaba segura de ello.

Desde un altavoz a la entrada de la iglesia llegaron las tristes palabras, la música marcial, de la Marcha del Tercio :

« Le – gionario que hacia el frente  
« Te vas – con alma de fie - ra,  
« Eres no – vio de la Muer - te,  
« Recí – be a tu com - pañera  
« Legionarios que a – la muer – te...  
« ¡Le – gionarios a vencer!  
« ¡Le – gionarios a morir!  
« ¡Arri – ba Espa - ña – y  
« Vi – va la Muer - te! »

Los tres niños se habían instintivamente alzado al oír la animada canción, marcando el paso al son del legionario. Y el corazón de la infeliz dama se ablandó un poquito, viéndoles tan guapos y tan marciales, con ese fervor patriótico en los rostros, tan buenicos; y, conteniendo una lágrima, les dijo, con un chasquido del abanico:

-Bueno, os podéis quedar de pie, si eso es lo que queréis. Pero a ser modosos, ¿eh? Y tener cuidado, vosotros dos, de que Onésimo no se caiga a la calle.

A media mañana, cansada de esperar y ver que no pasaba nada, llamó a la sirvienta de nuevo:

-¡Paquita!

Otra vez ésta vino corriendo: - Diga, señorita.

-Puedes traerte a José Antonio, corre.

Cuando la criada hubo traído al benjamín, le explicó la señora que tenía que quedarse ella en el balcón, que se arreglara la cofia y que tuviera cuidado de que no se alzara ninguno demasiado y cayera a la calle.

-Pero antes – continuó, aupándose con extrema dificultad – ayúdame un poco, ¡ay!, que tengo un cansancio y una jaqueca así, que no puedes figurarte.

-Sí, señorita – es todo lo que le respondió la fámula, que la agarraba gentilmente para que no se cayera al suelo.

La señora cerró los ojos como si le hubiera dado un vahido; los abrió al cabo muy pálida, y quejándose todo el tiempo, apoyándose en el hombro de Paquita, salvó el banzo que separaba el piso del balcón del resto de la casa, y continuó a pasitos hacia la puerta del salón.

-Ahora anda, déjame – dijo, empujando a la criada al llegar a un pasamano que habían construído para ella en el pasillo -, que ya lo hago yo sola. Cuídate de los niños.

-Como usted mande, señorita.

Ya volvía la joven al balcón cuando la dueña de la casa tornó a llamar :

-¡Vuelve, Paquita!, mira, corre y dile a la Fidela que tenga la comida hoy para las tres. Y luego vuélvete de prisa al balcón y ten mucho ojo con los niños. Aúpas al chiquitín un poco pa que pueda ver el desfile; pero ten mucho cuidado, ¿eh?

## CAPITULO 10

Sintió frío al entrar en su habitación, un poco oscura a causa de las cortinas y otros colgajos que no dejaban pasar la luz. Se tumbó en la cama, emitiendo un quejido. ¡Ah, la columna vertebral, cómo la hacía sufrir! Y ¡qué constante era en el dolor! Si solamente su marido hubiera sido así de constante en el amor, ¡ah, qué otro gallo la habría cantado! A sus oídos llegó, lejana y triste, la musiquilla del ‘Cara al Sol’:

« Cara al sol con la camisa nueva  
« Que tú bordaste al rojo ayer,  
« Volverá a reír la primavera....,

Se le antojaba triste, sí. Pues fue desde que su Joaquín se hizo de Falange que había empezado a faltarla. Sí, su marido era falangista. No estaba segura si Camisa Nueva o Camisa Vieja, ahora que oía eso de ‘con la camisa nueva’. Pero para ella que su Quinito era Camisa Nueva. Se acordaba bien del día, ya hecho el Alzamiento Nacional, en que había corrido a apuntarse, y había vuelto ya al hogar con la camisa azul resplandeciente y una corbata de seda negra.

“Y ¿por qué diran ‘que tú bordaste al **rojo** ayer? - se preguntó -. Para mí que al rojo ayer... son **los rojos**, y la Falange es otra cosa. No se explica.”

Levantó la colcha a uno y otro lado de la cama con ambas manos, y se cubrió como quien cierra una empanadilla. Bajó los párpados; pero no logró dormirse. Podía verse que estaba despierta por ese tic nervioso de los músculos de la cara y por la manera como apretaba los labios enfermizos, respirando sólo por la nariz.

Una vez sin embargo su cara adquirió un aspecto menos triste. Seguramente que estaba pensando en el pasado muy lejano de su tierra, cuando era una niña inocente y feliz, entre un montón de hermanos tan afortunados como ella, en el seno de una familia poderosa, de esas familias riquísimas, privilegiadas de su bellísima patria, Andalucía.

Un sonrisa velada, mero amago, hizo de repente aparición en sus flacos labios helados. Estaba recordando el día en que su papá la llevó en su tartana a admirar sus posesiones: grandes extensiones de tierra, casi un imperio; inmensas propiedades, parcelas y más parcelas, un castillo, cotos de caza, pueblos y cortijos, olivares, viñedos, bosques, arroyos, valles y montañas.

Una vez que su padre la llevó a ver el mar y le explicó que aquella línea lejana no era el fin, que eso se llamaba horizonte, y que el fin del mar era todavía más lejos, mucho más lejos, ella le preguntó inocente si era el mar más grande que sus tierras, las tierras de que era propietario su papaíto querido. Y él se echó a reír: ‘Muchísimo más, mi niña’, le

respondió. 'Pero ¿que todas nuestras tierras, todas, todas?' volvió ella a inquirir. 'Todas', respondió el padre, enfático; y ella le replicó, riendo incrédula: '¡No es verdaz, no es verdaz!'

La sonrisa duró sólo un instante. Estaba pensando todavía en su padre, mil gusanos al presente devorándole ya en la tierra, esa misma tierra, **su** tierra, suya, suya, suya inmensa.... Un amplísimo campo amarillo de trigo, salpicado de rojo de amapola, como el corte de una navaja que alguien hubiera hecho en la mano de Dios... y el cielo lloviendo sangre, gotas de sangre divina inmaculada... un millón de florecillas rojas en un campo de oro.

... '¡oh corre! ¡corre!, ¡corre!' había oído que alguien le gritaba, '¡aprisa! ¡más aprisa!' '¿Por qué?' había chillado ella, deslizándose entre los sembrados, machacando la espiga, arañándose una mano, corriendo más y más, torciéndose ahora el piececito en los barbechos y ensuciando de paso de polvo sus zapatitos de charol. '¡Javi, Javi!, ¡guarda! ..., muchas muchas amapolas encarnadas de seda ¡míralas! las lindas florecitas.'

... ¡una!, ¡otra!, ¡otra, y otra! Docenas de ellas marchitas en sus manos manchadas de sangre... ¿por qué?, ¿dónde se había cortado ?

... y a sus ojos apareció todo el paisaje en un suave monte pelado y gris que el sol iba transformando poco a poco en arcilla ensangrentada y punteada por ciertas bolas negruzcas en uniforme alineación; un sol achicharrador y un brillo plateado en líneas uniformes de olivos, copas redondas de un verde dolorido de angustia... olivares de Andalucía.

... olivos pequeños de troncos retorcidos de dolor, lágrimas ovaladas negras en el verde plateado de las copas..., las hojas alargadas cayendo como una ducha de frescor en el calor inmenso de ese cielo agobiador.

... contorsiones del más feo de los árboles, el que esclavizaba a poblaciones enteras (cosa que la niña ignoraba inocente.) '¡Corre, corre, Javi!' Ya no quiero amapolas, tengo miedo (arrojándolas pupúreas al suelo), '¡que vienen, que vienen!' Son los troncos retorcidos que avanzan, o ¿son hombres del campo que sólo piden trabajo?

... en el altozano hay un grándisimo cortijo blanco que brilla en el sol de media tarde, bajo un cielo azul de maravilla.

... los hombres han entrado en la casa y han pedido hablar con don Feneón..., esa forma de pedir de la gente humilde que es siempre de súplica, desarmados desamparados gorriones tímidos que se acercan a picotear donde reina majestuoso el cuervo de garras afiladas, pico amarillo de oro y alas extendidas negras.

... un enorme despacho oscuro y frío, agradablemente frío y demoníacamente oscuro; cortinones, en las ventanas, que no dejan pasar

la luz. Los tímidos campesinos se apiñan distanciándose de los muebles antiguos que huelen a cera, sillones de cuero y ébano, tapices inmensos que vienen tal vez del tiempo de los Moros.

... en el estrado a lo lejos, detrás de una mesa resplandeciente y larga como la de la Última Cena, se sienta en un alto sillón un hombre chiquitín, ojos negros como dardos, y una barba puntiaguda, como carbón de antracita.

... los cinco campesinos, separados del prohombre y de la mesa por una larguísima alfombra oriental, le hablan en voz muy queda; mas con determinación, las manos crispadas, apretadas las quijadas, mirada dura. Don Feneón apenas escucha. Los cinco llevan en sus manos unas cosas negras redondas; uno de ellos la da vueltas y más vueltas...

... '¡nuestros hijos mueren de hambre!' oyó decir la niña, enroscada en uno de los pesados cortinones de un rojo bermejo que no dejaban pasar la luz. No puede apartar sus ojos inocentes de esa cosa negra que da vueltas, de esas manos extrañas, huesudas como leños: son las manos más grandes que ha visto en su vida.

... '¡no!, ¡no! y ¡no! He dicho que no', oyó decir a su papá, que se había levantado para tirar de un torzal gordote de seda. '¡No tengo más que añadir!'

... y cuando los lacayos arrastraban a esos hombres morenos que trabajaban la tierra, vio pasar, muy cerca de sus ojos, de su carita asustada, una de esas manos grandes estrujando la boina, y emitió un gemido, ¡era una mano de seis dedos!, ¡estaba segura de ello! Eran seis dedos... seisdedos... esdedos... dedos... edos... dos... os... sss, ¡ay !

Se despertó sobresaltada. Miró, a medio abrir los ojos, a su alrededor, y se sintió reconfortada al ver que había estado soñando, que no era nada, una pesadilla. Todo lo mismo. Su casa de Valladolid. Nada había cambiado: su cama, la habitación, los muebles, con la cómoda y sus perfumes y medicinas, la pintura de Sorolla que le había regalado el marido para su último cumpleaños.

"¿Qué querrá decir 'anarquista'?" se preguntó de repente, como recordando algo. Había vuelto a cerrar los ojos.

"Anarquista..., el anarquismo.... ¡Ay! tiene razón Joaquín, que no sé nada. Debe de ser lo mismo que los rojos."

Su marido le había dicho un día, hacía poco, que tardarían todavía algunos años en limpiar la patria de comunistas y anarquistas, depurar la fibra española. Se había acabado ya con el caos y el desorden, pero había que seguir adelante, limpiando con ahinco, trabajando al pueblo como una masa de pan, acabando con lo infecto y lo malo. Por eso las

cárceles estaban llenas, y los oficiales del Cuerpo Jurídico como él no daban abasto. Y por eso él casi nunca estaba en casa.

El otro día, excepcionalmente, había traído a comer su Quinito a un oficial amigo, un antiguo compañero de estudios, uno que estaba con un alto cargo en Málaga, un tal Arias, hombre con ojos crueles y cara de macaco pequeño. 'Joaquín,' le había dicho este Arias a su marido, 'no te andes con manitas de plata; aquí al grano: la depuración. Te lo he dicho y te lo repito: el garrote vil, sencillamente. Esos veinte que has condenado hoy a cadena perpetua tenían que haber ido derechos al patíbulo. ¿De qué nos sirven? Bueno, ya sabes. Que no se repita. Hay que cortar por lo sano. A estas alturas ya no puede uno andarse por las ramas. Tenías que haber visto lo que hicimos en Málaga. En un par de semanas lo dejamos todo más limpio que la patena.'

Desde aquella visita encontraba siempre a su marido de un humor de perros. Y ya no le contaba nada. Antes, como él no hablaba casi de otra cosa que de su profesión, a veces le había venido explicando lo que había hecho en el Consejo de Guerra, cuántos habían condenado aquel día y si eran de Valladolid o de los pueblos; hasta una vez, que vino muy enfermo (que desde entonces sufría de almorranas), le había contado que acababan de condenar a muerte al zapatero de la Calle Esgueva, que tenía un balcón frente por frente del hospital militar, y había cometido el error de colocar en él tres tiestos de flores... uno rojas, otro amarillas y el tercero moradas. ¡Y era el zapatero a quien Paquita llevaba los zapatos de los niños!

Oyó que llamaban a la puerta de la habitación.

-¿Quién es?

-Soy yo, señorita.

-Entra, Fidela, ¿qué quieres?

La doméstica apareció en el umbral. – Son las dos – dijo respetuosamente -. ¿Va a comer la señorita con los niños, o prefiere aguardar a ver si viene el señorito?

'¡A ver si viene el señorito!' repitió mentalmente la señora, frunciendo el ceño. De sobra sabía la criada que no iba a venir el señorito.

-Comeré con los niños – contestó con naturalidad -. Manda a Paquita que venga en seguida.

Y en seguida vino la doncella.

-¡Ven aquí! ¡Ayúdame! -. Se sentó en la cama, quejándose de dolor, buscó las zapatillas con los dedos de los pies, cuando ya Paquita se agachaba para metérselas. Apoyándose en el hombro de la joven, llegó a

pasitos cortos al pasillo -. Ya te puedes ir – exclamó, imperiosa -. Anda, diles a los niños que se pongan a la mesa, de prisa.

Según se deslizaba por el pasillo, tropezó con la asistenta, que salía dirigiéndose hacia la puerta de servicio.

-Buenos días, señorita – dijo ésta, apartándose tan apresuradamente que se dio un golpe contra un taquillón.

-Buenos días, Dorotea – respondió, secamente.

Recordó que había amenazado con despedir a la asistenta, pues era muy criticado el que, siendo esposa de un teniente coronel del Cuerpo Jurídico, tuviera a su servicio, y en su casa, a una lavandera que tenía el marido en la cárcel por rojo. ‘Y ¿por qué no me lo dijiste, eh?’ le había regañado, añadiendo que el sábado recogiera su sueldo y no volviera más. Y, como la otra, de rodillas, suplicara que le dejase estar, ella le había chillado: ‘¡No, no! ¡He dicho que no! ¡No tengo más que añadir!’

La imagen de Dorotea la persiguió todo el tiempo que duró la comida: el disgusto que le había dado aquella mujer, hacía unos días, por tener el marido en la cárcel; que ella lo había ignorado hasta entonces. El daño que a su reputación podría causar un cosa así. Y luego le vino el recuerdo de aquel día, mucho antes: ‘Que no tirara nada a la basura, por favor (le había dicho la asistenta), que le dijera a Fidela que le diera los restos de la comida para los niños; que sus mellizos no tenían qué comer, y que pasaban todos mucho hambre.’ Y de verdad que debía ser muy triste el no tener qué darles de comer a los hijos.

“Muy triste,” repitió para sí, metiéndose delicadamente un pedacito de ternera entre los dientes.

-¡Mamá! – oyó al llorica de Onésimo -. A mí no me gusta la carne.

-¡Pues la comes! – le contestó irritada -. Que es pecado el tirar la comida, y te va a castigar Dios.

-Pero, mamá.

- ¡Cállate y come! Y si no, cuando os sirva la Fidela, le decís que os eche menos.

- Pero... si no tengo hambre.

-Yo tampoco – copió el pequeñín.

-¡Ay, qué hijos! – chilló la madre, histérica -, ¡cómo le atosigan a una! ¡Fidela!, llévate este plato de aquí. ¡Paquita! ¡Paquita! ¡Ah, estos niños me empalagan!

Las dos criadas llegaron corriendo: una se llevó los platos, la otra arrastrando a los dos niños.

Momentos más tarde era el mayor, Quinito. - ¡A mí no me gustan los fresones!

-Pues los pones a un lado y arrebañas bien la nata – le dijo la madre, que se había quedado sin fuerzas.

-Yo quiero un pedazo de pastel – era Alfonsito quien berreaba ahora.

-Aguarda a que terminemos los fresones los demás. ¡Fidela!, traéte una rodea. Hay que ver como se ha puesto este Alfonsito las narices de nata. – (chillando) -: ¡Onésimo!, ya puedes venir. Y si es bueno, traéte a tu hermanito.

La comida la fatigó tanto que tuvo que apoyarse la infeliz en la criada hasta la misma cabecera de la cama. Corrió Paquita las sábanas, y después de haberla ayudado a desvestirse, metió a la señora en el lecho como si de una niña se tratara.

Se quedó sola, y estuvo un buen rato pensando en el marido. No podía ser verdad lo que le contaba, que tenía tanto trabajo que no podía ni venir a casa para las comidas y ver un poco a los niños. ¡Que todo el peso de la educación de éstos se lo llevaba ella! Le estaba contando todo el tiempo mentiras. Había algo. Otra mujer. Estaba segura de ello. Y toda su coquetería de otro tiempo, y todo el deseo insatisfecho de su cuerpo todavía joven de mujer, todo el amor que aún sentía por él, o recordaba haber sentido, parecía volverle de repente ahora como un último destello de algo ya pasado que le subía de sus profundidades más íntimas, y salía a la superficie con fuerza, a su cara y a sus labios enfermizos, al cutis lechoso de sus hombros y sus pechos todavía frescos, suaves, redonditos. Añoraba al marido, el tierno amor de entonces, el contacto de un cuerpo de varón, las caricias, los besos, el uso, en fin, del matrimonio. Sí, lo sentía en sus carnes... y era todo imaginado, sabía que se había apagado todo aquello, que no existía, que de hermosura la quedaba poco. No la quería su Quinito; tal vez no la había querido nunca. Se puso a temblar de rabia y de deseo. De desesperación también, la desesperación de una inválida. Lo era. No podía ni siquiera servirse de sí misma. ¿Cómo podría una mujer como ella satisfacer a un hombre así? Impensable.... Y entonces era el conformarse, el saber que no tenía remedio, que ya no atraía, que no era ningún placer el tumbarse a su lado, el abrazarla, palpar su cuerpo en ruina, estar siempre al lado de una enferma.

“¿Pero un poco, un poquitín? - salió una protesta de lo más hondo de su ser -, “¿compartir un poquito conmigo su vida?” Y en seguida las lágrimas en los ojos, las uñas sobre los párpados, la boca haciendo pucheros, los suspiros, los sollozos retenidos de un cuerpo marchito. Estaba en una continua convulsión.

Y si no, ¿por qué se había casado con ella? De sobra sabía él, y había sabido siempre, que era débil y enfermiza. Nunca le había ocultado que había tenido ataques de esquizofrenia, que ya de niña era un manojo de nervios, yendo sin descanso de un estado de suma euforia a unos repentinos momentos de angustia. Pues ¡que hubiera escogido otra entonces, no ahora! Y además, viéndola así, tenía que tener un poco de consideración; y no andar así al descubierto con la otra; que era un escándalo; que le habían contado que hasta le habían visto paseando por la Acera del brazo de la querida.

Se durmió, agotada, con lágrimas en los ojos, y tuvo un imposible sueño, desgarrador....

## CAPITULO 11

... su marido la había enviado con los dos niños a pasar unas vacaciones en la casa ancestral; su cuerpo de madre joven era todavía tierno y bello, aunque chiquitito y delicado; cara bonita con grandes ojos negros, algo tristes, pero luminosos, vivos; se sentía renacer como una planta que retorna al suelo que le es nativo y vuelve a prender raíces, y cogen color las hojas previamente marchitas ; '¡Estoy aquí!, ¡soy yo!, ¡sí, pertenezco!'

... y, de súbito hubo una gran conmoción, todo se vino abajo: el pueblo, la gente, los campos, sembrados, propiedades... y ya nada era **lo mismo**; la concordia ésa que había reinado siempre entre las gentes, la armonía de la naturaleza eficazmente trabajada por los hombres, y ese movimiento continuo de la materia sin fin, sin cambios discordantes, o... un cambio que parecía tan natural, el trabajo de los campesinos, campesinas, el cultivo de las cosechas... todo eso se había trastornado de repente, extrañamente, sin que nadie aparentemente lo hubiera visto venir...; los trabajadores se habían apoderado de las tierras, y habían matado a los guardias civiles.

... de pronto , en el silencio de la noche, la oscuridad más completa, se oye el grito de la lechuza, se ve la sombra negra de sus alas, se oyen las pisadas sigilosas de las fuerzas de asalto..., ¡pan!, ¡pan!, ¡pan!... sombras silenciosas recorren atentas las desiertas callejas del pueblo.... ¡Noches de España! ¡Noches tristes de Andalucía!

... se llevan el fusil a la cara, ojos vacíos de fantasmas; se oye un grito: '¡No disparen!; sigue una descarga, y se ve un campesino desplomarse, aspas negras los brazos, el pecho como una granada abierta.

...otra vez el silencio es roto por las pisadas de la fuerza pública, ¡pan!, ¡pan!, ¡pan!...; sin avisar, a culatazos abren las puertas, y hacen añicos los vidrios de las ventanas... '¡Fuera de aquí la gente! ¡Gasolina para esta casa! ¡Fuego!... y otros gritos, lagrimones, sollozos... y ayes lastimeros, rezos, imprecaciones, ruegos.

...el cuerpo de una niña de unos cuatro o cinco años rueda por el suelo al lado de la hoguera de la casa atacada, mera cabaña, no más que un resplandor rojo, la humarada que va transformando la oscuridad en una visión fantasmagórica...; salen de entre las llamas los tres hombres; detrás vienen las mujeres gritando: '¡no nos los matéis, que no han hecho nada!'

... lloran los huerfanillos con caras de hambre, miembros raquíuticos de alambre, las miradas como de asustados pajarillos, ¡pobres chiquitines!... y aúllan las viudas desplomadas, hiriendo la tierra con sus manos ajadas, las uñas.

... en otra de las chozas en que entran los de asalto, un anciano guisando unas gachas en una luz mortecina : '¡no tire usted señó guardia, que yo no zoy anarquista!'...; sonó un disparo y un grito desgarrador: era un chavalillo de grandes ojos negros abiertos espantados, '¡Ay, ay, ay! ¡No matéis a mi abuelito que no tengo padre ni madre!'; sonó otro disparo y esta vez un alarido infantil.

... en el calor tapizado de la casa ancestral, el teniente de la fuerza pública, bebe una copa de coñac, '¡a su salud, señor Conde!' Es éste un hombre pequeño, moreno, perilla negra. Le da una palmadita. '¡Ley y Orden!' le grita don Feneón, 'vaya a continuar la danza, teniente', y emprenden las fuerzas de asalto la estapa final, la marcha hacia la choza del líder de los anarquistas... encerrado con sus hijos y sus hijas y nueras y yernos y un montón de nietecitos.

... pequeña choza silenciosa en la colina, vasubiendo cautelosa la fuerza de asalto: '¡Aquí parece que no hay nadie!' Prosiguen, llegan a la choza. '¡Rojo anarquista! ¿Te escondes?' (Silencio.) '¿Por qué no das la cara? ¿No querías la tierra? Aquí la tienes. Ven a buscarla.'

... han cercado a los moradores, rodeando la colina... unas descargas cerradas hacen temblar la humilde choza..., cinco escopetas en cinco agujeros responden; la lucha dura unos instantes que parecen siglos.

... una voz bronca de varón que pide tregua : '¡dejar salir a los niños!'... nadie responde, pero cesan los disparos... ; una pequeñina, la primera, sale de la choza y desciende la colina... suena un disparo... baja la niña corriendo a esconderse junto a un borriquito blanco, y muere abrazando al animal, que también es acribillado.

... ordena el teniente que prendan fuego a la choza... tiran bolitas de algodón impregnadas en bencina, pelotitas encendidas que vuelan como angelitos dorados en el cielo azul de prusia, y caen en la enramada del tejado, produciendo innumerables lenguas de fuego...; por uno de los agujeros del encendido muro asoma un hombre fuerte, en sus manos de trabajador, una escopeta.

... escondida a este lado, entre la fuerza pública, **ella**... una joven mujer aristocrática ve esas manos decididas monstruosamente grandes que elevan la escopeta y disparan, son manos de seis dedos... seisdedos, seisdedos, ¡pan!, ¡pan!, ¡pan!, ¡pan!

Se despertó llorando y gritando, alterada medio muerta de miedo. Alguien estaba dando golpes a la puerta de la habitación.

-¿Qué pasa?

-La he sentido chillar, señorita, ¿me llamaba?

-No, Paquita, gracias. No es nada.

## CAPITULO 12

Se sentó en una silla y miró a su alrededor. Nada: ni una astilla para encender la lumbre, ni unas judías o patatas, una cabeza de pescado, algo con que hacer un guisado; estaba la despensa vacía. Sentía un frío horrible en el cuerpo, y en el cerebro, el vacío más completo. La de Argamesilla le había echado a la calle con cajas destempladas, al haberse enterado de lo que ella había querido ocultar con tanto ahinco; y en seguida la de Lobón había seguido el ejemplo, diciéndola que no viniera más, que no quería albergar en su seno a una roja con el marido todavía en la cárcel. Y ¿qué iba a hacer ahora? ¿Adónde iba a ir ella a buscar qué darles de comer a sus hijos?

Momentos más tarde oyó que subían éstos la escalera. Había logrado con ayuda de Florentino, el jesuita, que entraran en sendas escuelas de caridad y que, además, los admitieran en el Auxilio Social de la Falange, para comer 'el plato único' del mediodía que daban a los niños más pobres en el comedor de la Plaza Onésimo Redondo, allí cerquita. Pero, ¿el resto del día, qué podía hacer, iban a comer piedras los suyos?

Salió a abrirles la puerta, secándose las lágrimas de los ojos con las palmas de las manos, y entraron los dos pidiendo a grandes voces, "¡La merienda!" ¡Cómo si ella pudiera darles ahora una pastilla de chocolate y un cacho de pan, como hacían otras madres! Ni siquiera una gota de aceite limpio tenía para untarles una rebanada, con unos granos de sal y pimienta, como solía hacer cuando ejercía de asistente.

-Mira – le dijo al niño, dándole el viejo puchero descascarillado de porcelana -, llégate a la casa de las tías, a ver si les ha sobrao algo de la comida de los huéspedes, ¡corre!

En seguida salió el chico hacia la Fuente Dorada, y Dorotea se volvió a la niña:

-Y tú, bájate con el cubo a la carbonería, que te dé el señor Fermín un par de kilos de carbón de cok y una docena de astillas; le dices que al fiado, que ya se lo pagaré cuando pueda.

Y volvió a quedarse sola en la oscuridad del piso. Acariciaba pensativa el reborde de la mesa de nogal, mirando a su alrededor. Por la puerta chiquitita que daba a la cocina se veían, en los ladrillos oscuros del suelo, las hendiduras del hacha de cortar leña para el fuego: ¿llegaría el día en que tendría que hacer astillas de todo aquello, la mesa, las sillas, la cabecera de la cama, aunque nada más fuera para darle un poco de calor a la casa? Estaba, en efecto, tiritando, en parte porque hacía mucho frío aquella tarde de principios de primavera, y en parte porque la inseguridad,

el miedo, al haber sido despedida del trabajo, le había puesto tan nerviosa que estaba siempre como un tembleque.

Estaba paseando la mirada por el piso, calculando mentalmente cuánto podría sacar de aquellos cuatro trastos si fuera a empeñarlos al Monte de Piedad, uno a uno, hasta ver lo que pasaba, cuando sonaron a la puerta. Acudió a abrirla, y en el descansillo, que estaba medio a oscuras, percibió la elegante silueta de la doncella personal de doña María Cristina.

-¿Qué quieres, Paquita? – preguntó, sobresaltada; no esperaba ya nada bueno de aquella señora, y se preguntaba que qué otro castigo querría imponerle ahora, enviando así a una criada.

-Mi señorita está preocupada, y quiere verte – dijo Paquita a media voz.

-Pues aguarda un poquito, ¿quieres? – replicó Dorotea, sumisa y triste. Salió al descansillo, atrancó la puerta, subió la llave a la vecina del tercero, y trotaron las dos juntas, escaleras abajo, hacia la calle.

Momentos más tarde se hallaba sola Dorotea en la antesala de la cámara de la señora, mordiéndose las uñas, a punto de caer desmayada. Sabía que todo aquel sufrimiento se lo debía a la señora Amparo, que la odiaba a más no poder. Había ido la vieja chismosa desprestigiándola por todo el barrio, contando a quien quisiera oírlo (que no eran pocos) que tenía su vecina el marido en la cárcel, y que no se explicaba cómo ciertas señoras de abolengo, que además tenían a los maridos con altos puestos en el Movimiento, la admitieran así en sus casas, y encima le dieran empleo.

-¡Dorotea! – oyó que le llamaba la dama.

-Dígame, señorita.

-Entra, que te estoy esperando.

Estaba doña María Cristina reposándose en una butaca de alto respaldo, con un descansillo para los pies, pues era tan chiquitita. – Siéntate – dijo -, que te quiero hablar.

Sentíase Dorotea, según tomaba el asiento que le ofrecía la otra como debe sentirse el condenado que va a la horca. En efecto, no podía figurarse para qué le había mandado llamar la señora de Argamesilla, que solamente el pasado sábado la había insultado y menospreciado tanto, depositando con genio seis pesetas en la palma de su mano y diciéndole que no volviera más, que no la quería ver ni en pintura. En su nerviosismo, pensó que se había descubierto que algo faltaba en la casa y que iban a echarle a ella la culpa. (Recordó que un día, no hacía mucho, estando sola en la cocina, comiendo unos fideos que le había servido la Fidela,

aprovechó la salida de ésta para meterse un cuarto de hogaza de pan blanco entre las sayas, para llevárselo a los mellizos.)

-Seño.. rita, se... se lo aseguro – susurró en un tono implorante -, yo no he hecho nada, no me castigue..., no me lleve a la comisaría, por el amor de Dios, que... que tengo dos hijicos y me se morirían de hambre.

Doña María Cristina la miró con aire compasivo y melancólico. -No te preocupes, Dorotea – respondió muy cortés y muy sencilla -, que no pienso hacerte daño. Al revés, sabes; lo he pensado mucho, y a ti te digo que ahora me pesa lo que hice contigo el sábado.

Dorotea sintió un extraño sofoco, subiéndole a los carrillos, que en seguida se humedecieron con abundantes lágrimas. Oyó que la señora continuaba así:

-He rezado mucho delante de la Virgen de las Angustias, que es también la patrona de mi pueblo, en Andalucía, ¿no sabes? Y Ella me ha hecho que vea la luz en este asunto. En suma, he decidido que no voy a echarte a la calle. Tú prométeme que vas a trabajar bien y yo te perdonaré. A mí qué más me da que seas roja o dejes de serlo.

Deslizándose de su asiento, hincóse de hinojos la asistenta, besando las manos de su señorita, una y otra vez, lavándoselas con sus lágrimas. Eran lágrimas de agradecimiento, y de alegría de saber que podría continuar trabajando al menos en una de las dos casas. Desde el suelo la besaba, besuqueaba esas bellas manos, diciéndole que no se lo creyera, que ella no era roja, y prometiéndole hacer la colada con esmero de ahora en adelante, y fregar los suelos con el estropajo, lavar los retretes con zotal y todo lo que hiciera falta; trabajaría siempre con mucho celo, siempre más y mejor. Y sería muy buena, le pediría a la Virgen que le ayudase a serlo, para que su señorita, que era muy buena y una santa, no encontrara nunca ni la menor falta en ella.

Claro que tendría mucho cuidado de ser buena y no una rebelde; y no cometería ninguna falta, a fin de no perder el empleo otra vez. Por la cuenta que le tenía. Ya lo había aprendido. Había aprendido la lección. Que las letras con palo entran. Eso es lo que tenía que saber muy bien toda la gente humilde. ¡A trabajar, a trabajar contenta y agradecida!, ¡a esforzarse y sacrificarse mucho, aceptando todo y sin rechistar! Así sacaría al menos unas perras para que, bien que mal, siempre hubiera unos garbancicos en casa para un cocido, y que no murieran de hambre sus angelicos, que hubiera en la despensa por lo menos un mendrugo de pan cada noche y que no tuvieran que irse los pobres a la cama con las barriguitas vacías.

## CAPITULO 13

Mientras esto ocurría, sus mellizos corrían sus propias aventuras, el chico en la casa de las tías del Callejón de los Boteros, la pequeña yendo a la carbonería.

Precisamente cuando salía ésta, cargadita con el cubo de hojalata, tropezó en el mismo portal con una joven que reconoció vagamente. Se le quedó mirando curiosa. Había visto a aquella mujer en la plaza, haciendo compras con su mamá; trabajaban las dos en casa de doña María Cristina.

La joven desapareció en la penumbra de la escalera, y Feli siguió su camino. Se paró en la carbonería diciendo: -Que diz mi madre que si me pué dar de fiado dos kilos de carbón de co y una docena dastillas, que... que ya se lo pagará cuando pueda.

El señor Fermín se hallaba en aquel momento haciendo precisamente astillas, machacando con el afilado acero de su hacha el tope de un cilíndrico tronco ennegrecido de roble, en el cual había colocado otros troncos diminutos de madera de pino. Alzaba el instrumento en el aire y lo descargaba una y otra vez sobre el tronco, transformando los trozos de pino en leña para la lumbre.

-Entra y deja el cubo en el suelo, pa que no te pese – le dijo a la niña con esa voz ronca de persona asmática que le caracterizaba -, quen seguida te atiendo, maja.

Pasó con la niña al interior de la carbonería un felino de ojos claros y oscuro pelaje, que corrió a esconderse entre unas sucias espuertas en un rincón. Feli corrió hacia él con la intención de acariciarle, pero el gato la recibió mayando y enseñándole agresivo sus afiladas garras.

-Déjala, que te va a arañar – gritó el carbonero.

-¿Es suyo este gato?

-No es gato. Es una gata, Feli. Y no, no es mía. No sé de quién será. Entra aquí a esconderse de otros gatos y de los chicos malos, o cuando hace frío, como hoy.

-Es una gatita muy guapa.

-Es muy vieja, sabes. Debe tener lo menos doce años.

-Anda, pos yo tengo nueve, y no soy vieja.

-¡Ah! Pero en los gatos es diferente, ¿no sabes?

-Y ¿cómo se llama?

-No sé. Yo la llamo Francisquita.

La niña se rió divertida, y preguntó: - ¿Por qué?

-¡Ah, por qué, por qué! Siempre queréis saberlo todo, los niños. Pues por llamarla de algún modo, mira. Dices qué muy guapa ¿no? Pues eso, que me recuerda a mi mujer. Ya sabes como se llama, ¿no?

-Sí. Pero... ella es la señá Paca.

-Francisca o Paca, ya sabes. Lo mismo me da que me da lo mismo – dijo el carbonero -. Anda, pásame ahora el cubo. Vamos a ver.

Se acercó Feli. Le sirvió el señor Fermín una buena palada de bolas de carbón con abundante arenilla negra. Luego metió a bulto en el cubo unas cuantas astillas resinosas, hermosas; y mientras servía preguntó con voz compasiva:

-Niña ¿qué te pasó en el pueblo, que me ha dicho tu madre que estuviste enferma?

-Pos que agarré el sarampión, ¿no sabe?, y que... por eso no pude hacer la primera comunión; pero ya la haré más tarde, ¿verdá?

-Claro, no te preocupes, que no es puñalada de pícaro – replicó el carbonero, a quién agradaba ver el desparpajo de la criatura -. La comunión dices, ¡hombre!, siempre habrá tiempo para ello. – Tenía el señor Fermín un montón de nietecillos, los cuales vivían y se alimentaban a costa más o menos de los beneficios que daba la carbonería, que no eran muchos. Uno de sus hijos había muerto en la guerra, y dos estaban todavía movilizados por el ejército; el otro tenía un puesto de despojos en el Portugalete.

Se había liado el hombre un cigarro que empezó a fumar con parsimonia, mientras decía:- Ya veo que vas todas las mañanas a la escuela, ¿te gusta?

-Sí que me gusta – dijo Feli, que otra vez se había vuelto hacia la espuerta de la gata.

En esto volvióse el carbonero a atender a otra clienta que acababa de entrar en la tienda; pero no se le escapó el movimiento de la niña. - ¡Cuidado, Feli! Ya te he dicho que no te acerques mucho.

La niña se metió asustada las manitas juntas detras de la falda y se acercó, balanceándose.

-Y ¿qué le da de comer? – preguntó, mirando a los dos mayores.

La mujer se echó a reír a la pregunta, que debió de parecerle extraña.

-Yo, nada – replicó el carbonero.

-¿Pos entonces, qué come?

-¡Ah, eso! Pos mira, debe devorar muchos ratones por la noche, ¿no sabes?

-¿Qué?

-Pues que se los traga; hay muchos ratones en todas estas tiendas.

-¡Oh pobres, pobrecicos los ratoncitos!

La parroquiana volvió a reír, y dijo, en un tono didáctico y fiero: - Tú lo que tienes que hacer, Feli, es comer más de lo paece que comes. A ver si se lo dices a tu madre, majina, que te ponga buenos platos; no te vaya a pasar algo, que estás quedándote en los huesos. - Y con esto salióse la mujer de la tienda tan campante, cargando con su cubo rebosando de antracita.

-¡Hala! – se volvió don Fermín a la niña -, que voy a ayudarte a cargar con el cubo hasta el portal de tu casa.

Salieron juntos a la calle, y el carbonero con un ojo puesto en la tienda, por si acaso entraba algún cliente, se dio prisa en dejar el cubo a la altura de la casa de la pequeña, le acarició el rizado cabello, y dijo:

-No puedo acompañarte más, Feli. Pero tú ten cuidado de subir la escalera poquito a poco, pa que no te lastimes una pierna.

Entraba ya la niña en el portal, cargando con el cubo por delante, sujetando el asa con dos manos, como quién lleva las riendas de una cabalgadura, lo depositó al pie de la escalera, y se volvió a saludar al carbonero, que le decía, en su voz a la vez bronca y cariñosa:

-¡Oye!, ¿por qué no te acercas a casa de mi nuera, a la Solanilla, cuando sales de la escuela, y que te dé la merienda. Puedes preguntar por la Rosita, mi nieta, ya sabes.

-Sí, lo haré. Con mucho gusto y gracias – respondió sonriente la niña.

## CAPITULO 14

Una o dos veces por semana, al volver la señora de la iglesia, hacia las diez y media de la mañana, sintiendo la necesidad de hablar con alguien, aunque nada más fuera una criada, entraba en el fregadero, se sentaba en un taburete y le descubría el pecho, por así decirlo, a Dorotea, contándole todos sus males, soltando todo el tiempo unos suspiros que no parecía sino que se le desgarraba el alma.

Dorotea, que tenía aproximadamente la misma edad que la señora, la escuchaba siguiendo atentamente los detalles de esa letanía de infortunios y dolores, mientras hacía la colada, dándole por necesidad la espalda.

¡Pobre doña María Cristina! Otra vez pensando en suicidarse. ¿Sería verdad lo de que nadie la quería, que a nadie hacía falta, que era un trasto inútil? Ni parientes, ni marido, ni amistades, ¿era eso posible? Y ¡cómo sufría la pobre, que ni siquiera se podía mover! Ya una inválida. Y ni siquiera tenía treinta y siete años.

-¡Ay, no diga, señorita !

-Sí, Dorotea, como te lo digo, un trasto viejo, que ni siquiera puedo salir un poco. Sí, a la iglesia cada mañana, ¿y cómo? Incluso para ir a la misa ¡Dios y ayuda! Si en seguida me canso, boba. Me llaman quejica, ya ves. Que no, que yo lo sé muy bien, que estoy muy mala, malica. Y sé también a qué se debe esto. ¡Ay, qué desprecios! Si yo lo comprendo que no es ningún placer estar casado conmigo.

-Al contrario, señorita – decía tímidamente la asistenta -, que está usted muy joven y muy guapa. ¡Ya me gustaría a mí estar como usted!

Y la otra, sin hacerle caso, seguía recitando una y otra vez el rosario de sus lamentaciones.

-Pensar que estoy encerrada en mi propia casa, prisionera ya de por vida, Dorotea, ¿no es triste decirlo? A mi edad, ya de por vida encerrada. Si no fuera por la misa diaria, ya ves, ni saldría ya a la calle. No, no hay nadie, ¡ay!, que pueda darse cuenta de mi desgracia, que mi vida es una vida de soledad, puedes creérmelo.

Y así día tras día (es decir, aquellos en que entraba la señora en el fregadero), las dos ¡dale que te dale! A fin de compensar a la asistenta por la pérdida de 'la otra casa', la hacía venir la de Argamesilla diariamente.

Otros días la oía Dorotea dando gritos en su cuarto como una fiera herida, asustando a todo el mundo. Era que le había dado un ataque de los gordos, y estaban sujetándola Paquita y la enfermera.

La asistenta, cuando de nuevo veía a la señora, trataba de animarla; pero no lograba sino hacerla llorar: cada vez más decaída. No, no era vida la de doña María Cristina, dijeran otros lo que dijeran. Sí, era rica, y podía comprarse lo que quisiera; pero no había duda que sufría mucho.

-Te digo, Dorotea – suspiraba la dama – que para llevar esta vida, es mejor no vivir. Que Dios me perdone.

-¡Jesús, José y María! No diga eso, señorita, viva la gallina aunque sea con la pepita.

-Que no, Dorotea.

-Sea feliz, señorita. Usted que todo lo tiene.

-¡Mucho tengo! Dios da moquero a quien no tiene narices (que yo también sé refranes, no te creas.) Si no sé ni qué me pasa. Esta vida que yo arrastro. Siempre unos dolores, una jaqueca así. Si a veces no puedo ni moverme. Que sí, que estoy muy mal, mi vida es un suplicio.

-¡Ay, ay, ay! ¡Qué cosas tiene, señorita, decir que está muy mal! Si usted está mal, que no le falta nada de nada, venga Dios y véalo. ¿Qué diremos las demás, señorita? ¡Qué cosas tiene! Por Dios, pues no tiene usted cuartos que digamos.

-¡Cuartos! Pues no te acabo de decir que el dinero ¿yo para qué lo quiero?, ¿de qué me sirve? Si otra cosa fuera..., ¡bah!

La asistenta casi se atragantó de risa al oírle hablar así. - ¿Cómo que pa qué lo quiere? – lanzó, estregándose las manos jabonosas en los costados, según se alzaba para mirar a la señora -. ¡Ahí va, señorita! Pues pa qué sirve el dinero, ¿no sabe?: para todo, créame. – Y sus manos, quemadas por la lejía, volvieron a la colada, restregando dale que te pego una sábana, bragas y otras cosas -. Y no se preocupe usted, que dolores todos los tenemos. Yo porque no sé que es eso de la jaqueca, pero me parece que yo también la sufro a veces, que me dan unos achaques de vez en cuando así en un costado, no sabe, que pa qué le voy a contar. Y aquí mismo, así cuando estoy lavando, y me levanto de pronto, siento unos vahidos, que no hable. Usted anímese, y no deje que le entren las preocupaciones, que yo la veo muy llenita y muy bien, conque fíjese. Que sí, que yo la encuentro muy hermosa, de veras.

-¡Ah no, Dorotea! No me engañas. Que eso lo dices para darme ánimos. De sobra sé yo que estoy muy desmejorada.

Otro día, doña María Cristina asomóse al fregadero, diciendo: - No te importa, verdá, que venga aquí un poco a hacerte compañía. - Y se sentó en una silla tapizada que había ordenado se dejara permanentemente en el cuartito de la colada.

-¿Importarme, señorita? – respondió la asistenta, hecha toda ella aspavientos -. ¡Por Dios, qué preguntas! ¿A mí, cómo me va a importar? Encantada, señorita. Siéntese que está en su casa, y para lo que usted mande.

Si estaba el tiempo de lluvias, y la de Argamesilla se quedaba en el lecho, en seguida llamaba a la asistenta para que estuviera con ella un ratito. Y, al principio de pies, y luego más tarde en una silla (que parecía haberse puesto al lado de la cama aposta), soltaba Dorotea sus tiradas durante diez minutos, media hora, o lo que fuera, contándole a la dama sus pesares, sus propios dolores, sofocos y palpitaciones. Luego pasaba el turno a la otra, que empezaba quejándose de jaqueca, como siempre, y de la falta de aliento y de ese reuma que no la dejaba en paz, haciéndose cada vez más parlanchina; cambiaba un poco de tono, y pasaba a cosas más presentes, más interesantes, envolviendo a más personas, poniéndose a criticar a unas y otras: Paquita que cada día hacía menos por comprenderla, Fidela, que era una torpona, Consuelo la enfermera, que iba haciéndose poco a poco una tirana y, además, no le daba conversación y la aburría muchísimo.

-¡Ah! ¡Cómo preferiría mil veces que fueras tú, Dorotea, la que me cuidaras!

-¡Oy, qué cosas tiene, señorita! – protestaba tímidamente Dorotea -. Si yo del cuidado de los enfermos no sé nada, ¿no sabe?

Un día ordenó la señora que le arreglaran una alcoba que estaba al fondo del pasillo, casi frente por frente del fregadero, y allí se pasaba, abrigadita, las mañanas cuando hacía mucho frío que ni siquiera iba a misa. Le había ordenado a Paquita que dejara la puerta siempre abierta, y tan pronto como se iba la enfermera, que la dejaba ya aupada en la cama, estiraba ella curiosa el pescuezo, esperando que hubiese llegado la asistenta. Veía como trabajaba ésta, agachada sobre la pila de piedra, las posaderas al aire, el moño saliendo por entre los omoplatos, los brazos como dos aspas a los lados, brazos fuertes, rojizos en la blanca espuma de un jabón (gracias a Dios) bastante bueno, de estraperlo.

En seguida le entraban unas ganas tremendas de levantarse y acudir al lavadero como antes acudía a la iglesia de las Angustias. ¡Ah, poder hablar con la asistenta, contarle otra vez sus dolores y sus cuitas, recibir un consejo, un consuelo, un suspiro o simplemente un gesto de condolencia! Era la única persona que le comprendía y la amaba bien.

Hasta se había vuelto educada y sencilla en su presencia. Ahora casi siempre empezaba diciendo: - ¿Te molesta si me siento un poco contigo?

A lo que indefectiblemente repondía la asistenta con mucho énfasis y muchos aspavientos : - ¿A mí? ¿Molestarme, señorita? ¡Por Dios, qué cosas tiene! Al contrario, encantada. Hable, hable, señorita, que yo la escucho aunque siga aquí agachada con la colada.

Unas veces hablaba la dama del marido, otras del pequeñín, José Antonio, que se criaba un poco enfermo, o de Onésimo, su favorito. Y hasta que llegó a hablarle de Neoncito, su hijo muerto, asunto que le afectaba muchísimo, y terminaba la pobre dando alaridos de dolor. ¡Hasta ahí llegó la confianza y hasta amistad que aquella noble dama depositó en la persona de la pobre Dorotea!

-Feneón se llamaba, como mi padre, sabes – le decía a la asistenta, llorando. - Ahora tendría dieciocho años, fíjate, Dorotea, ya casi seis que se me lo llevó el Señor. Que yo era muy jovencita cuando me casé.

-Sí. Ya sé. Un catorce de abril – asentía Dorotea, bien porque ya otras veces lo había oído de los labios de la señora, o bien porque efectivamente recordaba la fecha; que había ocurrido todo aquello en su presencia, aquel 1933.

Y la noble dama dolorida seguía hablando del niño muerto, mordiéndose los labios, temblándole el cuerpo entero, las manos juntas, retorciéndose los dedos, unos con otros, como gordos gusanos blancos, blandos. Hasta que tenía que salir la asistenta a llamar a Paquita, o a quienquiera que en la casa se hallara en aquel momento. Y entre todos, la dama dando alaridos de loba, la metían en la cama, entre convulsiones y mordiscos.

La vez siguiente, empezaba doña María Cristina diciendo, arrepentida y triste: - No es por nada, Dorotea. ¡Oh, si dicen que el muerto al hoyo y el vivo al bollo, qué va! Cuántas veces hubiera preferido morirme yo misma. Si esta vida que yo arrastro, desde que me lo asesinaron, no es vida, ¡ay, mujer, qué hoyo más grande es éste en que yo he caído para no levantarme más! – Y a renglón seguido pasaba a hablar del marido -: ¡Ay, Dorotea! ¡Qué de desprecios me hace! ¡Ay, qué desprecios, qué desprecios! Si hasta se ha echado una querida, mujer, fíjate. Si anda ya en boca de las gentes, una querida muy joven, ¡qué escándalo! ¿Pero no lo sabes?

-Pues yo, señorita – empezaba Dorotea, sin mirarla.

-Que no es que a mí no me gustaría ocultarlo, Dorotea – le cortaba la otra -, que por mí, por no dar el escándalo, cualquier cosa. Me lo aguantaría todo. Por los hijos, ¿no sabes? Pero me han dicho, mujer, si hasta le han visto con ella; que van por ahí del brazo y todo.

-¡Ay, no llore, señorita, que me pone muy triste!

-Pero si lo sabe todo el mundo, mujer, cómo no voy a llorar. ¡Ay, qué puedo hacer, qué puedo hacer!

-Pídaselo usted al Sagrado Corazón – se le ocurrió decir a Dorotea -. Créame, señorita, qué muy milagroso y hace siempre mucho caso.

-Pues no te creas – suspiró la otra, sin hacer ningún caso -, que yo en cierto modo lo comprendo, que llevo aquí enferma seis años, peor que nunca, una inválida, ya ves. Que no me sobrepuse, ya sabes, a lo de mi hijito muerto.

-¡¡Señorita!! – exclamó la asistente, viendo venir el ataque.

Pero hubo suerte esta vez, y la ilustre señora, después de haberse mordido el labio y retorcido mucho las falanges de ambas manos, continuó: - ¡Pero el escándalo! Dios santo, si no se puede soportar. Que tú ya sabes de la familia que yo vengo... y él, ya ves, siempre tan campechano, que parece que no pasan los años por él; siempre de juerga con los amigos, parece mentira. ¡Ay, qué de sufrimientos! ¡Qué suplicio me manda el Señor!

Dorotea, que nunca llegó a ver muy claro si era la enfermedad que arrastraba la dama, a causa de su constitución enfermiza, o bien el niño muerto, o más bien el que el marido la era infiel, lo que causaba de repente esos ataques de histeria que tan frecuentemente le daban, siempre trataba de apaciguarla, darle ánimos para que se pusiera mejor, diciéndole que ya pronto se curaría, que recapacitase un poco, para no ponerse de los nervios, y que tenía la suerte de tener cuatro hijos hermosos y que comían todos los días muy bien, y que todo lo otro no tenía importancia. Pronto vería que lo del marido no era nada: habladurías de la gente; que eran todos muy mentirosos y muy malos. Y concluía así:

-Pues si piensa que lleva usted una cruz, señorita, ¿qué diremos las demás? ¡Ay, señorita! Qué su vida un suplicio, dice, ¿pos qué diré yo? ¡Ay, qué cruz más pesada me ha tocao cargar! No se crea, no se crea, señorita, que todos llevamos nuestra cruz a cuestras, créame; y nosotras las mujeres ya se sabe: usted no hable mal del marido, que al cielo escupe en la cara le cae.

Y una vez enganchadas las dos en esta vía, de maridos e infidelidades, bien montadas cada una en su propio burro, ya no había quien las apeara. ¡Adiós colada! Pues Dorotea (que si la cogía, a charlatana no la ganaba nadie) en seguida estiraba el cuerpo, las manos jabonosas en las caderas, y ya tenía para un cuarto de hora. – Dice, su marido, ¡ay, qué cruz, qué cruz, señorita, la mía! -. Y le contaba a la dama de arriba abajo su vida, omitiendo solamente los detalles más escabrosos o especialmente dolorosos, espaciándose por el contrario en otros, que no eran menos tristes, donde se podía ver que había pasado y estaba pasando muchas calamidades; de tal manera que la señora quedaba

conmovida y, por la ley de las compensaciones, hasta olvidaba un poco sus propias penas.

-Cuanto más, señorita - se lamentaba Dorotea -, que yo nunca he hecho mal a nadie y he cumplido siempre con los Mandamientos de la Ley de Dios (¡fíjese si soy yo buena!) Y que ni me he metido nunca en la política ni en nada.

Y hasta que llegaba el asunto que esos días más la atormentaba, el que le habían encerrado al marido, que ella, señorita, ya lo sabía, ¿no?; y que ni siquiera la dejaban verlo, fíjese, con tenerle ahí tan cerquica y que no la dejaban entrar; si no es que la cerraban la puerta en las narices después de haberla hecho esperar todo el día. La dama, que no hacía mucho había incriminado a la asistenta por roja y por tener al marido en la cárcel, la escuchaba ahora con muestras de tanto afecto y compasión que no parecía sino que fuera ella misma la que tenía encarcelado al esposo.

-¡La de años que hace ya que no le veo! – proseguía la dolorida asistenta; y, volviéndose trágica - : ¡Ay, no sé, no sé si le volveré a ver! ¡Me lo matarán!

-¡Pobre! – se compadecía la señora ; y su dolor era genuino.

-Anda, que no me diga, – añadía Dorotea, soltando una puntada -, que si usted se queja, qué diremos las demás. ¡Lo que podría usted hacer, con su abolengo, para salvarlo al suyo en una situación semejante, pongo por caso!

Una mañana, la señora de Argamesilla entró en el fregadero con un cierto ángel en la cara, que barruntaba algo bueno al fin: por una vez casi que parecía animada y hasta feliz, ¡ella que había hecho profesión de tristeza y melancolía, siempre llegando a Dorotea con ánimo de quejarse y que se oyeran todos sus males!

-Dorotea, ¿es verdá lo que me has dicho que no te dejan entrar en el penitencial para ver a tu esposo?

-Tan verdá, señorita – respondió la otra, alzándose y secándose las manos en el delantal -, que la próxima vez me hagan esperar tol día pa nada, le prometo que me van a oír los sordos. Si no es que mato a un guardia. Porque hay que ver las colas que le hacen hacer a una, que a eso no hay derecho, ¿sabe? Que lo digan en seguida, si es que no le van abrir la puerta una, pero que no nos hagan esperar así por nada, ¿no le parece?

Doña María Cristina, sonriendo, dio a entender que había conseguido algo para Dorotea; y ésa era la razón de que entrara aquella mañana con esa expresión excepcionalmente bella.

-No será necesario, mujer – dijo -, que mates a nadie. Mira. He hablado con el señorito, y aunque no te aseguro nada, tú ten fe en Dios, que puede que tengas un permiso para que le puedas visitar. Ahora ya sabes, pero no digas nada a nadie por el momento, ¿eh?

Dorotea, que había vuelto a meterse con la colada, se irguió de nuevo. -¡Oh, señorita, señorita! – exclamaba, deshaciéndose en lágrimas -. ¡Gracias! Pos claro que no diré nada a nadie. No sabe ustez cuánto se lo agradezco al señorito si me saca una recomendación. Y a ustez, señorita, a ustez sobre todo, que es usted más buena y más santa que una Santa. Soy capaz de ir a ponerle una vela al Santísimo Corazón de Jesús pa que le devuelva a usted la salud, quéis muy bueno siempre conmigo el Sagrado Corazón y le tengo mucha fe.

-Pues ves, Dorotea – repitió doña María Cristina emocionada -. Tú no digas nada a nadie, y yo trataré de hacer algo por ti.

Y así lo hizo la santa dama. Y a los pocos días vino con un pase a nombre de Dorotea Platero Jiménez para que pudiera visitar en la cárcel al penado Lucio Muñeiro Castro; y no en la sala general, donde un centenar de presos se enfrentaba de ordinario con los suyos a través de paralelas mallas de acero, de pie y gritando todo el mundo, sino en una sala particular para ella sola y su marido.

## CAPITULO 15

Era el primer domingo de mayo. Dorotea se levantó del lecho en un estado de suma agitación. Apenas había dormido en toda la noche. Se arregló para ir a misa, tropezando con los muebles de lo nerviosa que estaba. A la vuelta de la iglesia, cada vez más agitada, se paró delante del espejo, en la cocina, un trozo de espejo incrustado en la pared de encima de la pila lavadero. Y se arregló el moño diez veces, haciendo lo indecible para taparse las canas, arrancándose el vello con las pinzas de depilar, luego las cejas; se pintó los labios y se puso colorete en los carrillos. Se palpó la figura varias veces con las palmas de las manos, estirándose el vestido a lo largo de los muslos; apretóse la barriga con un cinturón ancho de tela; se inclinó a un lado, al otro, mirándose las pantorrillas de costado, elevada una pierna, la otra; se frotó bien las manos con una crema blanca olorosa que le había dado una vecina.

A las nueve subió a ver a esta vecina, que vivía en el tercero; llamó con los nudillos en la puerta.

-¡Juanita! ¿Estás ya arriba? – preguntó, pegando los labios a la mirilla.

-¡Empuja! – oyó una especie de gruñido.

En un cuarto idéntico al de Dorotea, aunque con muchas más cosas y en mayor desorden, yacía en la cama una joven como de veintitres años, cabello rubio oxigenado, cara de sueño interrumpido y expresando, por ello, mal humor.

-¿Qué demonios quieres? – gritó, suprimiendo un bostezo.

-Ya me voy – dijo Dorotea, depositando las llaves en la mesa del comedor -. Dejo a los mellizos durmiendo. Te lo digo por si pasa algo, como la otra vez.

-¡Bueno! – gruñó la otra, dándose la vuelta -. Ahora déjame, - y se volvió a dormir.

Volvió a entrar Dorotea en su piso, se echó un chal al hombro, y salió con un paquete que había preparado la víspera. Corrió escaleras abajo como una adolescente, la sonrisa en los labios y en los ojos algo del fulgor de antaño. Según bajaba los peldaños le ascendían y descendían los enormes pechos, como empujados por un resorte mágico invisible.

Salió a la calle, corrió a la parada del tranvía, y mientras esperaba la llegada de éste, su alegría fue transformándose en recelo, y después en

miedo. Era un miedo a lo desconocido que le asaltó así de súbito y, cosa extraña, era la primera vez que lo sentía desde el día que le dio el pase la de Argamesilla. ¿Cómo encontraría a Lucio? ¿Pasaría bien la visita? ¿Qué pensaría de ella al verla? Y, sobre todo ¿la habría perdonado, habría olvidado **aquello**?

Llegó a la entrada del penitencial cuando todavía no eran las diez. Así que tuvo que esperar, como había esperado otras veces, haciendo cola a la entrada del edificio, un gran portón blindado, una horrible muralla de piedra gris con sendas torretas a los lados, de donde asomaban los guardias con sus fusiles.

Pero esta vez sonreía, apretando en su mano, en el bolsillo, la mágica papeleta. Un minúsculo gorrión vino a posarse a su lado, picoteó un momento en el polvo, y salió volando por encima del muro de piedra y hacia el interior del establecimiento. Tornó a sonreír, siguiendo al pajarillo con la mirada, pensando que Lucio estaría tal vez, en esos momentos, en el patio de la fortaleza, viendo a esa misma criaturilla de Dios, tal como ella la veía. Y suspiró.

Le cortó el hilo de su pensamiento el toque de una trompeta procedente de un cuartel. Vio a unos guardias civiles firmes, uno de ellos izando la bandera nacional. Siguiendo el ejemplo de todos los presentes, alzó el brazo en el aire, que era el saludo de los falangistas, y esperó así a que terminara la ceremonia y ondeara la bandera roja y gualda en la brisa.

A las once y unos minutos, abriéronse las puertas de la prisión, y todos los que esperaban entraron en desorden; desembocaron en una sala inmensa de techo más bien bajo, donde inmediatamente todos se pusieron a hacer cola otra vez, gente pobre miserable, en su mayoría vestidos de harapos, pura mugre semihumana, mujeres con la desesperación en los ojos, niños con cara de hambre, y tres o cuatro ancianos babosos.

Los guardias habían cerrado otra vez las puertas, y los familiares de los presos permanecieron por unos cuantos minutos completamente aislados del mundo exterior. Luego se abrió un postigo de hierro en un recodo de la sala. Y un guardia, que tomó gran cuidado de cerrar con llave otra vez, se dirigió a los que esperaban.

-A ver, los que no tengan pase que se peguen a esta pared. – Hizo una pausa -. Que se presenten los que lleven pase particular. Y los que lo llevan general, que se coloquen aquí, en fila, uno a uno.

Dorotea preguntó a su vecina, enseñándole su pase: - ¿Este qué es, sabe usted?

-¡Jurupa! – le contestó la mujer -. Ya tiene que tener usted enchufe. Vaya y hable con el guardia en seguida.

Así lo hizo Dorotea, y al instante fue conducida por una larga galería al final de la cual se veía una luz. Entró al cabo en una estancia que estaba dividida en dos por un muro que le llegaba a la cintura, barrera que continuaba hasta el techo en forma de doble malla metálica. Se veía al otro lado una silla, la pared de ladrillo y una puerta de hierro.

Pasó como un cuarto de hora. Se abrió la puerta. Y vio salir a un hombre o una sombra de mediana estatura, el pelo blanco rizado. Le acompañaba un guardia de la policía armada, que inmediatamente ocupó la silla. El otro, vestido de presidiario, se encorbaba como si le pesasen los brazos, y fruncía el ceño de tal manera, apretando los párpados, que apenas se le veían los ojos. Si no hubiera sido porque estaba esperándole, no habría reconocido a su esposo en aquel hombre esquelético y viejo, que parecía enteramente hundido y apagado.

-¡Lucio! – salió un grito de su boca.

El pareció no darse cuenta exacta de lo que estaba ocurriendo; ni podía hablar, ni mirar siquiera. Y a Dorotea se le saltaron las lágrimas; ¡había esperado tanto este momento, hablar, poderle dar un abrazo, encontrar otra vez algún signo de amor!; si al menos hubiera podido verle bien los ojos, tratar de adivinar lo que pensaba.

Todavía guiñándolos, miró él a Dorotea, completamente inmóvil.

-Doro – dijo, sin fuerzas.

Y ahora era ella la que no sabía o no podía hablar. Abrió la boca, movió los labios, y no le salían las palabras; sólo lágrimas, que se le deslizaban por los carrillos, estropeando el colorete que con tanto anhelo se había puesto por la mañana.

-¿Lloras, Doro?

-No, Lucio. ¿Por qué habría de llorar?

-¿Cómo estás? – dijo él, animándose, a tal punto que agarró la malla de acero.

-¡¡Atrás!! – se oyó el ladrido del guardia.

-¿Cómo te encuentras tú? – preguntó a su vez la esposa.

-Ya ves. ¿Y los niños?

-Muy bien, Lucio - contestó Dorotea. Iba a pararse, dejar tal vez que preguntase él algo. Mas temiendo que si se callaba volverían a mirarse sin decirse nada, y que iba a tocar a su fin la entrevista que tanto le había costado conseguir, hizo un esfuerzo supremo y habló, habló, habló: - Pues mira, los niños muy bien, Lucio, muy bien. Ahora probablemente estarán

yendo a misa, que los dejé en la cama, sabes, y la vecina se encargará de ellos... – Y continuó hablando de los niños. Ellos ofrecían abundante materia de conversación. Sabía que si Lucio todavía la quería, no podía ser más que por los hijos. De ellos pues habló. No paró ya durante todo el tiempo que duró la visita; dio rienda suelta a la palabra, diciendo lo primero que le venía a la cabeza: - Están muy majos, ¿sabes?, y están deseando verte. Tenías que verlos, lo grandes y lo espavilaos que están. Son así. No, Lucito un poco más. Bueno. Ya los verás. La próxima vez te los traigo pa que los veas; aunque espero que pa entonces ya estés fuera de aquí, ¿no?, porque, ¡hay que ver!, lo difícil que me resultó sacar un pase; conque tres, menudo. Fue mi señorita, no creas, que gracias a ella, que está casada con un abogado ques teniente coronel; ¿no te lo dije ya en mi última que estaba tratando su marido? O quizás no. ¡Ah! ¿No sabes que estuvimos en Tordehumos? ¡Oh, sí, qué tonta soy!, eso sí que te lo dije. Pos allí, ¡cómo nos pusimos las botas de comer tocino, y un pan blanco que no veas! Lucito hasta se puso gordo y todo, conque fíjate; ¡ay, cómo le gusta a ése comer! Ya ves, hoy día patatas solas, aquí en casa, ¡porque otra cosa! Y garbanzos, cuando los hay, sabes. Que la otra es una melindres, que ni ensiquiera sé qué darla. A todo pone ascos. Dice que patatas fritas. ¡Golosinas, bobo! Pero yo no puedo, Lucio. ¡Ay, lo caro que está el aceite hoy día! Si está todo por las nubes. Además, que no lo hay. Sólo destraperlo, figúrate. Pues ella nada. Que se las fría y que con aceite limpio, fíjate. ¡Sardinas y va que arde! Que las pongo en la sartén con una gotita de aceite, y están muy ricas. ¡Ay, la de ellas que se mete Lucito cuando las hay! Que no creas. El otro día se metió media docena dellas entre pecho y espalda. Pero Feli, hija, es una mierdica. En seguida pone peros a todo; que si huelen o están podridas, y que si el aceite es viejo y que han pasao por él las cucarachas; y luego quen seguida se pone a toser que se ahoga del tufo de la sartén, ¡no te creas! Pues hija, como yo le digo, ¡pues abre el balcón, calamidaz, y verás como no te pica el humo, jopelines! Y enluego tol día diciendo que si le huelen las manos a pescao y otra cosas baratas, ¡pues lávatelas bien con arenilla y estropajo, alma de cántaro, y verás como no te olerán! Yo es lo que le digo. Bueno, una mocosa, fíjate. El otro no, pero ella a todo hace ascos, a todo diz que no, que no lo come y que le repuña. Que como yo la digo: hija, no hay marrano que no sea escrupuloso. Parece que la hubiera hecho la boca de un fraile, ¡pedir, pedir, pedir, eso es lo que sabe! ¡Qué niña! Y te advierto, que no es que yo no la quiera, que yo no hago distingos, quiero al uno tanto como a la otra. Pero Lucito, no sé, es más tranquilo, me da menos guerra, ¿no sabes? A nada dice que no; él todo lo que quiere es zampar, y lo mismo le da una cosa que otra; que se comería piedras si se las diera. Na más que, eso sí, está tol día pidiéndote que más, y más y más. Y como yo le digo, si quiés más lo pintas, hijo, que mientras no lo haiga, yo no lo voy a inventar. Si el dinero que yo gano, Lucio, no da para más. La señorita, sabes, me da algunas veces lo que la sobra, por eso. ¡Ah!, ¿no sabes?, el primo Florentino está en Valladolid, y ha conseguido que me den vales pa que coman los mellizos en el Ausilio Social, y a ver si engordan un poco, sobre todo la Feli. Y al Lucito le encontró en seguida una escuela de caridaz. Y luego también pa la Feli, otra... de monjas, ¿no sabes?. Por eso. Y así yo puedo ir por la tarde a las colas, y luego a

fregar pisos, porque yo por la mañana a hacer bien la colada, bobo, que con la señorita ahora voy todos los días, y hay siempre mucho que lavar, con tantos niños que tiene. Y así vamos apañándonos, ¿ves?, pues a ver si me salen más casas, mira tú, que la Feli ya me ayuda algo en el hogar, que la pobre está quedándose muy delgada, y así gano más, Lucio, ¿no? Quel dinero todo lo puede.

-Pobre Feli – dijo Lucio, pensativo.

-Pues no la llames pobre, que ella si quisiera ya sería otra cosa, que lo que yo digo, ya vendrán tiempos mejores, que Dios aprieta pero no ahoga. Pero ella, hija, es muy fastidiosa, que yo a veces la he dicho... no te enfades, Lucio, la he dicho, 'Tu pa las comidas, Feli, igualita que tu padre.' Ya te acordarás que tú siempre ponías peros a todo. Pos igualito – (sonriendo, forzadamente) - ¿No estás enfadao, verdá ?

-No - contestó él -. ¿Por qué habría de estarlo? – y comenzó a toser.

-¡Lucio! – exclamó ella, asustada - ¿Te encuentras mal?

-Ya pasará – dijo él, todavía tosiendo.

Dorotea esperó, y luego dijo: - ¿Cuándo vas a volver a casa, sabes algo? Los niños te necesitan, Lucio. Siempre están preguntando por ti. ¿Cuándo viene papá?, dicen. Y yo, ya ves, no sé qué decirles; no me atrevo a contarles, sabes, pero si les he de traer un día, pues mira tú; y además que hay tanto cotilla; que tenemos, Lucio, unos vecinos más chismosos, empezando por la bruja de la señora Amparo, no sabes; que a saber si no han oído ya algo. Digo 'algo' por decir, que a buen seguro ya saben todo, fíjate, nueve años y medio, ya son muy grandotes; y qué una bocazas, ¡uy, qué víbora es esa señora Amparo, siempre con chismes y envenenando a la gente ! Por eso digo, que a saber si no han oído ya de lo tuyo. Yo pues antes les decía que te habías ido a la mili, y que estabas entodavía mobilizao. ¡Ah!, ¿pero no sabes? Que a Santiago le mobilizaron en cuanto empezó la Cruzada; y pues que lleva en el ejército ya estos tres años, que no sabemos ni cuando le soltarán. Así que Lucito es lo que dice, 'mamá,' dice, '¿cuándo va venir papá de la mili?'; pero Feli qué más pilla se echa a reír. Así que a la próxima a ver si te los traigo, ¿qué importa? Que se lo voy a decir a mi señorita doña María Cristina, y que me saque también pases pa ellos, si es que pa entonces no estás tú ya en casa, Dios lo quiera, que he sentido decir quel Caudillo va dar un idulto, o como se diga, que nos hace mucha falta un hombre en el hogar, pues los hijos sin padre se crían unos salvajes, ¿no sabes?

Lucio se quedó muy pensativo, sin moverse ni decir palabra.

-Anda, pos yo bien creía – dijo la esposa vagamente – habértelo dicho todo.

-¿Dicho qué?

-Pues eso, ya sabes, que los niños... – empezó Dorotea, algo indecisa, y le salieron unas lágrimas.

-A veces – le cortó Lucio -, a veces pienso que no les volveré a ver.

-¡Oh, no digas eso! – exclamó ella asustada -. Que eso es tentar al Cielo. Pues claro que les volverás a ver. ¿Por qué no? Ahora que precisamente tol mundo habla del idulto ese.

Lucio la miró como diciendo, “¿qué indulto se puede esperar de estos canallas?”, y tal vez para cambiar de conversación, añadió: - Te encuentro muy cambiada, Doro.

-Tres años de sufrimiento y de guerra, ¡si no es pa que cambie una! Tú también has cambio.

-Ya lo sé.

En esto tuvo él otro ataque de tos: era una tos hueca, terrible, de perro; había cerrado los ojos por completo y no cesaba de toser y soltar esputos. Dorotea preguntó, desconcertada, con aire de suma angustia:

-¿Estás enfermo? Dímelo.

Volvió él a abrir los ojos, y la miró con simpatía. – Llevo esta bronquitis encima desde que entré en esta prisión, debe ser la proximidad del río. El caso es que siento un dolor así en el pecho, que no sé lo que me pasa.

-Lucio, cariño – dijo ella, con genuino amor -, cuídate. Dime lo que necesitas. Y ya haré yo lo que haga falta pa enviártelo. ¿Y de la vista, que me decías que...?

-También mal – terció él, y aproximándose dijo, bajando aún más la voz: - ¡Me han dado una de palos!

-¡Jesús bendito! – suspiró ella -. Pero te curarás, te curarás. Tal vez necesitas gafas, como tu padre, ¿no sabes? Haz que te vean. Te compraré unos lentes. Tú dime lo que necesitas.

-Gracias, Doro, guapiña – dijo él, como abrumado, cansado o triste.

Sin saber por qué, se sintió Dorotea de repente desorientada. Bajó un poco la cabeza, y otra vez le corrieron las lágrimas por las mejillas. Había Lucio hablado las últimas palabras con verdadero amor. Se le representaron aquellos primeros días de los años veinte, cuando acababa él de llegar de su provincia de Orense. Pero no. Era diferente. Eran, los dos, otras personas. Habían sufrido mucho. Y ella sabía que él no había olvidado **aquello**. Le conocía lo suficientemente bien para saberlo. Le

hubiera gustado hacer alguna referencia a ello, para estar segura de que, sino olvidado, al menos, la había perdonado. Le ahorró la necesidad de hacer la pregunta la llegada de un ladrido del fondo de la estancia.

-¡Vamos!

Elevó la mirada. El guardia se había levantado y colocado al lado de Lucio, el rifle en las dos manos.

-¡La visita ha terminao!

Lucio se volvió a mirarla según se lo llevaba el guardia. Dorotea les vio desaparecer, cerrarse de nuevo la puerta; y apretando el húmedo pañuelo en la mano como un manojó, se dio la vuelta ella también y recorrió en sentido inverso la larga galería oscura, hasta que otro guardia le abrió otra puerta, pasó a la sala, que estaba ahora vacía; otro guardia y otra puerta, y al fin se encontró al aire libre.

## CAPITULO 16

Los mellizos se pasaron la mañana contemplando el maravilloso espectáculo de los charlatanes de la Plaza Mayor que ofrecían sus diversas mercancías a un público admirador y ya ganado de antemano, espectáculo inigualado en toda la orbe, y al que a menudo asistían los dos juntos los domingos y fiestas de guardar.

Tan pronto como se despertó la niña, saltó de la cama, y se fue a despertar a su hermano, que estaba hecho un ovillo, entre las mantas de la cama turca, junto al balcón (ella misma dormía con su madre en la cama grande de la alcoba.)

-¡Hale, perezoso! ¿Cuándo te vas a levantar – le chilló sacúdiéndole en el hombro - ¡Despierta, Lucito! Que voy a preparar el desayuno, y nos vamos corriendo a ver a los charlatanes, ¡pronto!

A los gritos despertóse el rapaz, estirándose y de muy mal humor; estuvo bostezando un rato, y volvió a quedarse dormido. Feli volvió a darle una sacudida.

-¡Deja! – chilló él – sacudiendo a su vez a su hermanita.

-Que no vamos a ver nada si no te das prisa. ¡Anda!, voy hacer unas sopas de leche.

Pero el chaval no se levantó hasta que la otra había encendido unas astillas y calentado la leche que a continuación echó sobre unas migas de un pan arenoso amarillento, en dos hondos tazones.

Cuando ya habían desayunado los dos, y estaban para salir, tuvo Lucito un berrinche, al no lograr meterse el abrigo sin arrebujar las mangas del jersey; y aunque se afanaba para llegar a ellas con los dedos de una y otra mano, no lograba bajarlas.

-No seas rebruto – le dijo la hermana. Le ayudó a que se quitase el gabán, y añadió -: Ahora agarra las dos mangas del jersey así, con los dedos, cierra bien los puños, y no las sueltas hasta que yo te lo diga. Le ayudó a que se volviera a poner el abrigo, y luego tirando un poco de las mangas del jersey y la camisa, que asomaban por las del abrigo, le dijo cariñosamente: - Así. Ahora vámonos.

En esto entró en el piso la vecina del tercero, que preguntó: - ¿A dónde vais a estas horas?

-Pos a misa, Juani – mintió la Feli.

-Pues si os apurais un poco aún llegáis a la de las nueve, que acabo de oír la segunda campanada. ¡Hala!, daros prisa pa que llegéis por lo menos al Evangelio.

-Sí, claro – volvió a hablar la niña.

Salieron todos al descansillo, que estaba casi a oscuras, y mientras echaba la llave Juanita volvió a preguntar.

-Creo que os habréis lavado bien en la palangana, ¿no?

Antes de que el niño pudiese meter baza, enseñó la niña el cuello de espaldas, diciendo: - Pos claro que sí. Míranos detrás de las orejas. Nos hemos restragado bien con el estropajo. Mira, si quieres.

-No veo nada. Pero bueno, ¡hala!, salir corriendo.

Cruzaron la calle. Feli agarró a Lucito por el codo, y se metieron los dos en el atrio de la iglesia, entre los mendigos, mirando la niña de reajo hacia el balcón del tercero de su casa, a fin de cerciorarse que Juanita no estaba espiándoles. El niño se metió en el templo, medio distraído, pero Feli, habiendo comprobado que no había salido al balcón la vecina, agarróle de nuevo al hermano, y dijo:

-¡Vamos!

Subieron corriendo hacia la Fuente Dorada, y entraron en la Plaza Mayor, donde empezaban a formarse varios corros entre los árboles y los bancos de la parte central de la plaza. En uno de estos grupos, en el interior de un círculo de unas diez personas, había un soldado sentado en una silla, y el charlatán a su lado. Los mellizos se pusieron en primera línea, escuchando con la boca abierta.

-Miren que no les engaño – decía el charlatán -. Vengan y admiren con sus propios ojos la auténtica maquinilla de afeitar Guillete, fabricada en el extranjero fuera de España, que con sumo gusto vengo a presentarles hoy, señoras y caballeros. Vean que maravilla. Observen cómo se mete la cuchilla aquí encimita y cómo se coloca la otra plaquita encima; denle ustedes la vuelta con los dedos a este vástago, para que se asegure todo muy bien, y ya está lista pal afeite, caballero. Puede ustez tirar a la basura esa peligrosa navaja de afeitar que dicen que ya usaba Jack el Destripador y que tan campantemente utilizó pa destripar de paso a su parienta y otras más. – (Pasando ahora sus manos por los cachetes del soldado) -. Fijéense que bien le ha quedao el cutis aquí al soldadito. ¿Cómo te llamas, soldao?

-Yo Anselmo, pa servirle a usted.

-Pues Anselmo. Ya te pués levantar. ¡Aquí un regalito! – siguió el hombre con su charla, dando un paquetito al soldado, que se fue con él tan contento; y alzando el charlatán otro paquete en la mano -. ¡Hale! ¿Quién

la quiere, la mejor máquina de afeitar del mundo? ¡A duro!, ¡sólo un duro!, ¡un duro! Y al que se lleve la máquina le regalo además este paquetito de diez cuchillas que le durarán por lo menos un año, y una barra de jabón Latoja.... ¡Espere, espere!, que hay todavía más, que le regalo también la brochita y una pastilla de silicato para suavizar el cutis después del afeitao. ¡Lléveselo todo, caballero, que le dará plena satisfacción, se lo aseguro! – Alzando todavía más la voz - ¡No se precipiten, no se precipiten, que hay para todos! Lléveselo usted también, señora, pa que se lo regale a su marido el día de su santo, y verá qué beso más sabroso le da pa agradecersele. Puede usted comprarla, caballero, sin reserva ni temor: la mejor maquinilla de afeitar que existe, que esto es puro oro, se lo garantizo. ¿Quién la quiere, quién la quiere? Ande, llévesela usted caballero, que le devuelvo el dinero con creces si no le da resultao.

-Venga, vamos a otro – susurró Lucito, acercando sus labios al oído de la Feli.

-¡Oy! Siempre te cansas de todo en seguida, ¡qué asco! – replicó la niña, que sin embargo se levantó obediente, y siguió a su hermanito.

Estaban ahora los corros mucho más concurridos, un nutrido público de los dos sexos y de todas las edades y clases sociales. Tuvieron que esforzarse esta vez los mellizos para lograr colarse entre las piernas de las personas adultas y llegar a la primera fila de espectadores, en uno de los más animados corros de la plaza.

-A ver, siéntese en esta banquetta, señora – decía el charlatán, un frasquito en la mano -, y no le importe que le meta un trapito debajo de la falda, que no le voy hacer nada. Es decir, sí que le voy hacer... al vestido, naturalmente, pues voy a quitarle esa mancha tan fea que seguramente se ha hecho usted dejando caer un cacho del tocino del cocido. Miren, señoras y señores del respetable, cómo sujeto bien el trapo debajo del tejido, observen como le echo encima unas gotitas de este milagroso quitamanchas de Sanjulián; le froto bien con esta toallita limpia y.... ¡Aquí lo tienen, señoras y señores, que no engaño! Ya está la falda limpia como la patena. ¡Reparen qué maravilla! Vean que no hay embeleco. Toque usted, señora, toque usted bien el vestido en la parte del milagro, donde antes había esa lámpara tan aquerosa y ahora nada. ¿Eh, qué me dice, señora voluntaria? ¿Se maravilla, no? Pos claro, hombre, ¿no le estoy diciendo? Este produto hace milagros: le quita a usted cualquier mancha, qué es un primor. Y no les pido a ustedes un duro, no. Ni medio, ni siquiá dos pesetas, ni tampoco una peseta cincuenta por el frasquito... ¡Una pesetilla y un real es todo lo que les pido! ¡Cinco reales por el quitamanchas Sanjulián. Así soy yo, regalao lo doy. ¡Venga, venga! ¡Que me se agota la mercancía!

-Vámonos a otro, Feli.

-¡Ay! Qué pesao te pones, Lucito, si eres un culo de mal asiento, tiene razón mamá.

Salieron los dos niños, otra vez entre las faldas y pantalones de los mayores, y a otro corro. A sentarse en el suelo. Vio Feli, junto a sí, a una niña de su misma edad. Se volvió a mirarla: - ¡Hola, Rosita! – dijo.

-¡Hola! – devolvió la amiguita el saludo, sin volver la cabeza; pues estaba el charlatán en lo más interesante de su charla.

-Vamos a ver, un voluntario – decía éste, elevando en la mano un vaso mediado de agua.

-¡Yo!

-¡Ven aquí, hombre! Acércate más, que te se vea. ¿Cómo te llamas?

-¿Yo? Pos yo me llamo... pos me dicen Patro. Pero es Patrocinio – contestó el voluntario, un paleta de unos treinta años de edad.

La audiencia río a carcajada suelta.

-Pues bueno, Patro – dijo animado el charlatán -, vamos, dime ¿a ti qué te pasa?

-Pos a mí, ¿que qué me pasa? Pos me pasa que me duelen así mucho las tripas, ¿no sabe? – replicó el hombre, pasándose con aire preocupado las palmas de ambas manos por el bajo de la barriga, que la tenía muy señorial.

La audiencia rompió otra vez en juergas y risitas.

-Pues no te preocupes, hombre – iba diciendo el negociante -, que en seguida le ponemos remedio. - Sacó del interior de un gran maletín abombado de viaje un tarrito de ancha boca, le quitó el corcho con dos dedos, metió una cucharilla, y esparció unos polvos blancos sobre el agua del vaso, que de nuevo había cogido con la otra mano, dándole acto seguido un par de vueltas al contenido con la cucharilla -. Toma, bébete esto, anda. – Y, en seguida -: ¿Qué tal?

-Pos ¡qué tal!, pos que maznífico. Ya no me duele.

Y la tirada del charlatán: - Ya lo han visto, miren que aquí no hay trampa ni cartón. Véanlo ustedes, señoras y caballeros, con sus propios ojos. Ha bastado una cucharita de este estupendo Bicarbonato de Sosa para hacer el milagro, que no le hay mejor en toa España, ni en el extranjero ni en el universo entero, el auténtico, el único bicarbonato de sosa fabricado por la industria química Baller de Alemania, que tol mundo sabe que no tiene igual. Véalo el respetable público. ¡Hala, que ahora voy a hacerles a ustedes un favor, que pa eso he venido hoy a esta hermosa ciudad de Valladolid! Regalao lo doy, ¡regalao lo doy! Así es el hijo de mi madre. ¡Hoy todo de balde! ¡Lo doy todo! Desen prisa, que no les pido,

como debiera, ni seis pesetas, ni cinco ni cuatro, ni dos... ¡una cincuenta, les cobro! Si no es eso regalao, venga Dios y véalo. Seis reales a cambio de esta maravilla, ¿quién se lleva el primer frasco? De prisa, de prisa, que no quedan muchos, y ya va siendo tarde, que a las dos cojo yo el tren pa mi casa y no vuelvo. ¡Tú, Patro!, por haber sido voluntario, aquí te doy un regalo.

-Pos muchas gracias.

-¡Uno más! ¿Quién quiere uno más? ¡Yo no vendo, no vendo, no vendo, regaladito lo doy!. Sí, señor. ¿Un frasco, caballero? ¿Otro para usted? Allí tamién. ¡Señora, lléveselo usted a su marido, que de seguro lo necesita, que usted bien lo sabe, pa que se cure desa indigestión! ¿Otro, caballero? ¡Pues otro! ¡Y otro! ¡Otro! ¡Otro! ¡Otro! ¡Vengan, señores, sólo seis reales! Véngase usted caballero. Pa hacer bien la digestión, que falta le hace, sí. ¿Qué representan seis reales? ¿Ahí atrás, otro? ¡Otro! ¡Otro! Aprosímesen. Lo he dicho y lo sostengo, de balde lo doy, ¿qué son los seis reales si con ello puede uno comer tranquilo y sin miedo a los empachos y otras complicaciones? Pues aquí lo tiene, la solución, el remedio que estaba esperando, aquí tienen ustedes el auténtico, el maravilloso, el imprescindible bicarbonato de sosa! ¡Ahora voy!, ¡en seguida le doy un frasco al señor! ¡¡Pidiéndomelo todo el mundo!! ¡Señora, llévese usted uno pal bienestar de la casa! ¡Otro, y otro, otro, venga más! ¿Quién quiere más? Ya han visto como le curó aquí al voluntario. La solución a todos los dolores de barriga. No aguanten ya más esos malestares y mareos.

-Feli –susurró Lucito -, nós verdá lo que nos dice; que sé yo questán compinchaos, el vendedor y ese hombre que dice que se llama Patro.

-Si ya lo sé, como que yo misma les he visto otra vez juntos. Vienen del barrio Delicias.

-Pues, ¡hala!, vámonos, que aquí es ya muy aburrido.

-No. Vete tú, si quieres.

Feli se volvió a su amiguita, que se había puesto de pies, igual que ella; pues entre tanto compadre y tanta comadre, y con los empujones y el jaleo, aquello no era corro ni era nada. –Es muy divertido, Rosita, ¿verdá?

La amiga asintió con un ligero movimiento de cabeza, y comentó: - Es verdá que cura el dolor de barriga. Mi agüelo Fermín compró un frasco la otra vez. Y mi papá tamién toma bicarbonato después de las comidas.

Cuando quiso darse cuenta Feli, su hermano ya había desaparecido. Y ella se fue a dar una vuelta con su amiguita. Se tiraron por la calle de la Pasión y al cabo se pararon delante del Cinema Coca, mirando las carteleras de las películas. Echaban una que se titulaba “Las Cruzadas”, de princesas y guerreros, moros y cristianos, y en las carteleras se veía a

un caballero que sostenía en sus manos una inmensa espada de hierro, y a su lado se hallaba una princesa rubia de ojos claros.

-Yo voy a venir esta tarde a la infantil – dijo Rosita -, con mi hermano mayor.

-Debe ser una película bonita.

-¿Vas a venir tú también?

-¡Oh, no! Yo no puedo.

-¿Por qué?

-Bueno – respondió Feli, sonrojando -. Es que no me deja mi mamá.

Rosita miró a la amiga. Sus ojos denotaron entendimiento, y su cara adquirió un semblante de tristeza. - Mi mamá me dijo que está tu padre en la cárcel –dijo -, ¿es verdad?

-No, no es verdad – se precipitó a responder la otra, dando un golpe con la suela de un zapato en la acera -. Está en la mili. Todavía no le han licenciado, por eso. Y además ya va a salir y venir pronto a casa, ¿sabes?, para que haga yo la primera comunión.

-Pos yo ya he hecho mi comunión, el año pasado – dijo Rosita, dubitativa.

-Pero yo caí enferma en el pueblo.

-¡Ah, por eso! Bueno, Feli, pos a ver si nos vemos para jugar en la calle, cuando salga del cine.

Se volvió la joven Felicitación Muñeiro pensativa y triste. Llegó al portal de su casa. Subió hasta el último piso, para recoger la llave de la bella y siempre acicalada vecina. Bajó al segundo, y al instante se dispuso a encender la lumbre del fogón. Peló unas patatas, las puso a cocer en un viejo puchero de porcelana con parches de estaño, añadió una cebolla, un trocito de bacalao seco, un puñado de arroz, y aguardó a que hirviera todo, mientras preparaba los platos y los cubiertos. Su madre volvió del penitenciario llorando. Feli no preguntó nada, ni hizo Dorotea ningún comentario cuando completaban los dos los preparativos para la comida. Lucito sería el último en llegar, ya a mesa puesta.

## CAPITULO 17

-« Levantaremos sobre héroes y mártires, héroes y mártires de la Santa Cruzada, en el templo del Nuevo Estado, sintiendo el anhelo de una Patria mejor, una Patria que amemos, que amamos **porque no nos gusta**.

-« Proclamamos nuestra Fe en la Nueva España y en nuestro Invicto Caudillo; Invicto Caudillo que nos ha ganado la Cruzada, y que representa la Unidad Nacional de **una España entera**.

-« Una España **sin el corazón partido**, tan distante de la España egoísta que otros quisieron hacer, como de la España marxista, atea y materialista, que los rojos buscaban.

-« El **Movimiento Nacional** fue una acción demoledora, una acción demoledora de las resistencias que ofreció un Estado que haciendo abdicación de todo residuo de pública dignidad, aspiraba a traspasar el poder a una horda de criminales y cobardes, que tuvieron por preocupación principal asesinar a nuestros hermanos en la retaguardia.

-« Una horda de criminales y cobardes que aspiraba a organizar rebaños que ofrecer al látigo cruel e implacable de un poder extranjero, un poder extranjero que se llama Unión Soviética.

-« Un comunismo internacional ateo y materialista que, con su odio ancestral a todas las instituciones patrias buscaba sumergir la Patria en el abismo de la descomposición y de la anarquía, para siempre derrotado en el suelo patrio por el **Glorioso Movimiento Nacional**.

-« Saludemos la unidad victoriosa de la Patria, la unidad indisoluble de España, con un ¡Viva! a su **Invicto Caudillo**, que Dios preserve con nosotros por muchos años.

-« ¡Viva Franco! »

-« ¡VIVA! »

-« ¡Arriba España! »

-« ¡ARRIBA! »

-« ¡España! »

-« ¡UNA! »

-« ¡España! »

-« ¡GRANDE! »

-« ¡España! »

-« ¡LIBRE! »

Por el altavoz en el medio de la plazuela salió entonces la mágica solemne musiquilla del himno nacional; acabado el cual, los espectadores y viandantes (que habían hasta aquel momento mantenido las extendidas manos en alto) bajaron los brazos, y cada cual continuó su paseo. Hacia la Plaza Mayor, donde el espectáculo estaba teniendo lugar, se veía una gran multitud de hombres, mujeres y niños contemplando todavía al señor Ministro del Trabajo, camarada Girón, vallisoletano de pura cepa, que desde el balcón del ayuntamiento, camisa azul y brazo en alto, saludaba ahora a sus paísanos, contento y orgulloso de su tan formidable discurso.

En todas las esquinas había mozos en uniforme, Cadetes del Partido, que llamaban al orden a aquéllos, de entre la multitud, que se mostraban recalcitrantes, es decir, que no acudían lo suficientemente de prisa a la espontánea manifestación de adhesión al Cuadillo..

Teodosia hizo una seña discreta a su prima, y las dos se metieron por los soportales para llegar al Callejón de los Boteros ; entraron en el portal, y subieron medio corriendo la escalera hasta el entresuelo.

-¡Ven, date prisa! – chillaba Teodosia, agarrando a Dorotea -. ¡Chica, que te está esperando!

Llegaron al descansillo, y apenas abierta la puerta, apareció en el pasillo un alto y apuesto soldado, en cuyos brazos se dejó caer Dorotea, chillando y alborotando, loca de alegría.

-¡Oh Santi, Santi! ¡Santi hermoso! – lloraba.

Volvieron todos a la gran sala, que daba a la Fuente Dorada, por cuyos balcones abiertos llegaba la voz de otro de los dignatarios, también falangista y también hijo predilecto de la Ciudad del Pisuerga. – « Valoramos el trabajo... la revolución que España tiene pendiente... Un nuevo amanecer... el destino imperial de la Nueva España... Generalísimo Franco, Verbo Divino de la Patria... »

-Hija, nos vuelven locos. Están con los altavoces tol día. La verdá, ya marean – exclamó Zita, que se hallaba sentada junto al balcón, cosiendo un vestido.

Dorotea volvió a admirar a su 'hermanillo', como todavía le llamaba, cogiéndole con cariño de las manos, echándose exageradamente hacia atrás, mirándole de arriba abajo, como examinando un objeto.

-¡Santi! ¡Santi! – le decía - ¡Ay, qué guapo te encuentro! Pues no han debido de tratarte mal en la mili, cariño.

-No sé – contestó él, un poco azarado de tanta zalamería -. Aunque te advierto que he perdido algunos kilos. – Dejó que una vez más le admirara y abrazara Dorotea, la cual le apretaba y le besaba sin dejar de darle a la lengua.

-¡Ahí va! – decía -, pero si te encuentro hasta más alto, chico, de veras.

-No exageres, Doro, que a mi edad ya no se puede crecer.

-Pos sí, pos yo te encuentro más alto. Mira.

-Bueno, para ti la perragorda.

-¡Hale! Vamos a sentarnos – dijo Dorotea, volviéndole a agarrar -. Cuéntame. Cuéntame como te ha ido todo.

-Pues mira. Que he tenido una suerte fenomenal. Eso es más bien todo lo que hay. Ya ves. Ni el menor rasguño. Que se dice pronto. Que bien de cerca, sin embargo, he visto la muerte, no te creas.

-¡Oy, oy, oy! – exclamaba entre tanto Dorotea emocionada. Estuvo un buen rato hablando de la guerra y del miedo que había tenido de perderle, y añadió - : ¡Ay, qué bien, que te hayan traído a Valladolid, aquí con nosotras! Y ¡has estado en Barcelona y todo! Hay que ver, hay que ver cuánto has recorrido. Santi, Santi, pues hale, cuéntame de las hermanas, que estoy deseando oírlo. Dime, ¿viste a Antonia y su marido? Y cuéntame de Paloma, ¿cómo está? Y ¿pasaste por Zaragoza?

-Pues Antonia y los suyos bien. Vamos, que no están mal. Regular. Como el marido no se metió nunca en sindicatos ni políticas, contra ellos no ha habido nada. A Felicitación y Policarpo no logré verles. Pero creo que él viene trasladado a Valladolid.

-Y ¿Paloma?

-Esa mal, francamente mal – bajando la voz - ; ¡han hecho una de cosas en Barcelona!, y ya sabes que Daniel era de la CNT... Y gracias a que escapó a Francia. Pero ella, y con la niña...

-¡Ay, no me hables! – cortó Dorotea -, que para oír calamidades ya me basta con las que yo tengo.

-Por eso – dijo él, sin saber qué añadir -. Cuando venga Policarpo ya puedes pedirle una recomendación.

-¡No me lo mientes! – dijo la hermana de mal humor -, que no quiero verle ni en pintura al policía ése asqueroso.

-Bueno. Si empiezas así, cojo el portante y me largo.

-Está bien, está bien cariño – interpuso la hermana, acariciándole -. Hablemos de ti, Santi hermoso, que pa eso acabas de llegar.

-Tú eres la que tienes que contarme como os van las cosas. ¿Los mellizos, bien? ¿Cómo va mi ahijada?

-Ya los verás. No los he traído porque ya van a la escuela. Feli también. ¡Ah! ¿Pero no lo sabías? Si Florentino está en el Salvador -. Habló Dorotea por un rato de los hermanos Beltrán y de los colegios de caridad que había buscado uno de ellos para los mellizos.

-¿Y Lucio?

- Lucio mal, muy mal – dijo ella, tristemente -. Ya ves, hablaban del idulto ese, y todo se me ha ido en agua de borrajas.

Un aire de melancolía se apoderó del grupo. Las dos hermanas estaban cosiendo, sentadas en sendos taburetes, una con el vestido de una clienta, la otra zurciendo una media con la ayuda de un huevo de piedra. Dorotea, en una silla, les acompañaba, hilvanando una falda, mientras sostenía la conversación con su hermano, el cual daba vueltas en la inmensa sala, espantando las moscas, nervioso. Al cabo salió al balcón, desde donde continuó la conversación con su hermana, apoyando de espalda los codos en la barandilla. Luego se volvió a mirar la plaza, la ciudad que tanto amaba. En el medio de ella había una fuente de piedra de cuatro caños, con una hermosa estatua de bronce en un pedestal. Era una plaza triangular, con soportales en dos de los tres lados, llena por todas partes de gente. Enfrente había una calleja que desembocaba en otra plaza, la de la Rinconada, bautizada por el nuevo alcalde como 'De Los Leones de Castilla', en honor a los falangistas vallisoletanos, muertos en el Alto del León cuando se dirigían, como ellos creían, a la conquista de Madrid, en el 36.

Veía, extasiado, aquellos lugares, **su** ciudad. ¡Cuántas veces durante los últimos tres años no había llorado él la ausencia de esta ciudad y estos lugares queridos; en el Guadarrama, en las colinas del Norte, y luego en el Ebro, al pie de la Pilarica, o mirando al Mediterraneo, añorando estos lugares, esta ciudad, su patria chica, que había pensado que no volvería a ver!

Y aquí estaba. Contempló en silencio la fuente, la compleja estatua de bronce, las gentes andando de un lado a otro de la plaza. Había inclinado ahora el cuerpo hacia delante, apoyando bien los brazos en la barandilla, una de las piernas echada hacia atrás, de manera que sólo la

punta de su alpargata negra de soldado tocaba el suelo de baldosas rojas del balcón; y de su pecho salió un profundo suspiro.

Miraba con lágrimas en los ojos; lágrimas de una parte de tristeza y aun de miedo: el recuerdo de peligros pasados, explosiones, muertes, las trincheras donde había ido enterrando una a una todas sus ilusiones durante tres años. Ya veinticuatro tendría bien pronto. En otros veinticuatro ya casi un anciano. ¡Qué pronto se pasa la vida! De aquella afición juvenil hacia los toros, ése buscar un triunfo en la arena, y la fama, los millones que iba aganar..., de eso, ya no le quedaba nada. Había sufrido mucho y había visto sufrir mucho a su alrededor, y todo ello había causado desde luego profunda mella. Las batallas, los bombardeos, retiradas, avances, privaciones, el fuego. Parecía imposible que un cuerpo pudiera aguantar tantísimo. No sabía por qué le venía ahora todo eso al pensamiento, a hacerle sufrir, llenarle el alma de angustias y de dudas, cuando tenía que sentir sólo felicidad. Se había formado el propósito, cuando finalizó la Cruzada, de olvidarse de todo aquello, de no mirar nunca hacia atrás. Y, al contrario, le venía esa tiritona, y no podía dejar de pensar en ello, el sufrimiento de la guerra, tal vez precisamente porque **entonces** no había pensado, no había podido pensar, siempre al alcance de las balas, un obús, una bomba, un pedazo de metralla... y ¡adiós la vida!

Lágrimas, por otra parte, de la alegría de saber que estaba vivo cuando tantos otros habían muerto. El Angel de la Guarda le había protegido. Se tocaba, palpaba, pellizcaba el cuerpo. Sí, era él. Estaba aquí, ileso y ni siquiera una raspadura. ¡Qué suerte! Esperaba salir pronto por completo de aquel trance (pues hasta que no le licenciaran no se sentiría seguro.)

Sacó una cajetilla y un chisquero del bolsillo de la guerrera, orgulloso de enseñar a cuantos estuvieran mirándole que no fumaba picadura, sino cigarros ya hechos..., incluso si el tabaco era negro de hebra, y muy malo. Prendió el pitillo, y fumó sin tragarse el humo. Y mientras estaba así fumando, los codos en la oxidada barandilla del balcón, le vinieron otra vez los recuerdos, todavía con más viveza y claridad ¡qué castigo!; empezando por los acontecimientos más recientes, el cuartel, los últimos momentos de la guerra, persiguiendo a los republicanos por los montes, soldados y civiles, mujeres y niños que huían hacia Francia, arrastrándose como bestias, como verdaderos despojos de la raza: españoles como él, algunos de su misma Castilla patria, como el marido de su hermana Paloma; luego otras batallas y otros muertos, más lejanos en el tiempo: los hospitales, las trincheras, la inacabable batalla del Ebro: dos veces cruzaron el río los rojos, y la segunda huyendo, la metralla al culo.

Sonrió, contento en cierto modo de haber participado en todo ello, de haber pertenecido, y pertenecer aún, al bando de los Nacionales, los que habían ganado la guerra, los suyos, sí los suyos de ahora en adelante. Se acabó. Se acabó toda otra consideración para él. Luchas de clases, partidos, ideologías, solidaridades..., ¡nada! Era de Derechas, y eso era

todo: huiría para siempre de todo otro ideal, de todo otro deseo que no fuera el de consentirlo todo y buscar cómo medrar. ‘Coge buena fama y échate a dormir,’ se dijo. Ese sería su moto a partir de ese momento. Y a no repetir **aquel error de entonces**, nunca; que el gato escaldado del agua fría huye.

Se le representó en la memoria el día del Alzamiento, y luego el momento aquel de su movilización, el susto que se había llevado cuando se enteró de que lo andaban buscando, y creía él que para condenarle por anarquista: y el suspiro de alivio que dio al darse cuenta de que sólo era para reclutarle. Y luego el tren lleno de sorches hacia el Guadarrama, gentes de la clase obrera, como él, extrémamente dóciles y silenciosos, el terror reflejado en los rostros.

Cerrando los ojos e inclinando un poco la cabeza, le pidió al Altísimo que le ayudase, que no le dejara caer en la tentación, y que le socorriese en todo trance; que no entrase otra vez en su espíritu la desesperanza y ese espantoso miedo. Si continuaba así, temblándose todo, iba a notarlo la gente, iban a sospechar, averiguar de lo que estaba pensando, de lo que había hecho en su día..., o bien terminaría por volverse loco. ¡No, no tenía que pensar en **nada!**

Pero eran tercas las imágenes, se obstinaban en volver, dando vueltas y más vueltas en el caletre. Sobre todo por la noche. Y más aún porque, a pesar de todo, **sí**, lo había sido..., había pertenecido al campo republicano, y había resultado a la postre ser un renegado. Sí, había sido del otro bando, aunque sólo por unos días, y había visto morir a sus correligionarios de entonces, su amigo Emiliano entre ellos.

“¡Casi la cago aquel día!” se dijo, mirando de soslayo a las tres mujeres, temeroso de que alguien pudiera leer en su rostro lo que él veía con tantísima claridad en su cerebro.

Se dijo, para consolarse, que **aquello** había sido sólo un hecho aislado, un momento de su vida, un desliz de juventud, por el cual había pagado ya un precio, y que no se repetiría. Nadie se enteraría, nadie vendría ahora a pedirle cuentas por ello.

Sólo **ellas tres** lo sabían. Martín, el otro huesped, no se había enterado de nada. Seguro estaba de ello. Y el tío Hipólito no contaba, era casi un vegetal. Y ya hacía tiempo que se había enterado, ¡qué suerte!, de que con la destrucción de la Casa del Pueblo había desaparecido todo rastro de su inscripción en el maldito sindicato anar...; (se le hizo como un nudo en el cerebro: ¡el recuerdo, la imagen, la idea, el vocablo mismo de ‘anarquista,’ le causaba espanto!)

“Eso me salvó,” se dijo, tranquilizándose un poco; y en seguida a frotarse las manos como un niño: “¡Qué suerte he tenido! Ahora al trabajo. Una buena recomendación, y ¡a otra cosa mariposa!”. Sacó otro pitillo y lo prendió. Ya había ido a hablar con la dirección del Diario Regional, y le

habían dicho que le aceptarían de nuevo. Es más, uno de sus antiguos jefes, delegado de Acción Católica y muy metido con los curas, dueños del periódico, le había indicado que le buscaría un enchufe para que lo licenciasen de la mili, pues no era cuestión de que se pasase otros tres años en el ejército.

No, si la fortuna le sonreía a pesar de todo. ¡Qué hermoso era vivir, estar vivo y coleando cuando tantos habían muerto! Y ¡qué lindo era su Valladolid, un enjambre de gente llana y sencilla, sus mujeres tan hermosas! Ahí estaba la esencia de la vida. Una buena esposa, y a vivir siempre con los suyos, un chato de cuando en cuando, tintorro si no había para otra cosa, y la partida del domingo a las cartas o el dominó. Eso era vida. Y no meterse en jaleos o andarse por esos andurriales, buscando tres pies al gato. ¿Para qué? Porque eso por descontado, en lo que le concernía, esas ideas absurdas ya nunca más. Ahora a vivir lo mejor que pudiera y ¡a callar tocan! Ni decir, ni oír, ni ver nunca nada. Hacer siempre lo que le mandaran. Trabajar cuanto fuese necesario, sobre todo si miraba el jefe; y a medrar. Nunca de nuevo se metería en la política; es decir, no se metería en nada, nunca más; *positivamente* nada, nada, nada de nada.

Habían terminado los discursos de los picatostes del régimen, y venían las masas por los soportales, desbordando en la calzada, mientras los altavoces ahora llenaban el aire de una musiquilla militar que ya todo el mundo identificaba con el Movimiento, el nuevo sistema, la esencia de la madre patria falangista.

Sentía él el eco de esa musiquilla en la espina medular, en los nervios del cerebelo... y especialmente en su corazón; el eco de esa ciudad tan querida, castellana y católica hasta la médula, cuna de todo lo hispano: la patria chica que había llevado en lo más profundo de su ser en todas partes, durante todos esos meses y años. “Bendito sea Dios (se dijo), que ha permitido este desenlace feliz, que ha acabado con la guerra y ha traído la paz. A vivir todos ahora en armonía y sin luchas ni revoluciones, los ricos y los pobres, los altos y los bajos, los obreros y sus amos..., la concordia de los diferentes estamentos sociales, promulgada en las encíclicas. Y en cuanto a mí personalmente – musitó -, lo importante ahora es asegurarme un camino en la vida entre los ricos y poderosos. Lo demás son tonterías.”

Había visto las orejas al lobo, y había aprendido su lección. Andaría con pies de plomo de ahora en adelante para no dar de nuevo un traspies.

Una o dos veces oyó a su hermana, a su espalda, que parecía que le llamaba; pero no se movió. ¿Qué le importaban ya las charlas, los chismes, cuentos de parientes y allegados, si no podría sacar tajada de ello?

Se inclinó aún más hacia adelante, para estar seguro de que no oiría nada; ¡que charlasen ellas entre sí!; él no estaba interesado en saber vidas

ajenas, averiguar cosas raras, rememorar las historias del pasado. ¡Ah, qué lejanos le parecían ahora aquellos momentos cuando hablaba a todos de su eminente 'alternativa', de los toros, de la fama que iba a alcanzar! Ahora se conformaba con mucho menos, con volver a ocupar su puesto en la linotipia del Diario, y luego Dios diría; pero de seguro de seguro trataría de ir subiendo poco a poco todo el tiempo, lenta pero certeramente, y a aguantar lo que fuese necesario: meditar muy en secreto, obedecer a todo... y a medrar: un peldaño ahora, y luego otro, otro, y otro; aunque fuera echando la zancadilla a los otros, sus compañeros de trabajo, a fin de ir teniendo siempre el campo libre. Y, en fin, constituiría una familia en cuanto entrara otra vez en el periódico y le subieran un poco el sueldo. Sonrió pensando que tenía ya echado el ojo a una moza del barrio, Eleonorita, la hija de la lechera de la Calle de las Angustias, que tenían los establos y una casa molinera en Santa Clara, ahí cerquita; se habían cruzado en la calle varias veces, y había que ver, ¡qué de saltos le daba el corazón! Y hasta sabía que a ella no le caía mal, que no le miraba con malos ojos.

Volvió la mirada hacia el batiente medio abierto del balcón, y vio de lado su propia imagen en los tres cuadraditos de vidrio. Aunque soldado y en alpargatas, no hacía mala figura: alto, estirado, moreno con ojos claros, cara más bien alargada, de barba muy apretada que apuraba bien cada mañana al afeitarse y todavía se veía una sombra azul en la barbilla. « ¡Veré! ¡Veré! » pensó, cada vez más satisfecho de si mismo.

Fue interrumpido en sus reflexiones por la llegada de los mellizos, que se habían enterado por la vecina que estaba su madre con sus primas. Entró en la sala, cogió a la niña en sus brazos, y se llevó un pequeño disgusto observando el ligero estrabismo de esos ojos verdes tan hermosos. Dorotea le habló del pueblo, y cuando los niños estiraron las manitas abiertas, esperando del tío una moneda, quizás unos regalos, ella los regañó severamente, ¡qué regalos podría traer de la guerra un triste soldado!

Cuando se fue la madre con sus dos hijos, el soldado se metió en lo que había sido, años atrás, su alcoba, se quitó la guerrera y el gorro, y se tumbó en la cama, las palmas de las manos en la nuca, sobre la blanca almohada. Quería reposar un poco y, si posible fuera, echar una cabezada antes de volverse al cuartel para el toque de queda, el rancho y todo lo demás.

## CAPITULO 18

Lanzó el pitillo con una toba de autosuficiencia a la calle y vino a sentarse con las mujeres. Era domingo, ya entrado el verano. Llevaba un traje gris ligero que se había comprado, cuando le soltaron de la mili, con el primer sueldo del Diario Regional, y se sentía muy bien en él. Estaba haciendo tiempo para salir a buscar a la novia en la Calle de las Angustias.

Contempló a las tres mujeres, que por una vez estaban concentradas en la costura sin darle mucho a la lengua. De las tres, era Zita la que más había cambiado. Aquel dulce rostro sereno, aquella simpatía, ¿adónde habían ido a parar? Si ahora la encontraba aviejada y hasta fea; y a veces parecía como si se hubiera vuelto muda o fuera una inocente, o algo así parecido. Cuando la miraba, no podía apartar los ojos de esa herida en la oreja, cortadura o agujero o lo que fuera, que le daba un no sabía qué de aire de leprosa o sarnosa, ¿cómo era posible?.

También Doro había envejecido lo suyo. ¡Qué cambiada estaba! ¿Cómo podía ser, que un cuerpo antes tan atractivo, hubiera perdido así, de pronto, toda su antigua belleza, aquella gracia, aquel donaire, aquellas formas? Con lo orgulloso que se había sentido siempre mostrándola a los tipógrafos del Diario, amigos suyos, y aun antes, un chiquillo, a los compañeros de clase de la sección de caridad del colegio de los Baberos: una mujer entonces tan esbelta, cabello siempre suelto, negro, ese frescor de la piel morena, un cutis rosado, los labios sensuales bermejos que le besaban, ocasionando la envidia de no pocos..

Teodosia era la que mejor se conservaba, tal vez por ser la más joven; aunque ya empezaban a notársele también las arrugas, un algo que indicaba que tampoco ella era ya una pollita.

“Ten cuidado, prima – pensó -, que como no te echas pronto un novio te vas a quedar para vestir los santos.”

Estaban los cuatro sentados junto al balcón, y mientras observaba a las tres hembras, miraba de soslayo a la plazuela, viendo pasar la gente. Al cabo, de súbito, como quien no hace nada, soltó una pregunta que había estado rondándole por un rato en la mente:

-¿Puede saberse, hermana, por qué has vuelto a hacerte el moño así? ¡Di! - lo dijo en un tono altanero, de disgusto, como queriendo dar una lección, él que conocía ahora el mundo mejor que nadie.

Su hermana lo notó, y le respondió con chabacanería: - Anda, pues porque me da la gana, hermoso. Y ¿puede saberse quién eres tú pa impedírmelo?

-¡Yo qué te lo voy a impedir! No seas idiota – respondió él -. Pero la verdad, ya podías cuidarte un poco más. No hace tanto tiempo que era un placer verte. Mientras que ahora.

-¿Ahora qué? – preguntó Dorotea, alzando cada vez más la voz.

-No me chilles – dijo él; y con un gesto como de darse por vencido, añadió: - Bueno. A mí qué más me da.

Pero su hermana no iba a dejarlo ahí. - ¿Qué quieres – volvió a la carga con enfado -, que me arregle como una señorita y me vaya por ahí presumiendo a que me mire tol mundo. ¿Es que no tengo el marido en la cárcel, por si acaso? -, y guiñando un ojo a las primas - ¿o es que quieres, mocoso, que me eche un novio?

-No seas ridícula. Yo qué voy a querer que te eches novio. Si no se trata de eso, imbécil. Pero, vamos a ver, ¿no podías peinarte un poco, para empezar? Si hasta da asco ver esos pelos. Que parece que ni siquiera sabes hacerte el moño.

Dorotea se puso colorada, y parecía muy compungida. Con voz, esta vez, mimosa y llorona comentó, dirigiéndose a las primas: - Ya veis como me trata. Dice que estoy fea. ¡Cómo me insulta! Este es el pago que me da, este hijo mío. Pues mío es. Menos llevarlo en las entrañas, he hecho todo por él. Más que una madre. Lo puedo decir muy alto, que una madre he sido para él, aunque no lo haya parido. Y ¡mirarle ahora, cómo se porta conmigo! ¡El pago que me da! – Y se quedó llorando y repitiendo ‘El pago que me da’, mientras Santiago, cambiando por entero de tono, protestaba:

-Venga, venga, no te enfades.

-A ver si no es verdaz. Que yo sola te he criado, a ver si no. A ver, rico. Si no, que las primas que lo puén decir. Zita, ¿quién se cargó con el mochuelo cuando se murió mi padre, que en el Cielo esté, eh? Y aun antes. Que tú, hermoso, otra madre no has tenido, pa que lo sepas. Y Antonia y Felicitación unas pendones. En seguida a casarse y a escurrir el bulto, ¿no? ¿A ver si no es verdá lo que digo? ¡Y mirar el pago que recibo ahora! ¡Que hasta dice que le da asco mirarme!

-Bueno, bueno – dijo el hermano, arrepentido y reconciliador -. No es para tanto, Dorotea, guapa. ¡Hale, déjame que te dé un beso!

Cosa que aprovechó Dorotea para romper a llorar a lágrima suelta, enteramente inconsolable. Se levantó el joven, corrido y sudoroso. Se fue, ajustándose la corbata, hacia el interior del piso, volvió al balcon, como si le faltara el aire, y se quedó otra vez mirando la calle.

-Pero ¡si tengo el marido en la cárcel! – gemía Dorotea -. ¿Cómo no voy a estar desarreglada? Si está él sufriendo, Zita, lo increíble. Ya veis. ¿Cómo voy a tener ganas de pintarme y de vestirme mejor? ¡Si está el

pobre consumiéndose vivo, que ni esperanza tengo ya que salga de ahí con vida!

-Anda, alégrate un poco, mujer, terció la menor de las hermanas -, que tienes la vida por delante, y Dios aprieta y no ahoga. Que dicen que van a dar un indulto ya pronto.

-¡Qué va! ¡Si sólo son rumores! – exclamó Dorotea, acabando de súbito el llanto, aunque con el pañuelo todavía en los ojos -. ¡Qué va! Si, al revés, boba, conque dice mi señorita que van a meter más gente en las prisiones.

-No mujer, no digas eso, no tientes al Señor.

-Si yo no, Teo – dijo Dorotea, supersticiosa -, si yo por mí, fíjate. Deseando estoy de que venga el idulto ése. Si tengo puestas, mujer, unas velas al Santísimo. Que tengo yo mucha fe en el Sagrado Corazón, que me ha hecho siempre muchos favores – (volviendo a los llantos) -, y ni por ésas. Conque tengo hecho un voto de irme andando descalza al Cristo de la Santa Espina.

-Pues eso, Doro – continuó Teodosia -, quel desesperarse no sirve de nada. Y con los rezos se consiguen las cosas, que Dios todo lo puede, y donde no hay Fe no puén salir bien las cosas.

-¿Qué fe puede tener una en estos tiempos de injusticia y de maldad? – comentó Zita sin alzar los ojos de la costura.

-¡Calla ! – susurró su hermana, asustada.

Desde el balcón, Santiago, que se había vuelto a mirar a las tres mujeres, declaró: - Tú lo que tienes que hacer, Doro, es buscarte una buena recomendación, y verás como sacas a Lucio de la cárcel.

-Eso – dijo Teodosia -, búscate un enchufe.

-¿Un enchufe? Si aparte de mi señorita, y ya bastante ha hecho por mí, yo no conozco a nadie.

-¿Cómo que no conoces a nadie? – dijo la joven, excitada -. Y ¿tus primos los Beltranes, qué? Que Gonzalo bien que es Camisa Vieja y todo, y en cuanto a Florentino, ¿te crees que no podía hacer ése más por ti. Que los jesuitas, ya sabes, todo lo pueden. Y la iglesia en general, que hablaba el domingo el nuevo párroco de las Angustias que si... ¡ay! ¿cómo lo decía?... que los tiempos de la sangre y de las guerras ya han pasado y que ahora empieza... - (muy de prisa) – empieza un período de vivificación pujante y esplendorosa, que lo han dicho también en la catedral.

-Y ¿Qué quiere decir todo eso?

-¡Ay, Doro!, pues eso, esplendorosa; pues tol mundo sabe lo que quiere decir esplendor. Pues que nos van a ir las cosas muy bien de ahora en adelante, ¿cómo se dice?, “todos juntos en unión,” es decir muy amigos, y que las amistades están pa las ocasiones, ¿no? Y tú, Doro, la amistad que dices que tienes con tu señorita, que si dices que te quiere tanto esa señora de Aragamesilla, que bien que podía hacer más por tu Lucio, si quisiera, que me estás diciendo siempre que es hija de un duque y todo, ¡vamos!, y que el esposo teniente coronel, ¡jurupa!

-Pero dice que su esposo no quíe comprometerse – dijo tímidamente Dorotea -, que bien comprometido es eso ya que ha hecho por mí.

-Ha hecho, ha hecho – comentó Zita -, no ha hecho nada para lo que podía hacer.

Y su hermana comentó: -Pues insiste pa que haga un poco más. Anda que si él quisiera.

En esto Santiago, que había entrado otra vez en la estancia, y ya estaba para irse a buscar a la novia, se acercó a su hermana para darle un beso, y le dijo casi al oído: - Doro, que pareces tonta, ¿no te has enterado?

-¿Enterao, de qué?

-¿No te ha dicho nadie, caramba (que ha estado en todos los periódicos), que Monseñor Pérez Monasterio viene al arzobispado con un cargo importante que no veas?

-¿Pues qué?

-Que le han dado el mejor y más alto puesto que puedas figurarte.

-¿Don Ni... Nice...to?

-Sí, don Niceto.

Al oír el nombre de don Niceto, Zita, que había estado mirando medio atontada a su primo Santiago, dijo entre los dientes: - ¡El muy malvado! Bien que le pagan a ése los que él tan bien ha servido.

-¡Por Dios, Zita, cállate! – se asustó la hermana -. Nos va a pasar algo, seguro, si sigues así.

Dorotea fue a acompañar a su hermano a la puerta de entrada del piso, a ver si le daba unas monedas para los niños. Ya en la escalera, le metió él dos pesetas en el bolso del delantal, y le susurró al oído:

-Que sí, Doro, no lo olvides. Si quieres ver libre a tu marido, ni los primos, ni la de Argamesilla, ni Roque el de Serafina..., nadie puede

ayudarte tanto como don Niceto. Es él el que dio el sermón en la catedral el otro día, cuando habló de que se acabaron los tiempos de la sangre y que ahora es un período de vivificación pujante y esplendorosa que comienza: que dio las gracias al Caudillo, por habernos liberado del mal comunista, y que parece que él quiere hacerlo, el indulto, ya sabes, pedirle a las autoridades militares que lo hagan. Vete a él, vete a verle un día, no seas tonta; recuérdale que fuiste su doncella por tantos años... Sí, acude a tu antiguo señorito, Doro, que las altas jerarquías de la Iglesia son los que más pueden, no te creas.

## CAPITULO 19

No olvidó Dorotea el consejo que le había dado Santiago; y a partir de aquel día se la vio a menudo merodeando a la entrada del palacio arzobispal que por fortuna no estaba lejos de su propia casa. A ver si por casualidad un día lograba echar el ojo a su antiguo 'señorito': ¿tendría tanto enchufe como le habían dicho?, ¿la reconocería?, y ¿cómo la recibiría, si la reconociese?, o ¿se negaría a verla?, ¿le pasaría algo y la meterían también a ella en la cárcel? Tantas preguntas, tantas dificultades, tantas dudas que asolaban el alma de la pobre viuda; pues ya viuda se creía, habiendo visto cada vez más consumido a su marido.

Al despedirse de su hermano aquel domingo, volvió a sentarse junto al balcón, con las primas, les pidió su opinión, demostrando una cierta incredulidad.

“¿Que si tiene enchufe ese hombre, nos preguntas? – había contestado Teodosia -. Mira, Doro, ése tiene enchufe no sólo para sacar a Lucio de la cárcel, que te lo digo yo, sino que del mismo purgatorio te lo podría sacar si se empeñara y fuera necesario. Con el puesto que tiene ése, que también yo me he enterao, ¡menudo!”

Pero don Niceto no se echaba de ver. O quizás era que no se enteraba ella de nada, ni entendía nada; nada de nada. Una torpona, siempre lo había sido. No había sabido nunca aprovecharse de las ocasiones, y no se aprovechaba ahora, pues un día de hecho llegó a las puertas del palacio un largo automóvil negro de ventanas encortinadas, suntuoso, misterioso, adornados los guardabarros con banderitas (la Nacional a un lado, de la Falange al otro), y más limpio y reluciente todo él que una patena.... Se paró el auto, se fué y... como si hubiera pasado un relámpago...; habían salido precipitadamente del palacio dos ordenanzas, al tiempo que ya el chófer abría la puerta trasera del auto, y todos ayudaron a que saliera de él una masa o bulto enorme colorado que tosía y apretaba su barriga con entrambas ensortijadas manos... y en seguida desapareció el monstruo en el interior del palacio. Y había ocurrido todo tan de prisa que la pobre mujer ni siquiera pudo ver el rostro del personaje. Hubiera entrado en el palacio a hacer indagaciones: después de todo había conocido ella bien a ése hombre (si en efecto era él), el cual no la rechazaría, pensaba ella. Pero estaba tan fea y mal habillada que ¿quién la iba a creer, o admitir que no se trataba de una loca? No no llegaría nunca a él, no tardarían los ordenanzas en arrojarla otra vez a la calle.

Y ¡mira por cuanto!, una mañana, la señora de Argamesilla, entrando en el fregadero con una prenda en la mano, señaló: - Tengo aquí un armario lleno de vestidos que no uso ya hace siglos. ¿Los quieres tú, Dorotea? Te advierto que apenas los he llevado y están casi nuevos.

Irguióse la asistenta de su habitual postrada posición, tan contenta y tan de prisa como si hubiera oído de súbito que habían llegado los Reyes Magos.

-¿Que si los quiero, señorita? – exclamó, con esa abundancia de aspavientos que la caracterizaba -. ¿Pues no los voy a querer? ¡Ay, qué lindo ese vestido! Con la falta que a mí me hace todo, señorita. Démelo, démelo. Déme usted toda la ropa que vaya a tirar, que de seguro que a mí me harán mucho avío. – Y luego -: Que Dios la bendiga, señorita, que es usted más buena y más santa que un pedazo pan. - Y dando otras mil pruebas de agradecimiento le besaba la mano, repitiendo que era la señorita muy buena, muy buena, un verdadero ángel.

Lo cual no parecía azarar mucho a la dama, que estaba ya muy acostumbrada a recibir tales muestras de afecto y sumisión de dependientes y criados. -Tendrás que alterarlos un poco – decía -, que yo soy algo más pequeña ; pero te será fácil, tú te das buena maña. Anda, ven, que te los enseño todos.

-¡Sí, señorita! ¡Ay, señorita! – decía excitadísima Dorotea cuando, unos minutos más tarde, estaban las dos examinando el contenido de un armario ropero de tres cuerpos. - ¡Ay, qué bonitos!, ¡qué vestidos!, ¡qué bonitos ! – repetía, metiendo la mano en un montón de prendas de todas las clases y tamaños que despedían un intenso olor a naftalina -. Claro que me doy buena maña, dice, señorita. Y si no, ya me ayudarán mis primas, no se preocupe, que ellas bien que son del oficio, ¿no sabe?, que hacen la costura, y no vea; y son muy buenas mis primas, ahí en la Fuente Dorada, entrando por el Callejón de los Boteros, que ya le he hablado de ellas; y, a propósito, si alguna vez se le ofrece algo, pues ¡a mandar! Que ellas son buenas modistas, y haría una obra de caridad, usted qué tan santa y tan buena, si las ayudara, que están las pobres muy apretadas y tienen un padre enfermo ya muy viejico.

-Pues ¡hale!, llévatelos – decía la señora, conmovida.

## CAPITULO 20

Un par de días más tarde, arreglóse Dorotea con uno de los vestidos que había heredado de doña María Cristina, y, tan pronto como salieron los niños para el colegio, subió sin más a ver a la del tercero.

-¿Quién es? – oyó la desagradable voz de la vecina.

-Soy yo, Juanita.

-Empuja.

Estaba la joven en el lecho, tapándose el hermoso cuerpo desnudo con una sábana blanca de algodón; pero no la tapaba ésta tanto que le ocultase por entero las formas: se veían unos pechos frescos como dos medios soles blancos redonditos, que no parecían (de lo suave y tiernos que estaban) sino que estuvieran hechos de leche merengada. Oía el cuarto a perfume, desde luego, y a tabaco y a falta de oxígeno; y estaba todo él en el más completo desorden. Fajas, bragas, sostenes, medias, pañuelos, zapatos y zapatillas se veían apiñados en sillones o esparcidos por el suelo en los rincones; en todas las sillas había vestidos, trapos, batas; o al borde de la cama, en la mesilla de noche, on en puntas o ganchos de la pared; y hasta se hallaban prendas colgando de las llaves del armario y del puño del batiente del medio balcón. Encima de una cómoda había peines, peinetas, cepillos, horquillas, alfileres, cintas, gomas, pedacitos de algodón y papel, cosméticos, tubos y frasquitos de todas las clases, tamaños y colores; los cajones estaban abiertos o a medio cerrar, y veíanse colgando de ellos como si fueran a lanzarse en picado al suelo toda clase de bufandas, velos, blusas, corpiños y otra mucha indumentaria ligera, que no parecía, en resumen, sino que en el piso habitara un entero cuerpo de baile o una tropa de comediantes, en lugar de una sola persona. En la mesa, en el medio del cuarto, había los restos de una cena para dos: dos platos, dos vasos mediados de vino, y los correspondientes cubiertos, servilletas, y botellas, que había tres. Amén de un cenicero rebosando de colillas y abundante ceniza.

-¿Por qué siempre te empeñas en venir a deshora? – protestó la joven, apretándose en la almohada.

-Perdona, guapa – replicó Dorotea, sin inmutarse en lo más mínimo -. Venía a ver si me prestabas el colorete.

-Cógelo, y vete a tomar vientos.

-¿Dónde está? – preguntó Dorotea, paseando la mirada por el caos que constituía la habitación.

-Lo buscas – replicó la otra, y enroscándose la sábana al cuello, se volvió a dormir.

Dorotea aprovechó para acercarse a la mesa, donde una multitud de moscas estaba deleitándose con los restos de la cena de la joven y del que la pasada noche había sido su acompañante de turno. Se metió un pedazo de conejo en la boca sin hacer ningún ruido, apuró el vino de las copas, y, pasándose el envés de una mano por los labios, emprendió la búsqueda del colorete. Como no lo veía, procedió a abrir el batiente del balcón, a ver si entraba un poco de la luz del día.

-¿Qué haces? – oyó gruñir a la hermosa.

-Nada, maja. ¿Quiés que te ayude a colocar un poco toas estas cosas?

-Haz lo que te salga de las narices.

Sin aguardar más, puso Dorotea manos a la obra, colocando los platos uno sobre el otro, después de haber puesto los restos de comida en uno de ellos y los cubiertos y pedazos de pan encima; agarró los vasos con la otra mano, y se dirigió con todo ello a la cocina, donde por un rato continuó engullendo, antes de meterse otra vez a la limpieza. Volvió al comedor con una balleta algo húmeda, dobló el mantel y las servilletas, limpió la mesa, hizo otro viaje a la cocina, cargando con las botellas vacías, metió unas cosillas en cajones y estanterías y se dispuso a lavar los platos y cubiertos. Lo mismo que en su propio piso, allí no había agua corriente. Salió al balcón, cogió un cántaro lleno de agua, y se dispuso a completar la empezada labor. En aquel piso podía lavar una a su gusto; pues allí no había escasez de jabón ni de arenilla, y con estropajo limpio además, en una hermosa pila nueva, de mámol.

De vuelta al comedor puso orden entre los frasquitos, los cosméticos, medicinas, algodoncitos y demás objetos que cubrían el tablero de la cómoda; luego se encargó del resto de la casa; y en un cuarto de hora escasamente quedó el piso que parecía otro. Y había encontrado, de paso, el colorete más un tubo de rímel para las pestañas y un lápiz de labios.

Estaba pintándose ante el espejo de la cómoda, cuando despertó y se sentó en el lecho la amiga, más bonita y apetecible que un puro querubín: el cabello rubio cayéndole en desorden sobre sus pechos desnudos de adolescente, riquísimos. La cual, entonces, arqueando sus afinadas cejas negras, exclamó, a la vez risueña y con cara de sueño:

-¡Eh! ¿Qué te pasa? ¿Te has vestido de carnaval o qué?

En efecto, llevaba Dorotea un vestido encarnado de seda, corto y apretado, que parecía irradiar luminosidad y sensualidad en el frescor azul de la mañana junto al balcón, tan diferente de lo que Juanita le había visto vestir hasta entonces.

-Te voy a dar yo a ti carnaval, ¡guasona, más que guasona! – le respondió Dorotea, haciendo ademán de sacudirla con la mano - . Pues no será porque no te lo mencioné. Que bien que te lo dije, que me ha regalao una docena de vestidos mi señorita. Ya los verás. Y si quiés pués cogerte tú un par de ellos, si te gustan. Que yo ¿pa qué quiero tantos, mujer? Mira, que si te das un poco maña, los recoges así un poquito, y tú que tienes tan buen tipo, tonta, pues ¡menuda calidaz! Mira, toca.

-¡Oh, déjame en paz! – dijo la otra, rechazándola. – Pasó a sentarse al borde del lecho, y poniéndose una bata encima, se dispuso a dar un par de pasos - ¿Has encontrao lo que buscabas?

-Sí. Si ya me he pintao, bonita. Pero no te levantes, mujer, que ya sé que estuvo dándote la murga el pendón ése hasta las tantas. Que le sentí bajar las escaleras tropezando y tosiendo que daba asco oírle.

-Ya, sí. ¿Qué lata, no? – murmuró la joven, estirándose mientras bostezaba.

Dorotea río alborotadamente, pellizcando a la joven en un brazo. – Tú, guapina, los hombres... los traes locos a todos, que no creas que no lo he notao. ¡Eso es vida! – La otra movió una mano con un gesto contradictorio, y ella prosiguió -: ¡Oh, sí Juanita, no lo niegues guapina, que tú haces pecar a un Santo! Lo veo todos los días.

La joven vino a sentarse en una silla. Dorotea estaba extendiendo el mantel sobre la mesa, y Juanita hizo ademán de ayudarla.

-Déjame a mí, Juanita – dijo Dorotea servicial -. Mira, no te molestes. Tú quédate aquí sentadita, que yo voy a prepararte el desayuno, ¿quieres?

-Pos tendrás que subirme primero la leche.

-¡Ay, maja, pues voy de una carrera!

-¿No tenías prisa de ir a ver a alguien?

- Puede esperar. Y además, si sólo es bajar ahí enfrente. ¿Qué me cuesta?

Cuando Dorotea, con el jarro de aluminio lleno en la mano, entró otra vez en el piso, ya se había vestido Juanita y estaba paseándose por la estancia.

-Te he puesto unas cosillas en un hatillo – le dijo, señalando la cocina – pa los mellizos.

-¡Ay, muchas gracias, hermosa! – le gritó Dorotea, desde la cocina, donde ya había ido a ver el hatillo -, que todo se agradece, ¿no sabes?, y hoy día hay mucha hambre en todas partes.

Más tarde, mientras se desayunaba, comentó la joven, sonriente: - Así que tienes una cita importante, ya lo veo, granuja. Que a mí no me la das: ese colorete y esas cosas. ¡Vamos! ¿Quién es él? No, no, no. No mengañes, tú vas a encontrar a un amante o algo, lo sé, lo sé. Ese vestido tan flamante, ¡hay algo!, no lo niegues.

Dorotea se reía las tripas. – Espera que te lo cuente todo, mujer. Que te vas a reír no poco. Guasona, más que guasona. – Y corriendo la silla, pellizcaba a la joven, provocándola.

Juanita protestaba dando pequeños gritos, riéndose a su vez. Ya se había pintado y arreglado esas madejas de oro, y estaba requetebonita.

-Pues atiende, preciosa, ¡ay! que te lo voy a decir todo – decía exageradamente Dorotea. Y le contó con peros y señales toda la historia de sus amores con don Niceto Pérez Monasterio, que había sido su señorito mucho antes de la guerra: cada detalle, cada palabra de amor, suspiros, los besos, los abrazos, todo salió, como no había osado contarlo antes a nadie; que nunca de sus labios había salido un detalle escabroso de las pasadas relaciones con su amo y señor; ni siquiera hablando con su prima Zita, por tantos años su mejor amiga. Habló ahora, y mucho, incluso haciéndose la interesante. ¡Oh, cómo la había querido aquel hombre! Y ése era, mujer, el hombre al que ahora iba a visitar, presentándose ante él en persona, para hablarle, formular una petición muy especial. ¡Sí, mujer!, que tenía él un puesto importantísimo en el arzobispado, que se lo había dicho Santiago, y que le iba a sacar a su Lucio de la cárcel. Que los curas todo lo podían, ¿no?

La otra la escuchaba sin perder palabra, el pie derecho en la silla, sentándose en él como una niña, el culito firme encima del talón, y agarrándose nerviosa el empuje de la otra pierna (cuyo pie reposaba en el borde de la silla) con ambas manos, y mientras sus negros ojos hermosos seguían el movimiento de los labios de la Dorotea, como una colegiala escuchando un cuento de hadas, sofocada, suspirando cuando hablaba la otra de amor, de haber hecho esto o lo otro, de haber sido poseída así por un eclesiástico ¡nada menos!, falta a veces de aliento y sonriendo cuando veía un amago de sonrisa en los labios de la narradora. - ¡Y di! – decía a cada paso - ¡Dime más, Dorotea! ¡Cuéntame todo! – Y luego: - ¿Sí? ¿De veras? ¿Es verdad? ¿No estás mintiendo? ¡No puede ser, Dorotea, esageras!

-¡Que no! ¡Que no es exagerado, Juanita bonita! Como me lo estás oyendo. Te lo juro por la memoria de mi bendita madre, que está en los Cielos.

-Pos vaya. Si que has tenido suerte tú, Dorotea.

-Pues sí, Juanita, pues ahora por eso. ¡Atiende, mujer! Pues no sabes lo que me ha dicho Santiago, además. Pues que ése va darnos a todos... ¡ay, cómo dijo!, si lo tengo en la punta de la lengua, que me lo

leyó Santi del Diario Regional. ¡Ah, sí! Vivificación es lo que dijo que va darnos... vivificación pujante y espelendorosa. No sé lo que quiere decir to eso, pero eso es lo que prometió pa todos los españoles. Que después de haber dado gracias al Caudillo por los prodigios de la Santa Cruzada, que eso, que dijo que ahora todo va ir bien. Y ése es a quien voy a ver, que me lo podía sacar al Lucio de la cárcel y que pues hoy mismo, si quisiera. ¡Oy, tengo que ir a verle, tengo que ir a verle!

-Pos yo no te deajo ir sola – señaló la joven, botando nerviosa en la silla –. Yo me arreglo y voy contigo. Y espera que te peine y te pinte a ti también un poco mejor. Que verás lo guapa que te pongo.

## CAPITULO 21

Una hora más tarde, subía Dorotea los peldaños a la entrada del palacio, bonita y arreglada, temblando como un pajarillo. La vecina, que había insistido en acompañarla hasta la puerta, se quedó en la calle; y al volver Doro la mirada, pasada la primera puerta de vidrio, desmayada y como para volverse atrás, la vio haciendo gestos, como empujando un cuerpo invisible, animándola a que siguiese adelante. Así que franqueó la segunda puerta, y pasó al interior.

Inmediatamente le salió al encuentro un enorme portero de librea, aleteando sobre ella como si se tragara de un gran cuervo que se aproximaba.

-¿Qué hace usted aquí? – le preguntó con voz de trueno.

Dorotea vio aquel monstruo encima de ella, y sintió el latido de su corazón. No le salían las palabras. El otro seguía mirándola.

-Yo... yo... – al fin abrió una boca completamente seca.

El pajarraco la observaba sin moverse, como dispuesto a hacer el último esfuerzo para lanzarse sobre ella.

-... quisiera hablar con don Niceto.

-¿Don Niceto? – eso no era voz, eso era una descarga de cañón.

-... Pérez Monasterio.

-¡Ah!, Su Reverencia quiere decir. Quiere hablar con Su Reverencia, ¿no? ¿Es sólo eso lo que quiere?

Dorotea movió la cabeza afirmativamente.

-¡Ah! Y ¿cómo es que le ha entrado en la mollera la idea de que puede ver a Su Reverencia? – preguntó el portero con sarcasmo -. ¿Acaso tiene cita?

Volvió ella a mover la cabeza, esta vez negando.

-Pues entonces váyase y venga cuando la tenga. ¿No sabe que no se puede ver a Su Reverencia así como así?

-Pues... pues entonces, ¿cómo?

-No es de mi incumbencia el explicarle. Si quiere saber más, vea en secretaría. Y ahora, váyase.

Por desgracia para el imponente portero de librea, acompañó aquella orden perentoria con un empujoncito que, como quien no hace nada, le dio en la espalda a la mujer, que había empezado a irse ya, dejando por imposible la empresa. Sintió Dorotea tal enojo y tal enfado dentro de sí, percibiendo, en un instante, toda la injusticia de su situación de mujer humillada y pobre, que, girando en los talones, soltó, perdiendo todo respeto y todo miedo:

-¡Oiga, cara de buitre! ¿A usted no le ha enseñao nadie urbanidaz? ¿Es ésa manera de tratar a una dama, eh? Mucha librea, muchos botones de plata, pero de educación cero.

-¡Haga el favor! – contestó él, empujándola, esta vez sin cumplidos.

¡Cielo Sant!, ¡la furia que desarrolló Dorotea ante aquella segunda falta de respeto! - Sin empujar, ¡eh!, le he dicho – gritó, devolviéndole el empujón -. Le hago saber, jodido cara de buitre, que aquí dónde me ve, soy amiga, ¡así, amiga!, de don Niceto... Su Revelencia, como ustez dice.

-Puede que sea así, señora – dijo el otro, apeándose un poco del burro -. Yo no se lo discuto; pero yo no tengo más remedio que cumplir con las ordenanzas.

-¡Qué ordenanzas ni qué niño muerto! – le atajó Dorotea, cada vez más valiente -. Déjese de ordenanzas, y sea más educado. Usted lo que tié que hacer es respetar más a la gente, ¿lo oye? Y ¡no empuje, que se lo he dicho ya dos veces, alelao! Que tiene usted una cara de alelao que se cae. Le digo que conozco personalmente a ... Su Revelencia, ¿no es así como ustez le dice? Amiga personal, casi pariente, ¿sabe?

-Todo lo que usted quiera.

-Se cree que estoy mintiendo, ¿eh? Pues la mentirosa será su puñetera madre, ¿lo sabe?

-¡Por favor, señora!

-¡Señora, señora! – mimicó Dorotea -. Mucho señora, mucho por favor y hablar fino, y en luego, ¡hay que ver cómo la tratan a una! ¿No podría tratar mejor a la gente? Que estamos en un país civilizado. Oiga, ¿dónde está esa secretaria de que habla?

-Secretaría – corrigió el hombre, alzando la voz.

Y alzándola todavía más, Dorotea: - ¡Lo mismo me da que me da lo mismo!

A los gritos habían acudido un par de ordenanzas o bedeles, dispuestos a ponerle cerco a la intrusa. En seguida se unió a ellos un joven sacerdote o seminarista que acertaba a pasar por allí. Dorotea, que ya había perdido todo respeto y todo miedo, empezó a defenderse de sus asaltantes como una fiera acorralada, dando bofetadas y puntapiés a diestro y siniestro. El primero con quien la tomó fue el eclesiástico.

-¿Tú también, marica? – le gritó, dándole una sacudida con el bolso, que le tumbó el sombrero de teja al suelo -. ¿No te da vergüenza, tan guapo y tan joven, metiéndote a cura?

El sacerdote, que se había agachado, desplazándola, para recoger su teja, recibió un coscorrón que le propinó Dorotea en el cogote, con la advertencia:

-¡Cuidadito! ¡Que a mí no me toques, he dicho! Si quiés tocar vas y tocas el coño de tu madre, si sabes donde anda.

El joven eclesiástico, que creyó tener delante de sí no una mujer sino el mismo diablo, murmuró una oración, haciendo la señal de la cruz sobre Dorotea, aumentando con ello la furia de ésta.

-¡Eh, tú! A mí no me vengas con sortilegios y venenos, marica, más que marica – protestó – quen todavía no me he muerto. Deja tus bendiciones pa quien le hagan falta.

-¡Oh, por favor, buena mujer! – suplicó el sacerdote, entornando los párpados y juntando las palmas de sus manos -. Si es usted mujer cristiana apostólica romana, y no una personificación de Lucifer, cese de dar gritos en un lugar sagrado como éste, se lo suplico. Y salga de aquí cuanto antes, que está causando un escándalo. - Fue como si hubiera enseñado una bandera blanca en el medio de un combate.

-Pues bueno, mujer, me voy – respondió Dorotea -. Si no hace falta empujar y avasallar así. – Y, como se le acercaran los otros tres, advirtió -: Pero cuidao, ¡eh!, sin empujar y con respeto.

Fue apaciguándose poco a poco, como si hubiera ocurrido un milagro. Los otros estaban como paralizados ante semejante fenómeno.

– Bueno, ya me voy – repitió ella. Y, mirando al joven sacerdote, con el sombrero de teja ahora en las manos -: Las cosas se piden de esa manera, hombre, con modales. ¿Por qué no me lo pidió antes así? – Y salía atusándose el vestido con los dedos de una mano, el bolso en la otra, volviéndose a cada paso a mirarles - ¿Lo ve, señor portero, se da usted cuenta? Estamos entre gente civilizada, ¿no? Pos ¡buena estaría! O somos o no somos.

Como uno de los ordenanzas, en extremo imprudente, se le acercara con la evidente intención de acelerar su salida, todavía se volvió a él,

chillando - : ¡Sin empujar, eh! ¡Cuidadito, no se acerque! Que ya me voy yo por mis propios medios.

Y así salió Dorotea del palacio arzobispal, despacito, mirando a sus contrincantes con desprecio, muy flamenca ella, como cuando se va alejando un torero burlando al toro con la muleta, marcando el paso y parándose a cada instante para ver si se movía el enemigo.

-¿Qué? ¿Lo has conseguido? – le preguntó la bella Juanita, que estaba esperándola en la calle.

-¡Qué va! – le respondió la amiga, arreglándose el vestido -. Si son todos unos desgraciaos.

-Pero ¿qué te ha pasao, Doro? Dime. Que estás toda despeinada y descompuesta, chica. Vamos. Cuéntame.

-Dicen que tengo que tener una cita, y que la secretaria.

-¡Bah, qué tontería! ¿Les esplicastes bien quién eres?

-Pues claro que sí; pero no quisieron hacerme caso.

Caminaban a lo largo de una calle corta y estrechita, Juanita en la acera, Dorotea en la calzada. Acertó a pasar por allí un galán con bigote que se pegó junto a la fachada para ceder el paso a la 'niña bonita' (según la expresión que lanzó al aire el gallardo mancebo), extendiendo un brazo a lo torero; y a reglón seguido sintió ella una mano atrevida dándole un pellizco en el muslo.

-¡Desvergonzao! – chilló Juanita, sacudiéndole una bofetada. Luego, agarrándole a la amiga por el brazo salieron las dos corriendo y se metieron en la primera taberna que encontraron.

Las dos tenían mucha sed. Pidieron unas gaseosas, y al traérselas el tabernero, Juanita le preguntó si no tendría un tintero con pluma y unas cuartillas, explicando que tenían que escribir una carta urgente. Y pronto estaban las dos redactando una misiva dirigida a don Niceto Pérez Monasterio.

-Es lo primero que teníamos que haber hecho, boba – dijo la joven, que era la que había tenido la idea.

Después de varias tentativas infructuosas, compusieron la siguiente petición solemne:

« Suplica su umildisima esclaba, que le besa la mano, postrada de rodillas:

« Enbia sus umildisimos respetos suplicando que se acuerde de mi, y pide benia para que se le conceda una visita.

« La paz de Nuestro Señor Jesucristo sea siempre con nosotros pecadores.

« Dorotea Platero Jiménez. »

-Anda, tonta – dijo Juanita, satisfecha del esfuerzo -, en cuanto lea esto se acordará de ti, ya verás - ¿Así que dices que te quería mucho?

Dorotea, que por vez primera desde que amaneció aquel día se sentía un tanto relajada, sonrió, según respondía -: Muchísimo.

## CAPITULO 22

Momentos más tarde volvía a entrar Dorotea en el palacio arzobispal; y le volvió a salir al paso el enorme portero de librea.

-¿Qué desea, otra vez, señora?

Esta vez Dorotea, extendiendo la mano con la carta, sólo dijo, con determinación: - ¡Ea! Presente esto a Su Revelencia; que yo no me moveré de aquí hasta que me haigan traído la respuesta.

Es de la naturaleza del lacayo el tener siempre miedo, pues un lacayo nunca sabe por dónde le van a llegar los golpes un día, que de seguro le llegarán. Así que cuando el hombre, que no tenía nada de tonto, leyó aquella determinación en el rostro de su interlocutora, no pudo menos de acatar la orden, no fuese a acontecer que después de todo estuviera aquella hembra diciendo la verdad. Y cuando al cabo de media hora otro ordenanza o bedel vino con instrucciones de hacer pasar a la peticionaria, poco faltó para que el portero cayera desmayado al suelo.

Dorotea siguió al ordenanza a través de salas y pasillos oscuros con travesaños y vigas de roble y muros revestidos de láminas de nogal. Entraron por un pasadizo mural que acababa en tres escalones con una puertecita negra. Allí la dejó su acompañante, diciéndole que **allí era**.

Entró y se halló Dorotea en una sala grande, llena de doseles y retratos de eclesiásticos, probablemente arzobispos y otros prelados difuntos, según parecían ser viejas las pinturas. En el fondo de la sala había otros tres peldaños y una puerta entreabierta. Empujó ésta, y fue asomándose poco a poco. Era una sala menos grande que la anterior, con un Cristo como el de su pueblo sobre un altar cubierto por una tela morada, y un reclinatorio tapizado de seda del mismo color. Había también un bufete con atril, y una mesa con una jarra y un vaso.

-¡Acércate! – oyó una voz que salía de detrás de un biombo.

Se acercó. Entre cirios encendidos y floreros vio una montaña de carne vestida mayormente de seda morada, reposando en un trono dorado y de tapizado violeta. Postrada de hinojos besó una mano enguantada en que lucía una piedra preciosa muy grande. “¡Qué mano tan gorda se sentía debajo del guante de suave cabretilla!”

-¿Qué quieres?

-Mi marido está en la cárcel, señori... don Ni... Su Revelencia, y quiero tenerle a mi lado.

Un resoplido de la montaña que duró unos segundos: - Muy útil y muy seguro, amadísima, es que el hombre no tenga en esta vida todo lo que espera. Por falta de espíritu se queja el cuerpo miserable.

-¡Por el amor de Dios!, que estoy sola y no tengo a quién acudir.

-Mi función en este mundo es abrir caminos para el Cielo.

-Sufro, me siento abandonada aquí en la Tierra, ¿de qué me sirve el Cielo?

-Para la otra vida, mujer de poca fe, sirve el Cielo Eterno.

-Y ¡a mí que me importa, el cielo eterno!

-No hables así, que te condenas.

-Ya estoy condenada a la miseria, ¿qué es la peor de las condenas que pueden existir.

-Miserable serás, dondequiera que fueses y a dondequiera que te volvieres, si no gustas exclusivamente de las cosas divinas. Pon en la oración tu fe.

-¿Qué sé yo de oraciones y cosas divinas, y qué me importan si Dios me castiga sin razón alguna?

-Estás excediéndote, amadísima. ¡Calla, calla!, ¿qué sabes tú de los designios del Señor?

-Pues si yo soy **amadísima**, ayúdeme, por el amor de Dios.

-No es ese amor que tú entiendes, sierva del Señor, sino algo inmensamente más alto, lo que importa en este Valle de Lágrimas. No esperes nunca consolación en las cosas terrenas.

-Está encerrado mi Lucio. Me lo van asesinar. No puedo más.

-Esclava del Señor, sí has de poder. No dejes que te abatan las tribulaciones de este mundo. Espera un poquito y ya verás cuan pronto se te acaban todos los males. Consérvate en el temor de Dios. Y dile a tu marido que no le importe lo dilatado de su encierro, y que atienda al negocio de su alma. Porque Dios escoge a los pobres y despreciados de este mundo.

-Yo no quiero verle abatido y desterrado, ¡pobre Lucio! Yo le quiero ver libre, libre.

-Cristo nos enseñó a ser libres **imitándole**, libres de toda ceguera del alma. La lumbre del Señor, que viene desde el Cielo sobre todos los

mortales de buena voluntad, eso es la libertad. Es bueno que a algunos seres vénganles contrariedades para que busquen la divina luz, y que no se ponga esperanza alguna en el Mundo.

-Mis hijos tienen hambre, y yo no sé qué darles.

-No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios. Sé humilde. Toda la adversidad que te venga, recíbela de buena gana, como de la mano del Creador, y estímalas por mucho. Porque nada de cuanto se padece por Nuestro Señor Jesucristo puede pasar sin mérito ante su divino acatamiento.

Miraba desde el suelo llorando Dorotea. Soplaba y resoplaba en su trono el grueso eclesiástico, imitando, sin quererlo, el rugido de un volcán.

No pudo más la miserable esclava, que sintió de pronto un extraordinario deseo de ser libre, y no supo como expresar ese deseo, salvo en gritos y aspavientos, como siempre; y el resultado fue un ataque de histeria. Se puso a dar voces, agobiada y como buscando oxígeno:

-¡Ah, ah, ah, aaaah!, ¡buff! ¡ ay, qué agobio, qué sufrimiento! Mi vida esta llena de sinsabores y amarguras, ¡oy, oy, oy, oooy! – se arañaba la cara, se abría el vestido, para mejor respirar, enseñando el cuello, el principio de unas tetas enormes -. No. ¡No sé lo que me pasa, me ahogo, me ahogooo! Sepa, Revelencia, que yo no entiendo nada de eso que me dice... divino catamiento... la versidá que me venga...la lumbre del señor o lo que sea. Sólo sé que vivo en la miseria y mis niños pasan hambre, ¿he de meterme a robar y asesinar para sacar qué darles de comer?

Había en la sala dos altos ventanales encortinados. Entre ellos pasaba un rayo de luz plateada que venía a posarse en el regazo del eminente Hombre de Iglesia, acentuando el brillo de la piedra de amatista, o lo que fuera, que cubría en parte uno de los dedos del guante, esos dedos rollizos de cabretilla, como gusanos gordos retorciéndose, como buscando algo que estrangular.

-¡Ayúdeme ! – repitió Dorotea, con voz implorante.

Y, después de otro resoplido: - Vence, sierva de Dios, la tentación del pecado. No importa si se sufre hambre y sed. Que el alma se deleita si no está entregada a las cosas del Siglo, y tiene gusto de estar envuelta en Espinas, con Jesucristo Nuestro Señor. Tú ama el Cuerpo de Cristo sobre todas las cosas, porque entonces el Alma, deshaciéndose del pecado de la carne, se libera y solamente gusta de la suavidad de ese contacto con el Amado Jesús.

-Si he de tener ese contacto, si he de llevar en mi cuerpo la Santa Espina, ¿han de sufrir mis hijos inocentes por ello?

-Cualquiera cosa que esperes para esos inocentes, no la esperes de mí, que no soy nada. Reza. Grandes frutos da la oración. Díselo a él cuando vayas a verle. Y dile que, aunque saliera de ahí, no encontraría en el Mundo los deleites que se espera; más grande es el deleite de hacerse puro en el corazón.

-¡Mentira! ¡Mentira! – aulló esta vez Dorotea, totalmente fuera de sí: sabía que se estaba dando golpes de cabeza contra un muro de roca y sin una brizna de humanidad -. ¡Hágalo! ¡Ayúdeme ! ¡Haga usted algo por él!

-Le tendré en cuenta en mis oraciones. Pediré a Dios que le salve en la otra vida.

-¡No basta, no basta, no basta! – gritó Dorotea, levantándose y mirando a su interlocutor con ojos retadores de odio -. ¿De qué le aprovechan sus rezos, o los rezos de nadie, si están matándole a palos?

-Pues más yo no puedo hacer. Ya te lo he dicho bien claro. Sólo soy un Siervo de Dios. Es sólo El quien concede la gracia.

-¡Tiene que hacerlo ! – volvió a gritar la mujer, y según miraba al anciano recordó las palabras de su prima hermana: “Ese no sólo de la cárcel, sino que del mismo Purgatorio podría sacartelo, si quisiera.” Se acercó y dijo -: No hay nada que un hombre en su posición no pueda hacer.

-¡Ay, qué equivocada estás, qué equivocadita! – Y cosa extraña, inesperadamente había ahora algo sumamente sensual en la voz queda del anciano.

Y decidió la mujer jugarse la última carta: - ¡Oh Padre, señorito, mi señorito! – le suspiró al oído de manera que recibía él su aliento, y con él tal vez el aroma de otros tiempos -, hágalo por mí, por lo que para usted he sido y por lo que hemos hecho cuando vivíamos junticos en la Calle de las Angustias, ¿se acuerda?

Como una montaña sacudida de súbito por una explosión telúrica, así empezó a hervir y agitarse aquella mole, aquella carne o cuerpo humano inmenso, según le llegaban al espíritu las palabras de su peticionaria, cada vocablo un cuchillo. Se agarraban los gordos dedos a los brazos aterciopelados del sillón, convulsión tras convulsión. Y dando grandes alaridos, comenzó a vomitar odio y espuma, igual que vomita humo y lava un volcán en erupción.

-¡Apártate de mí, Satanás! ¡¡Desaparece!! ¿Qué quieres de mí, qué deseas maldita mensajera que fuiste de Lucifer; qué buscas, demonio del averno en cuerpo carnal que has tratado siempre de perderme? Yo tengo la Gracia del Señor. No trates de pervertir mi alma incorruptible ahora que es una con Dios, ¡desaparece al instante de mi vista! ¡¡Con mis dedos hago la Señal de la Cruz!! Desciende a las profundidades sulfúreas de

donde has salido, espíritu maligno, horrible tentadora que una vez me condujiste al pecado un instante.

-No... no fue... un instante, ya se lo he dicho – titubeó Dorotea con despecho, mientras el otro se retorció con ojos extraviados, la espuma todavía en los labios -. Y no fui yo quien **condujo** aquello. Quel pecado es lo que tiene. ¿En la gracia del señor? ¿Y yo, dónde me hallo, por su culpa, sino en el barro? **Toda** una vida destrozada. Sí, sí es su obra. Ustez ha destruído mi vida, la mía, la mía, la mía.

Habían acudido a los gritos unos cuantos ordenanzas y sacerdotes, que empezaron a atarearse alrededor del anciano, preparándole calmantes y otras pócimas, que él tomó y aceptó obediente, sin que por ello cesaran las convulsiones.

-¿Su Reverencia desea que le traslademos a su aposento? – preguntó uno de los ordenanzas que llevaba una servilleta al hombro y un vaso de agua en la mano.

Y al mismo tiempo otro de los ayudantes preguntaba: - ¿Qué hacemos con esta mujer, Su Reverencia?

-Dejadla, dejadla conmigo – señaló el anciano, que se puso al cabo milagrosamente sano y sereno -. Ahora, retiraos.

A las tres en punto de la tarde salía Dorotea del palacio, haciendo pinitos y más alegre que unas castañuelas.

-¿Lo conseguistes, pues? – preguntó la amiga, que había decidido esperar hasta ver en qué paraba todo.

Dorotea estaba tan excitada que apenas podía hablar. – Ya te contaré – dijo.

Y a la que entraban las dos del brazo en la Calle de las Angustias, declaró:

-Todo va a arreglarse, Juanita, ya verás. ¡Ay, todo, todo!

## CAPITULO 23

Valladolid, ciudad milenaria, abierta al campo que la rodea y al mundo de allende los mares, como capital que antaño fue de una gran parte del globo; cuna de reyes y de campeadores, llena por tanto de historia, de vida, cultura y riqueza: edificios suntuosos y monumentos sin número; plazas porticadas, hermosas fuentes y estatuas, torres, campanarios, naves de templos magníficos en que es adorado a diario el Redentor y su Madre Santísima y Todos los Santos del Cielo, unos y otros de cien maneras representados: riquísimos retablos dorados, imaginería, altares donde es rezada la Santa Misa, donde eleva la Hostia el sacerdote, recibe el público la Buena Nueva, y se celebran Oficios innumerables. Ciudad, en suma, donde – como dijera un famoso Jesuita aragonés hace ya cinco siglos– en vista de tanta llaneza, ha de encontrarse allí la verdad.

Mas, ¿qué verdad? Una multitud de criaturas con tantas y tan grandes diferencias entre sí, que apenas si se puede hablar de **un** pueblo: dolor, alegría, tristeza y lloros muchos; opulencia y miseria que en todas partes dan el tono: una pluralidad de posturas, intereses, esperanzas, deseos más o menos en apariencia parejos, pero sumamente discordantes en lo esencial, la libertad del ser racional. Lo que no impide que objetivamente unos **y** otros sean meros esclavos: los oprimidos y los que les subyugan, asimismo oprimidos por otros hombres u otras fuerzas siempre a ellos superiores: jefes, caudillos, duques, reyes, emperadores, papas y toda la caterva de mandos humanos y divinos, hasta llegar a Dios, el Sumo Hacedor, Supremo Creador creado.

Una hermosa mañana de principios de otoño del año de gracia de 1939, bautizado por los que han hecho la guerra como “Año de la Victoria” - la culminación de tres años de horrores, de crímenes, matanzas sin fin, la destrucción de pueblos y ciudades, que llamaron “Primer Año Triunfal”, “Segundo Año Triunfal”, “Tercer Año Triunfal” -, una mañana por tanto de victoria, la de unos pocos, y Año de Luto para la inmensa mayoría de los españoles. Junto al Camino Viejo, sentada en una peña, hay una mujer.

Detrás, el murmullo arrullador de la ciudad, con sus tonos variados de luz y sombra, color. Los viejos autobuses, los chirriantes tranvías, los arrieros con sus carros de mulas, y algunos carritos de mano de alquiler, un guardia urbano, los automóviles del ejército al gasógeno, la abigarrada multitud de viandantes, gente que busca trabajo, que pide limosna, los vendedores ambulantes, el estañador con su estufita tirado por tierra, el afilador con su carromato de una sola rueda, el zapatero remendón de la vuelta de una esquina, el vocinglero trapero, el puesto de los churros, un hombre que arregla paraguas, mujeres que van a la compra, y algunos ancianos sentados al sol en los bancos, sin duda pensando que el mundo podría haber sido mejor de lo que es..., todo, y sobretudo los hombres que mandan y sus instituciones.

Delante, los altos muros de una prisión. A un lado, al pie del edificio, los bultos negros de unas mujeres veladas, humildes, pequeñas, muy pobres; y unos cuantos niños, y ancianos cubiertos de harapos. Soldados o guardias civiles en las torretas. Y asomando por los huecos, fusiles y metralletas.

A los lados, en la llanura que se prolonga infinita más allá de la prisión, se pasa en seguida al ambiente rural de los campos que rodean la milenaria ciudad. Son campos vacíos de tierra parda polvorienta, muchos cantos, pedruscos, yerbajos y, ya marchitas, algunas amapolas como manchas de sangre coagulada, quizás la sangre derramada de los campesinos que habían laborado en las pequeñas parcelas que existían entonces y donde hoy abundan los cardos blanquecinos coronados de púrpura.

De vez en cuando una lagartija cruza el seco camino, se para un instante elevando su hociquillo al cielo, como si olfatease algo, y sigue su interrumpida carrera hasta esconderse debajo de una piedra en un campo de yerbajos grises, resecos. Otras veces una libélula o mariposa pasa dibujando espirales en el aire, alejándose, hasta no ser más que un punto negro que termina disolviéndose en el infinito firmamento azul.

Todo lo ve la mujer, pero nada le distrae de sus pensamientos. Está pensando en su vida, en el pasado y en lo por venir. Y hay ahí, desde luego, asunto abundante para ocupar su mente.

Lleva un atractivo vestido, algo apretado, que la buena de su señorita le ha regalado para la ocasión, atuendo en consonancia con las circunstancias especiales de este día que ha de ser memorable. Es de color negro como el del miserable atuendo de las pobres mujeres que esperan a la puerta de la prisión, como el de los ancianos que las acompañan. Negro es seguramente el atuendo de todos los seres tristemente congregados a las puertas de todas las prisiones de España. ¡Son tantas!

En sus manos, un tanto encarnadas de tanto fregar y lavar y hacer la colada en casas ajenas, lleva la mujer un monedero de badana vieja, con un broche reluciente de cobre. Está jugando nerviosa con los dedos, abriendo y cerrando una y otra vez el monedero. Pero, aparte de este movimiento de los dedos, nada en su cuerpo ni en su rostro denota la extrema agitación que la domina. Es verdad que sus ojos marrones aparecen empañados según miran fijamente las puertas de la prisión. Mas son unos ojos que siempre han poseído una cierta luminosidad, y es difícil ver en ellos qué sentimientos la embargan en estos momentos. Y sus labios, aunque no sonríen, tampoco están contraídos como si fuese la pobre a llorar, o de otra forma expresaran ese inmenso dolor. Su cara, en puridad, sólo denota una profunda concentración. De vez en cuando, la brisa que viene del campo levanta suavemente el extremo de un velo transparente de algodón, rozándole un poco la cara; pero ni aun por esas se altera visiblemente la mujer.

¡Treinta y seis años de vida y sufrimientos! Una vida de aciertos y tropiezos; de una cierta tranquilidad seguida de tormentosos momentos: es la relatividad de todo. Subidas y bajadas, progresos y retrocesos, en una palabra, cambios. Todo bien normal, pues de las cosas de la vida, la más segura es que haya un cambio un día; ni el bien ni el mal son durables – ella lo sabe -, todo tiene su fin, y entretanto, nada permanece estable, nada se para completa y definitivamente; unas cosas siguen a otras, e incluso la muerte no es más que la transformación de los seres vivos en otra materia.

Pero ahora, en estos momentos, Dios Santo, ¿es que todos los esfuerzos, trabajos, esperanzas y deseos de una vida, la mía, no han servido... no van a servir para nada?

Trabajos, deseos. Esperanzas, sí. Ha habido en su vida algunos momentos de esperanza, de verdadera felicidad. Pero pocos, en realidad. Y, al contrario, escandalosas caídas, castigos llovidos como por encanto del cielo numerosos.... Sufrimientos sin fin. ¡Treinta y seis años!

"¿Y para qué, para qué vivir más, arrastrarse así – se pregunta -, si de nada sirve el batallar, afanarse, aspiraciones, esfuerzos, pretender que hay algo, buscar, querer... querer hacer?"

¿Su vida? Está cansada de recordar todo aquello, se siente muy débil, quisiera dormir, dormir, dormir... no saber nada. Pero no, no puede olvidar. Cierra los ojos, sí, aprieta las quijadas con rabia... Y sigue pensando. Y otra desesperante interrogación: "¿Por qué ha ocurrido todo eso que recuerda aun queriéndolo olvidar, por qué, por qué, por qué fue todo así y no de otra manera? ¿Qué ha pasado? Y ¿quién ha tenido la culpa?, ¿qué visión del futuro es ahora posible?, ¿qué le deparará la suerte de ahora en adelante? ¿Las ilusiones de antaño, qué se hicieron? Aquellas aspiraciones, aquellos amores..., todo ha desembocado en la nada..., lo que podía haber sido y nunca fue. ¿Qué es lo que ha fallado... le ha fallado..., en sí misma... o a su alrededor..., las circunstancias?"

Con la brisa de los campos llega un enorme pájaro negro que brilla como el acero en el sol, pico amarillo dorado. Se posa majestuoso un momento en el medio del camino. Contempla la mujer el pajarraco, ve cómo algo culebreante, salido de las entrañas de la tierra, es devorado en un momento, cómo se ha clavado en el insignificante gusano ese maravilloso pico de oro. Y vuelve el córvido a volar en dirección de los campos. Ella le sigue con la mirada, y sus pensamientos adquieren de repente un olor de lejanía..., piensa en el allá de su Tierra de Campos: ideas vagas, confusas, unas veces agradables, otras sumamente tristes.... Y una mueca de dolor aparece ahora en su ajado rostro moreno que todavía conserva las huellas de una pasada hermosura.

-¿Es que ya no hay remedio? - se dice, recordando ese pasado, esos lugares, su pueblecito lejano en el tiempo y en el espacio, los acontecimientos de una guerra cruel que ha ocasionado tantísimo dolor; y

piensa sobre todo en los trabajos enormes, el sacrificio de tantos seres queridos, todos esos que ella sabe dieron su vida combatiendo por un mundo mejor: lo más noble y lo más bueno de la raza, ahora idos, aplastados, destruidos con saña, extirpados... y olvidados ya.

O quizás no se les olvidaría. Habían sido derrotados, pero no **olvidados**. Sus ideas, sus trabajos, la lucha, el recuerdo, todo eso quedaba, quedaría eternamente. ¿Podría nadie concebir que sacrificio tan inmenso pudiera haberse perdido para siempre?

No era que estuviera pensando en esto **conscientemente**, ¡pobrecilla! Era más bien una especie de instinto que le llegaba de la médula espinal más bien que del cerebro. Y para ella ya era eso bastante.

Por lo menos, ella continuaba creyendo en el Señor, que no podía abandonar así a Su pueblo. El Buen Dios era misericordioso: había al fin prestado oído a su plegaría. Iba a reunirse al fin con su marido, que había dejado el hogar el día mismo del Alzamiento para nunca más volver. Y sí, volvía hoy.

¿Cómo sería el encuentro? ¿Cómo les iría todo de ahora en adelante, ahora que iban a enfrentarse juntos a una nueva realidad?, ¿estaría él dispuesto a emprender el camino con ella haciendo tablarrasa del pasado, como ella lo deseaba? Todavía eran jóvenes, podrían tratar, esforzándose y olvidando mucho, de volver a empezar, trabajar juntos, reconstruir, vivir quizá nuevos momentos de amor. Era verdad que la guerra lo había tergiversado todo y que ya nunca nada sería como antes. Ni siquiera los recuerdos más hermosos podrían surgir ahora de las profundidades del espíritu inalterados.

El Caudillo había jurado ante los muertos, plantado ante las sagradas piedras que cubrían los cuerpos de los Caídos de la Falange, que apartaría del camino de la Patria a todo aquel que se desviase de la ruta por él establecida. “¡Ay del que se mueva!” Un miedo espantoso reinaba en todas partes. Se veían los oscuros uniformes. Nadie se sentía libre, nadie estaba seguro de nada. Había hablado en sus discursos de la “Nueva España”, ¿qué nueva España era ésa?

Y ¿cómo edificar una nueva vida donde no quedaba ya nada en pie, donde estaban concentrados en el pueblo trabajador todos los dolores, todos los males, injusticias, hambres y miserias..., todos lutos del mundo?

“¡Oh, no! El Dios Misericordioso no permitirá que siga sufriendo el pueblo así, ¡ya bastante ha sufrido!”

Era como un rezo que le salía, según pasaban las imágenes por su mente, de las profundidades de su ser. Era un sentimiento como de rebeldía contra algo, contra una injusticia que recordaba, que sentía en su carne, y que en su espíritu trataba de rechazar. No le serviría ahora de mucho, sin embargo, esa rebeldía. Demasiado tarde. (Lo sabía.) Le

rodaron lágrimas por las mejillas, lágrimas gordas que destrozaron el rímel y el colorete que con tanta ilusión, tanto esmero, se había aplicado justamente un par de horas antes.

Sí, estaba pensando en lo dura que había sido para ella la existencia en esta Tierra, lo injusto que había sido el Cielo. ¿Por qué se había volcado el Señor en castigarla? ¿Era ella peor que otros mortales? De sobra sabía ella que no era ninguna santa; pero los otros, las otras ¿no habían asimismo pecado? Además, si ella había pecado, también había mucho padecido: lo había pagado con creces. Cumplir la Penitencia, decía el catecismo que había leído de chica. Ella la había cumplido. El Buen Jesús no podía exigirle más. El la perdonaría, seguro que la perdonaría, pues su arrepentimiento ahora era sincero. O creía que lo era. De todas formas, ¿cómo podía ella haber sido tan buena como otras que lo tenían todo, dinero, alhajas, asistentas, criadas, maridos con puestos en el Movimiento, sindicatos, las empresas y en la administración, puestos, recomendaciones, casas, fincas, tierras, de todo? El Sagrado Corazón, de quien ella era tan devota, no podría menos de tener todo esto en cuenta, y de serle propicio de ahora en adelante.

« Ni una boca sin pan, ni un obrero sin trabajo en esta nuestra Nueva España ». Era la promesa solemne del Caudillo. Había terminado la contienda, se había ganado la Santa Cruzada. Y había venido la Paz. Y no habría de ahora en adelante vencedores ni vencidos: amos o esclavos. Cada uno **en su estamento** sería, si no libre, al menos feliz, dichoso de pertenecer a un pueblo verdaderamente cristiano. Ella lo sabía, sabía lo que significaba la Paz. Como sabía que estaba ella entre los que no habían ganado la guerra. ¡Qué más daba! Lo aceptaba a pies juntillas. La Paz ante todo. ¿Para qué darle más vueltas? Y a contentarse con lo que había ganado... o no había perdido. Después de todo, entre tanta muerte, ella había conservado la vida.

Y sin embargo, ¿qué vida era aquélla si carecía de todo, si iba a carecer de todo, y aún peor, de ahora en adelante?, ¿qué iba a darles a sus hijos, los mellizos, quién les proporcionaría el pan y otros necesarios? De las profundidades más recónditas de su espíritu le llegó otra vez ese sentido de protesta. ¿Habría de verdad que conformarse, callarse aunque muriéndose de hambre estuviesen?

No podía ser. Había oído hablar de una lucha de clases, una tarde en el palomar en ruinas de una finca abandonada que pertenecía al marqués de su pueblo. “Siempre ha habido ricos y pobres y siempre los habrá,” había dicho ella. A lo que había respondido aquel Justino fuerte y bello que había muerto en la guerra: “Los pobres son pobres precisamente porque los ricos son ricos: para poder éstos tragar hacen de modo que los otros, más numerosos, no coman. El mundo cabeza abajo. En este sistema todas las cosas hay que mirarlas al revés para verlas al derecho. Hay que darle la vuelta a este mundo loco y sin sentido para ponerlo de pies, para hacer que triunfe la Razón. Y hay que ponerlo de pies... luchando, **la Revolución**”.

No recordaba las palabras de Justino, pero sí el significado de lo que le había dicho. Y sabía que había luchado ese Justino, como habían luchado Casta y otros en Tordehumos, y otros más en Rioseco, y en todas partes... como habían luchado Ferrer y sus camaradas en Valladolid, la Estación del Norte, Agapito y los suyos en la Casa del Pueblo..., tantos, tantos como dieron sus vidas con la esperanza de que sus hijos heredaran un mundo mejor, más justo, más humano y racional. Mientras que ella se había cruzado de brazos; peor aún, había colaborado a veces, siquiera pasivamente, con el enemigo de clase.

Muchas y muy confusas eran las imágenes que le venían a la mente: su Tierra de Campos..., hombres y mujeres de su pueblo, y de su Valladolid..., los trabajos, la explotación despiadada de jornaleros y labriegos, la muerte en todas las partes, el día de la sublevación militar. Veinticuatro asesinatos en veinticuatro horas, solamente en su pueblo, una aldea donde todos eran parientes y allegados..., los amos y sus esbirros matando a los hijos y las hijas de los pobres, el cuerpo mutilado de la labriega Casta, colgando de la rama de un álamo, la sangre del pueblo empapando la tierra labrantía, y el ejército traidor avanzando, "limpiando" pueblos y ciudades.

Y ella no había luchado, como debiera, para defender sus derechos, pan, trabajo, instrucción para los hijos, el derecho de la colectividad a la tierra, aquella reforma agraria de que había hablado Justino. Ni siquiera había hecho nada por **comprender** cuando todavía había tiempo, cuando todavía había Pueblo y había Lucha. Otros habían tratado; ella, no.

En el momento preciso, había tenido miedo. Siempre lo había tenido. ¿Cómo iba ella a haber luchado, haberse metido en consideraciones de política o de lucha de clases? Si era una torpona. ¡El entusiasmo con que había acogido el pueblo en toda España, primero la llegada de la República, y luego la victoria del Frente Popular! Ella había estado **allí**, había desfilado en las manifestaciones con el puño en alto y todo, cantando la Internacional. De nada le había servido.

No había luchado, no. Recordó aquellos momentos, apenas los veinte años cumplidos, cuando empezó su desliz. ¿Por qué no había resistido con toda su fuerza al embite de su señorito, don Niceto? Y otros deslices, y otras cobardías. No había combatido, y había caído. Y no servía ahora de nada el cerrar los ojos, taparse los oídos, decir que no había sabido, que simplemente se había dejado llevar, y que en dejándose llevar no había actuado conscientemente, sino por la fuerza de la costumbre, que la habían engañado y... que ¡sí lo hubiera sabido...!

Apretó bien las quijadas, las narices dilatadas, y elevó un poco la mirada al cielo, un gesto tardío de rebelión y de protesta. Vio los guardias de las torretas del penitencial, las ametralladoras, la infranqueable muralla de piedra y ladrillo, las alambradas, y sintió dentro de sí un coraje sin igual,

una furia incontrolable. “¡Son ellos los que han destrozado mi vida, son ellos, ellos, ellos !” repetía.

Un horrible graznido de pronto interrumpió sus reflexiones. El pájaro de pico de oro y brillo de acero había vuelto a posarse en el medio del camino, y con sus garras destrozaba la tierra para devorar, devorar, devorar... Se levantó la mujer, dando un paso hacia el pajarraco que salió aleteando en el azul.

“He de hacer algo – se dijo -, no puede ser que haya llegado mi vida a su fin, sin remedio; tiene que haber algo, algo, algo, ¡si no tengo ni treinta y siete años!”

De súbito, sus ojos empañados percibieron una sombra o fantasma saliendo de la prisión, abriéndose camino en un mundo de bultos negros que lloraban alarmada y alborotadamente, como las plañideras de un entierro en un mundo de barreras y fusiles ametralladores.

La sombra fue haciéndose cada vez mayor, más pronunciada, dejando atrás la muralla de piedra parda, con sus torretas y guardias o soldados, y el grupo de seres miserables vestidos de riguroso luto. Fue acercándose la sombra, y era un hombre. El hombre caminaba despacio, inclinando la mirada al suelo. Su cabello de nieve era abundante y rizado, el traje de pana era sumamente holgado para su cuerpo esquelético, se le veían los dedos de los pies, duros como leños, a través de los agujeros de sus alpargatas polvorientas; portaba un hatillo al hombro.

Cuando hubo andado unos cien metros, el hombre se detuvo de pronto, y elevó la mirada, guiñando un poco los ojos detrás de unas gafas de concha. Contempló a la mujer, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

-¡Lucio! – chilló Dorotea, corriendo a abrazarle, sus ojos también llenos de lágrimas.

**FIN**

Fernando García Izquierdo  
9, rue Vernet  
78150 LE CHESNAY  
Francia

Tel 33 1 39 54 01 98

## PROPUESTA PARA CONTRAPORTADA DE LA NOVELA

### “TODOS LOS LUTOS DEL MUNDO”

En esta cuarta parte de la *saga DOROTEA*, nuestra heroína vuelve a vivir en la Calle de las Angustias, no lejos de donde años atrás había tenido una ebanistería con su marido, Lucio, en cuya calle transcurre la acción de la primera parte y la segunda parte de la serie (LA CALLE DE LAS ANGUSTIAS – 1931-1936 – y LA VIRGEN DE LOS CUCHILLOS – junio y julio de 1936.) Ha pasado los años de la guerra en su Tordehumos natal, pueblecito de la TIERRA DE CAMPOS (parte tercera de la saga – 1936-1938), habiendo huído del terror blanco de la capital de la provincia.

En TODOS LOS LUTOS DEL MUNDO llegamos al año 1939, « Año de la Victoria » para unos pocos, y año de lutos para la inmensa mayoría de los españoles. Cuando comienza la acción de la novela, la guerra está a punto de terminar: ya sólo queda, en manos de la República, el frente catalán, y muchos patriotas están cruzando el Pirineo hacia el exilio. Muchos otros han muerto, y otros tanto pueblan las cárceles españolas. Uno de ellos es Lucio, que ha sido recientemente trasladado al penitencial de Valladolid. La familia, entretanto, pasa hambre. Según avanza la narración este hambre deviene más palpable en general, en todo el pueblo, e igualmente aumenta el terror fascista, y las torturas, y los asesinatos. Vuelven del frente los soldados, a quienes va a mantenerse en los cuarteles varios años, para estar seguro los traidores vencedores de contener mejor al pueblo, y entretando esos mismos vencedores asesinos se reparten el botín de guerra, los puestos, las prebendas, las riquezas que habían pertenecido a la nación, «res publica». Es el caso de don Niceto Pérez Monasterio, que entra en un puesto importante del arzobispado.

Dorotea visita a su marido en la cárcel, haciendo cola con una multitud de mujeres miserable, vestidas de negro (están de luto en recuerdo de tantos desaparecidos, muertos en la guerra o asesinados por los fascistas rebeldes en pueblos y ciudades), y espera un día ver salir del penitencial a su Lucio, y empezar “una vida normal », una esperanza vana.

...